BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 166

CARLOS SABAT ERCASTY

ANTOLOGÍA

TOMO II

MONTEVIDEO

1982

ANTOLOGÍA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISIÓN EDITORA

RAQUEL LOMBARDO DE DE BETOLAZA
Ministra de Educación y Cultura

ARTURO SERGIO VISCA
Director de la Biblioteca Nacional

TTE. CNEL. ÁNGEL CORRALES
Director del Museo Histórico Nacional

ABELARDO MANUEL GARCÍA VIERA
Director del Archivo General de la Nación

—

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 166

TOMO II

CARLOS SABAT ERCASTY

ANTOLOGÍA

CARLOS SABAT ERCASTY
ANTOLOGÍA

ANTOLOGÍA

Selección y Prólogo de

DORA ISELLA RUSSELL

TOMO II

MONTEVIDEO
1982

II
PROSA

LOS JUEGOS DE LA FRENTE
(1929)

1

La mitad de la vida está estrangulada por la otra mitad.

2

La sombra no es enemiga de la luz, ni el bien del mal, ni el error de la verdad, ni el cielo de la Tierra. Es el miedo antiguo del hombre primitivo el que ha creado estas enemistades, allí donde sólo existen gradaciones, armonías invisibles, y acaso, también amores. El hombre no es más que un caprichoso pensador de mentiras, y la mitad de sus ideas nacieron del terror. Su espíritu necesita del engaño y de las quimeras, como el cuerpo, de los alimentos. De ahí el éxito de los filósofos y de los poetas.

3

El infinito es ... lo contrario de lo finito.

4

Como las hojas en el árbol, las ideas llenan una función vital en el hombre. Cada siglo tiene su primavera y su otoño. Y tanto sufrir por las ideas, para que después caigan por sí solas como las hojas y las flores!

5

Poned a Dios en mis manos y en seguida probaré que no existe.

6

Basta un solo día de horror o de felicidad para que el hombre se vea necesitado a cambiar todas sus ideas. Y entonces odia a las mismas que ayer lo ponían de rodillas. Tal vez la cabeza sea un órgano mucho más inteligente y útil de lo que nosotros sospechábamos. Sobre todo, útil.

7

¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos más que un sí y un no?

8

Si no creyéramos que son mentiras las ideas que en este instante son distintas a las nuestras, eso indicaría claramente que el cerebro ha enfermado y que la locura amenaza de cerca.

9

Mis verdades son vuestras mentiras y viceversa. Si no fuera así, el cerebro se hubiera secado desde que el hombre concibió la primera idea.

Como las piernas necesitan las distancias para moverse, el espíritu requiere la contradicción para no dejar de ser y para poder acrecentar sus propias fuerzas.

10

Para quien juzga la vida desde la mayor y más libre altura, el error es tan bello y tan certero como la verdad. ¿Existiría la derecha si no existiese la izquierda? ¿Volaría el águila con una sola ala? ¿Hubiésemos visto la luz si no estuviese colocada entre dos sombras? Don Quijote presupone a Sancho Panza y Cristo a Nerón. La dualidad es terriblemente necesaria en quienes no nacimos para la limpia y absoluta unidad. De ahí se desprenden los sistemas en que anhelamos armonizar las irreductibles oposiciones. Las causas puras y eternas han de sonreir satisfechas de nuestros esfuerzos, pues sólo así, en esa dramática lucha, el hombre se aproxima a ellas. Si esto no fuese una tragedia, lo justo sería compararlo con un juego. Afortunadamente todo esto duele.

11

¡Tan vasto, tan puro, tan importante el Sol! Y observad: su ojo incomparable, por entre las hojas de aquel árbol magnífico, está contemplando a la más débil y pequeña flor y al gusano que casi no se diferencia del lodo. ¡Y ved cómo los dos resplandecen!

12

¿Fue el pensamiento el constructor del cerebro, o fue el cerebro el arquitecto del pensamiento? (Pregunta dirigida a un mono, en el supuesto de que el hombre ya no se acuerda).

13

¡Tan hermosa la Luna! Y sin embargo está muerta, y por añadidura, su luz no es más que un préstamo. ¡Ah, debe ser algo prodigioso contar con la vida y arrancar la luz desde adentro de nuestro ser!

14

Si por momentos no nos riésemos de nosotros mismos, el orgullo nos mataría con la potencia de su peso. La risa fue inventada por la crítica y la crítica nació de la medida. Reír es medir. Conviene llevar un metro en los bolsillos del espíritu.

15

Si no sabes quien eres, no se lo preguntes a tu madre ni a tu vecino. Ponte entre los dos e interroga. Entonces experimentarás algo curioso: la mezcla de la llama con la nieve. Y al final, agua tibia! No se lo preguntes, pues, a nadie. Lleva ese delicado misterio adentro tuyo hasta que tú mismo puedas ser tu propio Edipo. Y todavía... acaso todavía no sepas exactamente quien eres.

16

Si le pides a la "Z" que te recite el alfabeto, comenzará por sí misma. ¡Qué desprecio tremendo para la "A"!

17

Recuerdo a los poetas y pienso: Admirable virtud la de la raíz! De ella nacen las flores y ni siquiera se asoma a verlas.

18

PELIGRO DE LA CONTEMPLACIÓN. — De sólo mirarnos a nosotros mismos acabamos por no vernos. Para ver es necesario, por lo menos, repartir la mirada entre dos cosas.

19

Antes de aceptar una hermosa idea la he revisado en todos sentidos. Medí su altura, su profundidad, su amplitud, su fuerza. Pesé luego su sustancia. Calculé, sorbí y gusté sus esencias y seguí con números su audaz y libre alcance. El análisis era maravilloso. Sólo que cuando la quise burilar en los troqueles de una forma bella, la idea había desaparecido.

30

El poeta nos dijo, casi llorando: Es bella y pura como una estrella! Y yo: ¿es que la ves dándole por fondo la negrura de tu alma?

31

No traten de impresionarme con ese hombre totalmente bueno. Bien sé yo que a veces el Diablo duerme.

32

¿Sabe la Tierra quién es el labriego que la ara? ¿Sabe la estrella quién le siembra la semilla? ¿Sabe la nube por qué le hacen llevar el relámpago en su entraña? ¿Sabe la noche por qué le dieron la belleza terrible de la sombra? ¿Sabe la fruta por qué hay un árbol adentro de su hueso? ¿Sabe nuestro astro por qué lo levantaron hasta el contorno de su órbita y quién le trazó la curva celeste de su vuelo? ¿Y sabe cada idea nuestra cómo saltó desde la frente? ¿Y sabe nuestra cabeza cómo levantó sus grandes sueños? El arco y la flecha se ignoran. Sólo el infinito arquero los conoce a ambos y sólo él sabe por qué es necesario arrojar eternamente las flechas más audaces.

33

¿Sabrán las manos qne el cerebro es el que piensa?

43

Nuestra incomprensión de la muerte ha contribuido a que la veamos como una cosa totalmente distinta a la vida. ¿Por qué esa diferencia? Si ni siquiera hemos comprendido la vida!

44

¿Nuestra materia vive, o es solamente el soporte de esa otra "cosa" que es lo que en nosotros vive realmente?

45

Mi yo está vivo. ¿Sé algo más? Acaso mi cuerpo sea tan cadáver como lo será después.

46

Hoy he sentido curiosísimamente, que la vida está distribuida en todo el universo lo mismo que la luz, el éter y la gravitación. La vida es total y llena la creación como el movimiento llena la ola. Los cuerpos animados no son más que acumuladores de vida, del mismo modo que las estrellas son acumuladores de luz y de gravitación. Nuestra vida estaba siempre, está ahora y estará después. Morir es volver del acumulador a los planos inmensos de la vida.

47

"Venimos de enterrar al muerto". ¡Con qué tranquila seguridad lo decimos!

52

La belleza es el escollo de la estética, la verdad el de la filosofía y Dios el de la religión. El hombre no ha hecho más que crearse tres amos. He ahí toda su historia. O de otro modo, el hombre es el fracaso del hombre. Nuestra vida debe moverse y remontarse por encima de la belleza, de la verdad y de la fe. ¿De qué serviría creer, pensar y crear, si el hombre no fuera más grande que su verdad, su creencia y su obra? Arte, religión y filosofía no pueden ser más que las tres formas superiores de realizar esa otra cosa tremenda y vasta que es el hombre y que vale más que el triple camino de su realización. El hombre será totamente superior, cuando se mueva en una atmósfera de suprema libertad, terriblemente dueño de sí mismo, siempre dominador de su corazón, de su cerebro y de su sensibilidad, y haciendo sentir sin tregua su auténtica superación sobre todo lo que ha sido capaz de crear. Imagino a ese hombre en el acto de hacer relampaguear su alegre y trágica valentía en audaz desafío a todo el universo. Temerario jugador, provocará en sí mismo las más peligrosas apuestas y triunfará arrogante. Por fin, morirá quemando a la Tierra, como el relámpago se extingue incendiando la selva.

53

Ah, cómo aguardo esos momentos en que el vuelo del hombre atraviesa todos los obstáculos, traspasa todos los límites, taladra todas las tinieblas, y por último, se cierne en las puras soledades donde ya no hay nada ni nadie que se oponga ni que nos espere, y sólo se ven, formando un encendido archipiélago, las horribles cabezas que se extraviaron de orgullo y de deseo, crispadas las bocas por un grito de luz que hace apagar hasta las más tenaces y divinas estrellas!

78

Si tienes envidiosos, aprovéchalos, para que griten en torno tuyo. Sería mucho peor que su veneno, el complot de la aparente indiferencia y del buscado silencio.

79

Sólo cuando el águila hace sombra sobre la nieve de la montaña, ésta la contempla y piensa: "En verdad, sé que te veré morir, pero has volado por encima de mi eternidad".

80

Si en tu vida has gozado sobre todo otro hombre la hora más alta de audacia y de potencia de tu siglo, serás tú quien habrá de marcarle el precio a esa centuria.

81

Hombre sublime, si quieres ver al hombre pequeño, no necesitas inclinarte para mirarlo. Contémplate a ti mismo, pues tú también lo llevas. La diferencia está arriba, donde te has quedado solo. Pero creéme: en el hombre grande están todos los hombres.

82

El águila frente al avión: Qué ruidoso! Bien se ve que es obra de los hombres.

83

El pez en el anzuelo: Hombre es él, pues me ha vencido mintiendo.

84

Ni el más hondo pensamiento de la muerte nos anticipa nada sobre el sabor de la muerte. Para ese trago no podemos llevar ninguna experiencia.

87

En la hora de la muerte no hay resistencia posible. La voluntad es inútil y lo damos todo. Deseamos detenernos, y nos empujan. Tenemos toda la luz, y nos cierran los ojos. Forcejeamos para de-

fender el amor, y cesa el corazón. Vamos a gritar, y ya no hay palabras. Hundimos las manos en la vida para sostener nuestro ser, y entonces encontramos la nada. Queremos saber algo, algo para no ir enloquecidos, y la estúpida esfinge permanece callada. Los endulzadores de la muerte nos ofrecen sueños muy hermosos, pero no es con sueños que se tapa ese boquete de la sombra.

88

La muerte de los otros no nos anticipa nada para la nuestra. No es pequeño privilegio despedirnos con una novedad.

89

Si el hombre conociera la verdad hubiese hecho su Dios de la mentira.

90

Bien sabe Dios por qué se oculta a los hombres. Por grande que sea, ¿quién podría creer en él al año de conocerlo?

91

Si dura tu amistad es que aún no es total. En cuanto te entregues íntegro, sentirás una necesidad fatal de recobrarte un poco.

92

El hombre es como el árbol. Todo lo deja ver menos la raíz con que trabaja.

93

Nos conoceríamos más si en lugar de vernos en los actos nos viésemos en las intenciones que les dieron vida.

94

Por amor haces tuya esa mujer. Sin embargo, nunca te ha amado más que antes de atarla a tu vida con la cadena con que ahora la esclavizas. Al hacerla tuya le has quitado mucho del ser con que te amaba.

95

Cuando dos pasiones chocan, no se destruyen. Se agigantan.

96

Avanzas con el alma limpia y los malvados, en lugar de admirarte o de venerar tu vida, refistolean todos los repliegues de tu alma para encontrarle una mancha. ¡Una mancha, y todos somos iguales!

97

El orgullo escondido ríe del orgullo manifiesto.

98

Cedemos en las cosas pequeñas y nos envanecemos de ser tolerantes. ¿Llamas caridad el regalo de lo que no estimas?

99

Cierro los sentidos, y el universo se convierte en una ausencia infinita. Un paso más: cierro el cerebro, y las ideas y los recuerdos se convierten en una ausencia infinita. Un paso más todavía: cierro lo más íntimo del alma, y la vida entera se convierte en una ausencia infinita. Duermo. Sólo el corazón golpea para salvarme de la muerte. Yo no sé como ese titán puede existir cuando todo el resto de mi ser yace. ¿No será él quien de vez en cuando pega más fuerte para que se levanten los sueños? Siempre que me he despertado soñando, he sentido un extraño temblor en el corazón.

100

La profundidad del problema es la profundidad del hombre. Todo planteo termina junto con nuestro ser. La "X" se acerca o se aleja, sube o desciende, según sea el hombre que la coloca al final de su luz. El genio no implica una solución

sino una presencia más honda del misterio. No me ofrezcan una verdad perfecta, pues de inmediato dudaré. Prefiero un error profundísimo a un acierto demasiado neto. Pensar mejor no es hallar la verdad sino buscarla más lejos.

101

Sólo el niño, supremo artista, vive en una constante creación. El hombre comienza cuando el niño, cansado de levantar su poema, vuelve hacia atrás y repite algunos versos. En todo niño hay un pequeño Dios incesante. Sólo él vive íntegramente. El hombre, en cambio, vive y muere, es decir, interrumpe la creación con el hábito. "Nos acostumbramos", decimos nosotros, y en realidad la fórmula sería: "nos morimos". El hábito es la primero forma de la muerte.

102

Oh Fausto amigo, llegaste a tiempo hasta las gastadas orillas de la Tierra! Ahora Mefistófeles no se ocupa más de comprar almas al precio de una deseosa juventud. ¿Es que el infierno está lleno, o es que ya pertenecemos todos a Satán? Acaso tú tienes la culpa, Fausto amigo, pues te escapaste de las garras diabólicas y entraste en el paraíso porque el amor salva siempre, y tú antes que nada, como tu padre el poeta, eras amor. Está visto que no le conviene a Satán desafiar a Dios y negociar con el hombre. Somos

bastante más astutos que el Rey de las Tinieblas. Me figuro la idea que Satán se habrá formado del hijo de Dios y del Dios del hijo de Dios! ¡Ah, Satán, si yo pudiera no mentir cuando te ofrezco mi alma a cambio de las maravillosas ilusiones con que tú conviertes el mal en alegría! También mi corazón está corrompido y cuando clamo por el placer que tú ofreces, no te doy más que la mitad valerosa de mi alma, mientras la otra mitad, medrosa, se arrincona temblando y se agarra a las puertas diáfanas del paraíso. Acaso la parte que te doy de mí mismo, esa tremenda mitad que no teme nada, es lo mejor de mi vida.

104

El hombre es un agujero por donde pasa toda la creación y que jamás se llena.

105

El problema del hombre es estar siempre más allá de lo que percibe. Dadme la más alta estrella y probaré mi fuerza traspasándola. El día que mis sueños no vayan juntos con mis deseos, los astros se me clavarán como heridas en los ojos. El de la espada, he ahí el destino del hombre: herir primero, traspasar siempre. Quien no toma las alturas por asalto, es tomado por ellas. Hay que robar o ser robado. El filo de las cosas está siempre dirigido contra nuestro pecho. El hombre, no es más que ese corazón heroico amenazado por

millones de espadas. La única posición que nos salva es la de enfrentarnos siempre desde el más allá. Tomemos las estrellas por el lado de las empuñaduras. Lo que no nos obedece nos mata. Sólo puede loar los astros quien arroja los torrentes del canto desde el otro costado de la luz con que nos miran. Dominemos el universo como si nos fuera posible salir de él por una grieta altísima, y traspasando esa puerta, en el techo del cosmos, pudiésemos bailar con una furiosa y satánica alegría. Para vencernos será preciso que se hunda también la última altura del cosmos, y a ese precio, a ese precio lo doy todo.

106

Hombre vulgar, es tu propia pobreza de espíritu la que te hastía. Si estás solo topas con la nada, o lo que es lo mismo, te encuentras con tu vacío. Huyes de la soledad y del silencio y cuando regresas hacia ti te rodea la muerte. Encamínate siempre, pues, por afuera de tu alma. Tuyo es el mundo y puedes ser feliz todavía. Escápate de ti mismo, atúrdete, no entres en tu sepulcro como no sea para dormir.

110

Oh luz, caminemos juntos por el Universo, como las fuerzas eternas que nos han creado!

111

Te acercaste demasiado a los hombres, y por eso, Luna amiga, a pesar de tu blancura, se te ven unas impuras oscuridades y unas nieblas tan tristes. Aprende la lección de las estrellas y pídele a los astrónomos que por un momento suspendan las leyes que han creado con tanto ingenio, a fin de que tú puedas volver a tu lugar verdadero. Los astros quieren distancia, a fin de que no nos sea dado hallarles ninguna semejanza con la Tierra. Mira las estrellas, nada más bello, pero también nada más lejano. El Sol dejó de ser un Dios el día en que un astrónomo satánico tuvo el atrevimiento de descubrirle manchas que nadie le había visto. Al Sol le haría falta también ponerse un poco más lejos. A donde llega la medida del hombre, llega la muerte de la divinidad. ¡El hombre, infernal deicida, Caín de Dios, hace retroceder las fronteras de lo absoluto! Pero no mata a la divinidad más que aparentemente. La destruye hasta donde llega su fuerza. Lo que desea es hacer más grande y más hondo el motivo de su fe. Su mejor epopeya es la de sacar a Dios de todo lugar donde quepa su pequeño ser, y darle un templo cada vez más alto. Y entre tanto, crecer, crecer siempre! ¿Sabrá la ciencia que esa es su finalidad?

117

Mis labios se cierran en un llanto. Mi frente se cierra en un silencio. Mi camino se cierra en una sombra. Mi corazón se cierra en un abismo.

¡Apresúrate, noche, ábreme la puerta de una estrella!

118

Todas las cosas estaban afuera mío. Mi frente se inclinó, pensó y venció. Fue entonces cuando recibí el regalo del mundo y las cosas entraron a mi vida hasta hacerse mi propia vida, a fuerza de fundirse en ella. Ahora tengo el universo allí donde mi frente quiere y lo transfiguro a mi antojo. El espejo es más grande que la imagen.

119

No sé lo que son mis ojos, ni mi carne, ni mis huesos, ni mi frente. ¿Y qué serán los nervios fluídos, ágiles, abiertos en sus extremos a toda la creación, mis nervios que me atan y desatan al cuádruple silencio de aquellas esfinges?

120

El niño miraba pasar el río, y reía. El joven miraba pasar el río, y reía. El padre miraba pasar el río, y reía. El abuelo miraba pasar el río, y sonreía.

EL DEMONIO DE DON JUAN

(POEMA DRAMÁTICO)

(1935)

PRÓLOGO

DON JUAN

No comprendo lo que ahora me pasa. Esto que me detiene ¿será la tristeza, será el arrepentimiento, la purificación, la cercana muerte? No sé pensar en mí, no aprendí jamás a analizarme. Si hubiese tenido problemas, no hubiera sido Don Juan. Nada más simple que mi fórmula: riqueza de sentidos, un solo deseo, un solo camino, toda la seducción, toda el hambre de la conquista. Así he cruzado la tierra como una tempestad arrolladora. En mi tremenda carga de deseos estaba la fuerza de mi seducción. Si no hay goce verdadero sin la meditación del goce, entonces yo no he sido feliz. Mi carne tempestuosa y llameante, fue tal vez un poco ciega y un poco inocente como todo lo que viene de la espontaneidad de la naturaleza. He sido nada más que cuerpo, pero mis deseos han participado de la belleza universal. En la mujer está toda la tierra y tal vez el cielo mismo, y en la atracción hacia ella, en el ansia y en el acto de la posesión, he gozado también la terrible majestad de la materia. Mis palabras han osten-

tado toda la belleza de la mentira y del engaño. Arranqué de la noche y del día las más calientes comparaciones. Tengo también mi estilo, esta fatalidad de acierto que convierte mis palabras en verdades más eficaces para mis propósitos de conquista, que las del filósofo para su anhelo de vencer el misterio y abrazar la verdad. Ah, ningún sabio de la tierra ha oprimido a la verdad, como yo he estrechado el cuerpo eterno de la Eva. ¿Dirán ahora que sólo abracé la mentira, que aquellas estatuas eran nada más que sueños, que es preciso buscar la idea escondida, que todo lo que tiene forma es símbolo y emblema? Mi egoísmo y mis deseos me dicen que mi verdad es más verdad que la de los sabios y los santos. Eso del espíritu de las cosas, eso de la esencia profunda, eso del más allá... acaso no sea más que un cuento de niños, igual al de esta realidad que yo he mordido y saboreado con mis nervios... ¡Pero debes estar viejo, Don Juan! Filosofas tu vida de una manera despreciable. ¿No será tristeza todo esto que en mí se está convirtiendo en pensamiento? ¡Decadencia, si habrá llegado tu hora! Pensar, ante la inmensa fiesta del mundo, es también un modo de morir! Mi cuerpo no está cansado, mis deseos arden como antes, pero algo hay, sin duda, que está pervirtiendo mi naturaleza. Mi carácter se inclina, no sé todavía hacia dónde, pero se inclina. Qué horror y qué asco, calumniarme a mí mismo, buscarme explicaciones de abogado, o de filósofo, o de teólogo, romper con las ideas el encanto de aquella órbita de fuego y de tempestad que he ido trazando sobre esta vieja estrella!

ACTO PRIMERO

Amplio salón de la casa de Don Juan, amueblado con sobriedad y buen gusto. En el fondo y al centro una estatua de Venus. Profusión de flores. Una mesa de regulares dimensiones sobre la cual se habrá colocado copas, vasos y botellas de vino. Sobre el mantel blanco, flores artísticamente dispuestas. Final de la tarde.

DON PEDRO

Don Juan, ¿traigo hoy también a tu hija?

DON JUAN

¿Y por qué no? Su repentino recuerdo parece iluminar mi vida con una luz ignorada hasta hoy.

DON PEDRO

Como dentro de algunos instantes celebrarás la fiesta del amor, me ha parecido bien advertírtelo.

DON JUAN

Es verdad. Lo había olvidado. Todo esto es raro, sin duda, viejo Don Pedro! Don Juan hablando solo, ni más ni menos que un pobre poeta soñador, o un melancólico mísitico enamorado de la Virgen; Don Juan olvidado de su fiesta del amor, el más hermoso rito de su religión satánica; Don Juan temblando de emoción ante el

recuerdo de una hija desconocida, que tu acabas poco menos que de descubrirle y que te obstinas en traérmela... ¿Pero qué es esto? Y tú eres el culpable. ¡Conspiras contra mi vida!

DON PEDRO

No hay tiempo que perder. ¿La traigo o no?

DON JUAN

Tráela. Ya te lo dije. *(Pensativo)* Tal vez su presencia inocente me ayude a descubrir este misterio, esta extraña turbación de mi vida.

DON PEDRO

Iré volando. Para este viejo solterón, hastiado de su soledad, aburrido ya de servir a su sobrino, yo no sé qué encanto indefinible y que atracción dulcísima tiene esta hija tuya. Un milagro ha traído su pureza ante tu desorden.

DON JUAN

La verdad sea dicha, yo no sé qué ocurre cuando la jovencita, tan candorosa todavía para mis ojos, entra a esta casa infernal, construida de pecados como el cuerpo del demonio.

DON PEDRO

En seguida estaré aquí. Tendrás unos minutos para verla. *(Vase Don Pedro y entra de inmediato Don Luis, que sorprende a Don Juan en actitud meditativa).*

DON LUIS

Cada día piensas más, es decir, cada día mueres más. ¿Eres el mismo?

DON JUAN

¡Soy el mismo, pero con qué esfuerzo! Jamás tuve descanso en el amor. Era un niño cuando sentí estallar el instinto imperioso y desafiante. No hubo obstáculos, no hubo límites para mi tremenda sed. Nada podía saciarme. Había nacido para triunfar, dotado de una naturaleza prodigiosa, la sangre toda de fuego, y un corazón sin miedo y sin piedad, capaz de todos los asaltos, como si de adentro de su carne se asomase la fiera de salvajes alegrías.

DON LUIS

¿Y ahora, acaso, no eres el mismo?

DON JUAN

El mismo, pero luchando por adentro. Peligrosa batalla!...

DON LUIS

Pero en el fondo ¿no estarás jugando a las guerras interiores? Cada vez que me hablas crece mi fe en tu continuada victoria, y gozo viéndote enloquecido ante la presencia de la eterna mujer.

DON JUAN

¡Lo has dicho bien! ¡La eterna mujer! Si he de decirte la verdad, mi verdad, pues la de los otros no me interesa, para mí todas las mujeres forman una sola mujer. Y jamás tendré el goce absoluto, triunfal, que sacie mi hambre de posesión. Hubiera necesitado abrazarlas a todas, en un inmenso y formidable abrazo, para calmar este deseo sin fin que he ido paseando por la tierra como una locura o como una monstruosidad.

DON LUIS

Así hubieras terminado pronto tu destino amoroso, y te sobraría tiempo para convertirte en un santo o en un profeta y predicar, a los pobres hombres, la ingenua moral del padre de familia.

DON JUAN

Ah, pero siquiera una vez me quemaría del todo. Esto de ahora tiene algo de incompleto. Nunca se posee infinitamente.

DON LUIS

No, Don Juan, yo prefiero conquistarlas una a una, correr siempre detrás de la última...

DON JUAN

¿Y no es esa también toda mi historia?

DON LUIS

Si, pero ahora teorizas. Piensas demasiado y obras menos cada día. Tal vez tu cuerpo se cansa, y vas sustituyendo la radiante sensualidad por los pobres sueños del poeta, o del otro Don Juan, del triste Don Juan que busca la mujer perfecta y no la encuentra nunca, pues desea una diosa. ¡Ridículos amantes!

DON JUAN

¡Hacer diosas con el barro de la tierra!

DON LUIS

¡Abrazar diosas con su propio barro! No, nuestra realidad ha sido la única digna. Debemos vivir según nuestros sentidos. Ellos nos han hecho.

Abracemos, Don Juan, abracemos la forma ardiente, el cuerpo entero de la mujer, y olvidémonos de que pueda tener alma. No hay más belleza que la que puede besarse y poseerse.

DON JUAN

¡Ah, mi buen Don Luis! Reconozco que eres más joven que yo. Aprendiste en mi escuela. No te dicté una doctrina del amor. Te hice ver mi vida de aventuras, de audacia, de frenesí sensual, y enloqueciste por ser como yo. En el fondo nos odian, pero nos admiran y nos envidian.

DON LUIS

¿Seguiremos, entonces, sin descanso, la frenética aventura? Te invito, pues, mi gran demonio, mi maestro Satán, te invito a romper esta tregua tuya. Quema tu sangre, algo fatigada acaso, en la única hoguera que da y quita la vida a la vez, en el cuerpo carnal, en el racimo de brasas, en la llama diabólica de Eva.

DON JUAN

Si, Don Luis, los dos hemos nacido bajo el signo de Venus.

DON LUIS

¡Magnífico horóscopo!

DON JUAN

¿Y sabes? El destino no puede ser contrariado. ¡Mejor! Somos la sombra que hace resplandecer la virtud del santo. Mientras nos hundimos en el lodo, resplandecen las cabezas sublimes de los hé-

roes. Día y noche, sombra y luz, bien y mal, todo se explica por su contrario. Para nosotros el horror, el vicio, el peligro aventurero. Para ellos la santidad. Que al final nos recoja el infierno en sus hornallas. Juntaremos el fuego loco de nuestros deseos, con el fuego de Satán. *(Don Luis sirve dos copas de vino, dando una a Don Juan).*

DON LUIS

¡Ah, brindemos por la Venus eterna, por los sátiros, por los machos cabríos, por las bellas tinieblas del pecado, por Satán, hermano, por Satán! Húndase el mundo en nuestro fuego sin fin, mientras lo abrazamos con los cinco sentidos, locamente hambrientos.

DON JUAN

Tú eres el más joven. Me esforzaré por seguirte. Aproximaré la muerte gastando, generoso, este último incendio de la sangre. Y cuando la muerte venga, la esperaré anhelante para gozar su cuerpo tenebroso en una postrera posesión. Y que después se abran las puertas del infierno! Después!... Después!... Qué importa! *(Don Luis contempla con satisfacción la sala donde se encuentran ambos).*

DON LUIS

Veo que cumpliendo el rito que celebras todos los años, has preparado hoy la casa para la fiesta del amor.

DON JUAN

Entra la primavera. Siento en mi propia sangre la resurrección de la naturaleza. Creo en la tierra.

Es mi única diosa. Hace días que ha comenzado a latir su savia, y las flores ríen como bocas en todos los jardines. Las mujeres se van encendiendo. Cada mañana que trae el sol, sus ojos acrecientan el fuego, y sus cinturas se cimbrean hasta enloquecer mis deseos. Mira estas manos, Don Luis, la Primavera las enciende y las rosas de la sangre las queman como llagas.

DON LUIS

¡Mi gran pecador! Así te escuché cuando vine a recibir de tus labios la ciencia de la vida.

DON JUAN

También los sentidos son grandes. El que piensa contra ellos calumnia su propia naturaleza.

DON LUIS

¡Defiéndelos! Tú eres el hombre de los sentidos. Hasta tus palabras brotan del tacto, y cuando las escucho, rozan mis nervios con un fulgor fosforescente.

DON JUAN

Yo no tengo más sabiduría que la de los sentidos. Mi bandera es toda de ojos y de manos.

DON LUIS

Ya noto que los deseos comienzan a emborracharte. Cuando en la fiesta del amor te rodeen las mujeres, estaré cerca de ti tan sólo para oírte. Tu palabra besará sus mejillas y abrazará sus cinturas.

DON JUAN

¡Bueno, basta, no te exaltes! No quieras convertirme en un Dios. Me basta con ser un hombre. Los héroes, los dioses, los ángeles, ya sabes, son mis enemigos, nuestros enemigos. No me conviertas en tu dios, pudiendo hacer de mí tu demonio. Y ahora, que tu juventud ha levantado mis bríos, vete a buscar las mujeres y los amigos para la fiesta del amor. *(Levantando sus copas)* ¡Por la Primavera, por la locura, por la mujer, por el infierno!

DON LUIS

¡Por Don Juan! *(Sale Don Luis cumpliendo el pedido de Don Juan).*

DON JUAN

Detenerme sería morir. Si tuviese muchas ideas, habrían paralizado mi impulso. Pero esta única idea, como un arco gigantesco, dispara mi vida con tal violencia, que sólo la muerte, cortará su carrera. *(Entran Don Pedro y Luz).*

DON PEDRO

Aquí está nuestro ángel, Don Juan.

DON JUAN

Luz te llamas y la luz viene contigo.

DON PEDRO

Veníamos hablando de ti. Cada día siente Luz más deseos de conocerte. Recién ahora presume todo lo que puede ser el corazón de un padre.

LUZ

¡Sí, padre mío! Frente a ti me parece que vuelvo a la vida. Criada entre gente extraña, encerrada luego en aquel colegio tan gris, el mundo me parecía frío y melancólico. Me ha faltado el calor del hogar y siento que lo vengo a conquistar en tu casa. Tu presencia, padre, me llena de ternura y descubro en mí una cosa muy honda, muy íntima, un modo grande de querer que siempre debo haberlo tenido, pero que no lo pude manifestar jamás.

DON PEDRO

No sabes qué emoción me llega de esas palabras. Tu voz, como una campana, llena esta casa de una armonía profunda. Tú has de quedarte para siempre con nosotros, Luz. Si Don Juan es tu padre, yo seré tu abuelo. Tengo necesidad, en esta vida tan solitaria, de agarrarme a un cariño puro y delicado, para que desborde este corazón que no hizo más que ahogarse siempre por el miedo a la vida, y que ahora me llaga con su veneno.

LUZ

Y mi padre ¿qué dice?

DON JUAN

Entre ambos no me dais tiempo a decir nada.

LUZ

¡Habla! Tu palabra me transfigura. ¿Quisieras que tu casa fuera mi casa?

DON PEDRO

Aquí reinarías en cuanto llegases.

LUZ *(con tristeza)*

¡Nunca he sido dueña de nada! Qué corazón tan hundido el mío! Aquel frío de la escuela, aquella disciplina del convento, aquellas monjas tan miedosas y tímidas, como aterradas de sentirse madres, siempre igualmente suaves...

DON JUAN

¿Y aquí serías más feliz?

LUZ

¡Padre! ¿Y tú me lo preguntas? Nunca te he visto. Recién ahora he podido tenerte ante mis ojos, y de qué modo tu presencia ha golpeado en mi corazón. Hasta ahora era como la mitad de mi misma. ¡Qué mutilación de mi ser, en ese mundo donde he vivido como perdida! No podía amarrarme a nada que fuese íntegramente mío. No sé lo que me pasa. Hace unos días, cuando me enteraron de que pronto conocería a mi padre, y luego, cuando mis ojos bebieron tu alma, me pareció que crecía, que echaba raíces en el mundo, que mi vida, toda mi vida, comenzaba a formar parte de un inmenso río de padres y de hijos que vienen amándose desde el principio de las cosas.

DON JUAN

¡El placer de traerte hacia mí se mezcla en mi corazón con un reproche tan amargo!

LUZ

¡No! ¡Por Dios! ¡No tengas más que alegría!

DON JUAN

Si yo soy para ti el motivo de ese amor tan puro y tan sagrado, tú me das a cambio de él dos emociones distintas. Deseada felicidad y no menos deseada tristeza. No puedo explicártelo bien, ni estoy en condiciones de mostrarte aún mi extraño ser. Hasta tengo miedo de asustarte, de perderte, de que mi verdad te horrorice. Lo que te han dicho de mí debe ser espantoso, y si así aun puedes amarme, es porque el alma humana debe guardar secretos que yo jamás he sondeado.

LUZ

Mientras te contemplo y clavo mi mirada en tu ser, el pasado huye de la vida como una nube negra atravesada por el relámpago.

DON JUAN

¿Pero sabes toda mi historia? Si la conocieses y fuera abominable ¿me odiarías?

LUZ

Algo sé. Mas el ímpetu de mi cariño no nace de tu pasado. Ahora resplandece tu bondad. Te miro en la totalidad de tu presencia, y toda tu alma y toda tu vida, se me aparecen como puertas infinitamente abiertas. Jamás contemplé nada igual. Hay algo que me vuelca a ti ciegamente, sin explicaciones, sin pruebas, ni miedos, como si por en-

DON JUAN

¿Y no te asquea todo eso?, ¿no soy un monstruo, mi presencia no te hace retroceder repugnada? ¿Puede tu luz abrir el espesor de mis tinieblas?

LUZ

No es que te perdone, padre, es algo más grande que el perdón. Odio tu pasado, pero a la vez lo admiro. Yo, que he vivido en un mundo tibio, de mediano amor, de mediana hipocresía, de mediana maldad, sin fuego y sin hielo, en esa zona mezquina y estúpida de la indiferencia, donde la fe no incendia, donde la duda no hace sufrir ni blasfemar, frente a ti, cómo respiro, con qué fuerza me siento renacer. ¿No fuiste totalmente la tempestad? ¿No llevabas a Satán en tu corazón de tinieblas? Tu mano, ¿no quemaba con la carne? ¿No helabas a veces con el espíritu? ¿Acaso eras tibio, indiferente, incapaz de arrojarte del todo en el abismo?

DON JUAN

¿Y eso no te hace temblar, no te avergüenza, no te cierra los ojos ante mi estatua de tinieblas?

LUZ

¡No, padre, no! Los grandes pecadores son semejantes a los grandes santos. Entre ellos hay menos distancia de lo que se cree. Tú también has sido grande, grande en el mal, porque fuiste terriblemente del pecado. De ti se puede esperar todo el bien. El demonio fue ángel. ¿No podré realizar con mi amor el milagro contrario?

DON JUAN

(Ha dado vuelta la cabeza y se ha encontrado frente a la estatua de Venus. Después de un disimulado estremecimiento). Mira, Luz, es necesario que cortemos esta conversación. Unos amigos celebrarán en esta misma sala, la fiesta del amor.

LUZ

¡Ah, por eso han adornado la mesa con tantas flores! Esas grandes rosas me alegran el corazón. Siento como si en él hubiesen otras flores, y que las de mi pecho y las de tu fiesta, se atrajeran.

DON JUAN

¿Te atraen tanto las rosas? Es que son tan bellas...

LUZ

Son bellas, pero además tienen algo que no es la belleza misma, algo enigmático, muy profundo, que yo entreveo sin poder explicármelo. Y eso me emociona más que la forma, el color y el perfume de las flores. Algún día aclararé este confuso pensamiento y te podré decir lo que hoy no es para mí más que un enigma. ¿Sabes? Las flores mienten. Su belleza es nada más que un velo delicado y efímero, mientras que lo otro sería algo así como la verdad de la flor, y no puede morir con ellas. A veces me parece que la primavera es una ola por donde pasa eso que yo no sé, tal vez porque se esconde tanto entre los velos de las rosas...

DON JUAN

(Sorprendido y con cierta turbación). Pero Luz, si eso de que hablas es la belleza ideal, la única de que no puede avergonzarse el artista. ¿Ves esa Venus? Presidirá la fiesta del amor porque simboliza la belleza divina, la esencia sin pecado.

LUZ

¿Y qué es la belleza ideal en la estatua de la diosa?

DON JUAN

¿Cómo, tú no la sientes?

LUZ

Si, la siento, pero casi no puedo pensarla.

DON JUAN

Los amigos que vendrán hoy son artistas y filósofos. Uno de ellos, el escultor, me ha mandado la estatua de Venus, porque dice que en ella reside la más perfecta y profunda belleza. En el momento de brindar quiere hacerlo por ese mármol espléndido, donde el hombre ha podido crear la armonía del mundo divino. Para él, la belleza ideal no existe del todo hasta el momento en que el mármol o el bronce la aprisiona en sus contornos temblorosos, y cuando el hombre realiza ese milagro, se sumerge en la perfección de Dios y extrae de su inteligencia infinita la sublimidad inalterable de las ideas. El hombre no podría disfrutarla, si no la encerrase en la forma sensible de la estatua.

LUZ

Mil ideas confusas me llegan desde esa Venus. Su presencia me habla distintos idiomas. Veo en ella, más que la idea celeste, el resplandor y el misterio de la vida. Se diría que lo que no desentraño en el enigma de la rosa, lo extraigo del fondo de ese mármol, donde el artista ha revelado la belleza y la profundidad de la creación. ¿Es la belleza, o es el amor, la idea de esa estatua?

DON JUAN

Es la belleza y el amor, ambos al mismo tiempo, pero redimidos de la tristeza de la tierra, de la baja realidad de la materia. La piedra ha dejado de serlo. La estatua parece no pesar sobre el pedestal, como si el mármol tuviese ya la irrealidad del pensamiento. Cuando la miro, paso de la tierra al cielo, como si los ojos adquiriesen súbitas alas.

LUZ

¡Oh, padre mío! ¿Y tú eres capaz de sentir de esa manera? ¿Tus palabras no mienten? Se diría que me arrastras a un mundo que sólo había logrado entrever, allá, en las brumas de mi espíritu demasiado joven...

DON JUAN

Creo que pienso por ti y no por mí. Si estuviera solo, tendría que arrastrarme mucho para llegar a esas alturas...

LUZ

Entonces mientes para ti y dices la verdad para mí. Parece que con la experiencia del mal, se puede llegar, cuando menos, a concebir hermosos pensamientos.

DON JUAN

Y sin embargo, mi destino depende ahora de ti. Tú me has transportado hasta esas bellas ideas. Acércame tu vida, Luz. A medida que voy pensando en ti, a medida que doy la forma de mi experiencia profunda a tu mundo que nace, siento que el espíritu me conquista, siento que las almas muertas pueden volver a nacer en las almas puras. Y ahora adiós, Luz, hasta mañana.

LUZ

Hasta mañana, padre. *(Vase Luz. Quedan Don Juan y Don Pedro).*

DON PEDRO

¡Qué formidable hipócrita eres, gran bellaco!

DON JUAN

¿Por qué?

DON PEDRO

Has estado admirable, tan naturalmente admirable, que me hiciste temblar y hasta hubiera llorado... si no te conociese tanto!

DON JUAN

Te diré, mi viejo querido, en el fondo no sé si he sido un histrión, o si realmente se me quemaba el alma.

DON PEDRO

Te perdono que la engañes a ella, es piadoso. ¡Pero mentirme ahora, mientras husmeas como un sátiro la fiesta del amor!

DON JUAN

¡No la olvidaba!... Pero era más el miedo de que se anticipasen los invitados y la sorprendiesen aquí. ¿No ves? Este cuidado, este pudor, esta delicadeza que tengo para Luz, ¿no te parecen verdaderos y profundos?

DON PEDRO

Siga el engaño...

DON JUAN

Sí, sé que miento, comprendo mi papel de comediante, pero debajo de la mentira hay algo que acaso sea la verdad. Es una suposición, porque a fin de cuentas, verdad y mentira han sido una misma cosa para mí. Ya ni sé distinguirlas si quiera.

DON PEDRO

Cállate, cuando menos ante mí, y no quieras mezclar mi cariño a tu cínica aventura paternal.

DON JUAN

¿Por qué esa aspereza?

DON PEDRO

Ah, ¿te lastimo, te hiero en carne viva, meto fuego en la llaga? Me agrada desnudar tu alma hipócrita. ¡Qué siempre seas el mismo canalla!

DON JUAN

Esta vez te engañas. ¿No has visto en un cielo todo oscuro de nubes y de tempestad, abrirse de golpe una grieta, y brillar entonces una estrella, una sola estrella, infinitamente más hermosa porque es la única que horada el horror de las tinieblas? Tal es Luz en mi vida.

DON PEDRO

¡También poeta! Lo único que nos faltaba. Me repugna más esta comedia, porque has tomado a tu hija para gozar una cínica voluptuosidad del espíritu. ¡Qué asco! Naturalmente, es la sola mujer a la cual no puedes poseer. En consecuencia, harás con ella tu otra fiesta, el más diabólico banquete, la más repugnante farsa. ¡Bandido! ¡Pirata! No. El infierno no puede llegar hasta ahí. ¡Cobarde! Si no eres capaz de amarla profundamente, con toda la belleza del espíritu sobre la cual vomitabas tus discursos, mátate, pues no harás más que agregar la muerte del cuerpo a la del alma. ¡Mi propia vejez sería capaz de estrangularte antes de que representes esa bárbara comedia!

DON JUAN

¿Te has vuelto loco?

DON PEDRO

¿Loco? ¿Y por qué no les cierras las puertas a esos amigos que esperas y te quedas aquí con ella? Hiciste la farsa de la Venus celeste y del amor espiritual, hablaste poco menos que como

un místico para gozar la admiración y el cariño de aquella alma delicada, y luego, la echaste para enlodarte en ese rito bestial que vas a celebrar.

DON JUAN

¡Bueno, cállate! Tampoco puedo transformarme en una semana.

DON PEDRO

Ya están por llegar, imagino. ¿A que no les cierras las puertas?

DON JUAN

¿Y ahora para qué?

DON PEDRO

Corro de nuevo a buscar a nuestra Luz, la invitas a que se quede para siempre en esta casa, celebras con ella tu primera fiesta del amor verdadero. Te haces padre por el espíritu.

DON JUAN

¡No! Todavía me debo a mi fama. Por otra parte, después del esfuerzo que acabo de hacer ante mi hija, necesito esta salvaje compensación. Aunque me da el corazón que esta vez fracasará la fiesta, pues algunos invitados no me gustan. Ah, las alas del ángel tardan en crecerme, y mientras el alma las abre, Satán no cesa de tironear y retorcer el fondo espantoso de la carne.

DON PEDRO

¿Me juras que es tu última fiesta?

DON JUAN

¡Un juramento más! Vaya un modo de redimirme. ¿Qué importa jurar? ¿Quieres que to jure nada más que para reírme después como un cínico?

DON PEDRO

¡Bárbaro! Ya rodaste otra vez a tu abismo.

DON JUAN

Mira, Don Pedro, yo lo sé todo. La experiencia de la vida me ha dado todo el saber. ¿Sabes qué me ha dicho Satán en el fondo de ese abismo donde me has visto caer? ¿Sabes qué me ha dicho?

DON PEDRO

Dilo, hombre valiente. Habla con su sombra.

DON JUAN

Pues bien, Satán me ha dicho que tú también le perteneces. Tu cariño es egoísmo, no tiene otra raíz. Tal vez deseas que me salve en el alma de mi hija. ¿Pero no quieres también tenerla para iluminar tus ruinas de solterón, para apoyar tu esqueleto en su radiante juventud? ¡Ladrón!

DON PEDRO

¡Hipócrita! Ya sé que no quieres más que cobrarte mis reproches. ¡Con qué bajeza envidias mi corazón, con qué cinismo quieres helarlo! ¡Nunca te salvarás! *(Irrumpe de pronto Don Luis, con exaltada alegría, dentro de la sala).*

DON LUIS

¡Todo está pronto! Dentro de unos instantes, llegan. Será la fiesta más rara que hayas celebrado, la que realizarás hoy. ¡Qué invitados! Don Juan, ¿cómo harás para enloquecer a todos esos hombres superiores? *(Don Juan mira fijamente, primero a Don Luis, luego a Don Pedro, y piensa un instante).*

DON JUAN

(A Don Pedro) Tú eres el arcángel, *(a Don Luis)* y tú eres Satán. Aquí me tenéis, disputadme. Me considero una presa nada despreciable y he resuelto poner mi vida otra vez en el cruce del destino. *(A Don Pedro)* Tu luz *(a Don Luis)* y tus tinieblas, ya comenzaron a batallar en mi pecho. ¡Hermoso espectáculo! ¡Si hubiera dioses, se complacerían contemplando esta guerra! *(Telón).*

ACTO TERCERO

(La escena siempre en la misma sala. No estará más la estatua de Venus. Sólo habrá unas flores en el centro de la mesa. Al iniciarse el acto aparecerán Don Juan, sentado, y Luz, siempre de pie, inquieta, desbordante de vida, hablando con resolución, manejándose en actitudes dominadoras).

LUZ

Piensas demasiado y eso te hace sufrir. A veces imagino que me has tomado por domadora y que te basta saber que yo estoy en la casa, para que no quieras abandonar tu jaula. Qué dicha me estremece cuando te contemplo cerca de mí y me digo a mí misma: Luz es la hija de un gran león que ha abandonado la selva para vivir con ella, con la inquieta muchacha, y ella está loca de alegría frente a ese padre terrible, lejos para siempre de aquellos pobres animales domésticos, que jamás supieron gozar ni sufrir.

DON JUAN

¿León, dices?

LUZ

¿Lo dudas?

DON JUAN

¿Tú padre, león? En fin, sea en cuanto a aquel pasado que tú más imaginas que conoces. Pero, por Dios, mírame ahora, esta grave serenidad, esta elevada meditación, estos grandes días puros en que mi alma vuela tan alto... ¿Qué tiene que ver todo esto con la belleza trágica, con el instinto violento?

LUZ

He dicho león enjaulado, león que abandonó por un sublime amor de padre, las ásperas selvas. ¿Crees que la jaula mata al león? La enorme cabeza y los ojos tenaces sueñan temerarias cacerías. Sólo son grandes los santos que acorralan al león, sin cesar, para defender la dulce belleza de la santidad, pero que jamás logran estrangularlo.

DON JUAN

Hemos pasado un año juntos. Soy otro. He bebido en tu alma mi nueva alma. Tu pureza me encendió todos los fuegos espirituales. Me salvaste, hija. En las llamas de tu fe celeste he quemado la espantosa selva y allí ardió hasta convertirse en cenizas el salvaje animal de presa. ¿Por qué tantas veces me haces hablar de estas cosas? Me dañan.

LUZ

¿Quieres que te diga la verdad desnuda?

DON JUAN

Dila, aunque me hagas sufrir. Jamás mienta tu boca.

LUZ

Para mí eres más grande si tu león vive. Y yo sé que vive. Y yo sé que tú lo combates y lo refrenas. Tu cabeza es trágica como tu destino. Oh, padre, no empequeñezcas ante mí tu drama. Me embriaga la belleza sublime de esta vida nueva donde gozas y sufres con feroz intensidad.

DON JUAN

Luz, por Dios, me das miedo, tiemblo por ti, trata de que nunca se rompan la serenidad y encantamiento de tu belleza con esta tragedia mía.

LUZ

¿Sería tu hija, merecería tu amor, si no me asomase valiente y admirada *(tomando la cabeza de su padre entre sus manos hasta el final de la frase)* al abismo de tu alma, si no participase de tu enorme drama, entrando por tus ojos a ese fondo de tinieblas donde me llevas a mí misma como espada de luz, para contener los avances de la selva?

DON JUAN

¡Sí, pero retén ese fuego! Mi tragedia ha terminado ya. Tu espada resplandeciente como la del arcángel, cercenó el cuello de las fieras. Elógiate sólo a ti, y vuelve al ideal sereno de tu espíritu.

LUZ

¡Padre, mi único ideal es merecerte! Qué espanto si ahora no supiese mantenerme a la altura de tu nuevo destino. ¿Sabes, padre? No sé lo que soy!

DON JUAN

¡Oh, hija! ¡Si tú eres un ángel! ¿Qué otra cosa podrías ser? Si tú hubieses visto cómo en el licor de tu luz celeste se ahogaron los demonios de mi corazón; si tú hubieses contemplado las agonías de mis serpientes en las cuevas espantosas del pecho, heridas en sus pupilas rabiosas por el resplandor angélico de tus ojos; si tú hubieses presenciado adentro de mí el horror de la naturaleza monstruosa, agazapada, como un jabalí moribundo, bajo las flechas de tus estrellas, entonces sí, sabrías quién eres, comprenderías la gloria sobrenatural de tus diáfanas potencias.

LUZ

¡Ah, cuánto gozo escuchándote así! No sé si sufres o si eres infinitamente feliz, o si se mezclan en tus palabras grandes olas de luz y grandes olas de sombra, como cuando el sol despedaza las nubes removidas por el huracán.

DON JUAN

¿Por qué serás tan tempestuosa? Tus palabras se crispan sobre mi alma, y siento miedo por tu propio destino. Yo te deseo más dulce, más tranquila, no el agua del océano, sino el cristal de la fuente.

LUZ

¿Qué miedo puedes tener de mí, si has nacido para ganar todas las batallas?

DON JUAN

Todas las victorias las doy a cambio de una.

LUZ

¿De cuál, padre?

DON JUAN

Por la de sostenerte en lo alto, allí, en las torres; más alto aún, en las montañas; más alto aún, en las estrellas de Dios. Si tú resistes ese vuelo infinito, habré triunfado por encima de mi propio destino, porque en el fondo, el abismo me atrae, el león vive, Satán me grita en las tinieblas de la carne, y sólo tú, desde las cristalinas esferas, podrás evitar la fatalidad de mi caída.

LUZ

Me has pedido toda la verdad, y no podría engañarte, padre. Amo esas torres, esas montañas, esos astros. Desde que era niña todos se esforzaron en que mis ideas se remontasen poderosas, henchidas de Dios mismo, y yo extremé el esfuerzo, porque de ese modo la descarga de mi voluntad lograba desatar todas las fuerzas de mi vida.

DON JUAN

¡Ah, qué dicha! Ya tienes el hábito de las cosas celestes. ¡Nunca desciendas al espesor de la materia!

LUZ

Y sin embargo, a veces huía de todos, acaso hasta de mí misma, no lo sé bien, y corría a ras de tierra, y danzaba entre las florecillas, y abrazaba los árboles, y mojaba, libres los pies, en las aguas de los ríos, y besaba la tierra y con un loco

júbilo, mientras aspiraba el olor del mediodía, saltaba una risa insensata de mi pecho ebrio. Y después, no podía, sino trabajosamente, levantarme de nuevo a las alturas de la divinidad.

DON JUAN

¡Locuras de muchacha! Era el juego, el desquite de la niña. Te acosaban demasiado. Pero ahora hay en ti una firmeza y una majestad divinas. Se diría que tu alma está levantando siempre la gracia purísima de tu cuerpo. *(Entra Elvira. Don Juan tratará de reprimir la atracción que ejerce en él la presencia de la joven. Ésta hablará con delicadeza y con marcada curiosidad, a Don Juan).*

LUZ

(Sorprendida al ver a su amiga) ¡Elvira! ¡Qué dicha me traes!

ELVIRA

¿No me esperabas? Sabes que todos los días vengo. *(A Don Juan, tendiéndole la mano, después de haberse abrazado con Luz).* Cómo me he acostumbrado a vuestra hija.

DON JUAN

Diríase que os completáis.

LUZ

Si, pero eso lo voy a explicar yo. Elvira es el lirio, yo la rosa. Entendámonos, cuando digo rosa, pienso nada más que en la de púrpura, esa muy redonda, muy fragante, muy encendida. Conste que no me refiero a la belleza.

ELVIRA

Comienzan tus exageraciones... Ni yo del todo lirio, ni tú del todo rosa. ¿No es así Don Juan?

DON JUAN

Comprendisteis mejor que Luz.

ELVIRA

Me agrada hablar con ella porque extrema todas las cosas. ¡Es adorable!

LUZ

Acepto la observación. Exagero todo, pero dentro siempre de la verdad.

DON JUAN

Verdad exagerada, verdad perdida. Todo temperamento extremo vive de sus propias mentiras. Así, el que todo lo cree, no acierta por ingenuo, mas el que todo lo niega, tampoco acierta por demasiado listo.

ELVIRA

Aconsejáis nada más que un término medio. ¿No es así? No os creía tan mesurado. Y en vos ha de haber una madura experiencia, mientras que en Luz no hay más que el arrebato de quien aún no ha vivido.

LUZ

Si todo lo he de calcular, si cada acto y cada resolución han de ser pesados en una sutilísima balanza, si siempre he de ahogar las actitudes resueltas y temerarias, ¿cuándo lograré la experiencia de la vida? No es posible quemarse con

agua tibia, de modo que jamás tendré la experiencia del fuego. No es posible amar si el corazón no disfruta toda su embriaguez y toda su intensidad. ¿O queréis que el corazón sea cabeza?

ELVIRA

¿Lo veis, Don Juan? Ya sopla la tempestad sobre sus palabras. La rosa está incendiándose. Hasta en los ojos tiene yo no sé qué embriaguez suprema. De un salto se coloca en el extremo de la pasión, y desde allí grita en lugar de hablar.

LUZ

Tal vez por eso nos queremos tanto. La amistad necesita del contraste. Lo rojo ama a lo blanco. La piedra inmóvil se enamora de las alas del pájaro. La nieve de la luna bebe el fuego del sol...

DON JUAN

¡Interrumpo, porque no terminarías nunca! Parece que has nacido para reunir en cada frase dos cosas opuestas. No hablas más que tramando absurdos casamientos.

ELVIRA

Yo veo en eso un prodigioso instinto de amor. Ama todas las cosas, pero no sé con qué emoción, con qué embriaguez profunda.

LUZ

Hasta mis oídos son formas de amor. Diría que el odio es el revés del amor, pero no algo distinto a él. Es decir, no es falta de amor, sino amor puesto en contra de una cosa, de una persona, de una idea.

DON JUAN

No sabéis cuanto os agradezco, Elvira, vuestra amistad con esta hija terrible. Pienso muchas veces en vos, porque esta hija hace girar toda mi vida en torno a ella, y cada vez que mis pensamientos y mis emociones se concentran en Luz, os veo realmente como a un lirio que reflejase en la púrpura de la rosa su delicada palidez. Y entonces suelo decirme: que la flor violenta aprenda la tierna lección de la suave flor. Perdonad lo que en esta frase pueda haber de poesía, pero la comparación de Luz me arrastró naturalmente a estas reflexiones. Lirio, rosa...

ELVIRA

(Visiblemente emocionada no obstante su disimulo). Sois generoso, y si he de decir la verdad, no exageráis menos que vuestra hija.

LUZ

(Se muestra visiblemente inquieta y de golpe se aparta exclamando). ¡Pero cómo tarda Álvaro! Voy a aguardarlo... *(Sale por la izquierda).*

DON JUAN

Es tremenda! En cuanto algo la contraría, parece que las ideas le hierven. Habla como el volcán arroja lava.

ELVIRA

Pero qué feliz es en vuestra casa. Ha encontrado su patria. En el fondo ¿no es semejante a vos?

DON JUAN

Sí y no.

ELVIRA

Vaciláis al juzgarla, porque teméis. Luz tiene un gran orgullo de mujer, y eso la salvará siempre. Sería temible si no contase con su dignidad y esa elevación de diosa. La he estudiado mucho y siento la impresión de que ha nacido para dominar a todos.

DON JUAN

Hermoso carácter cuando se encumbra, pero si un día cede, es horrible lo que ocurre. No tiene límite. El vértigo lo devora.

ELVIRA

Si os he de decir la verdad, os confesaré que la envidio. Yo casi no vivo debajo del fino silencio que hago sobre mis tímidos anhelos. ¿Sabéis? La brasa existe, pero cubierta por innumerables túnicas de ceniza. Se vive hacia adentro, en una delicada zozobra, como si los sueños no necesitasen para nada de la realidad. Y entonces, en esa soledad infinita, se envidia a todos aquellos seres que se abrazan a las grandes fuerzas de la vida, porque son los únicos que viven realmente. Y ellos no nos comprenden nunca. Ni nos desprecian ni nos aman. ¡No nos ven!

DON JUAN

Los caracteres como el vuestro son sin duda los más hermosos, y cuando alguien los percibe y los ahonda, triunfan fatalmente.

ELVIRA

Tal vez. Pero la tempestad, habituada a remover el mar y a batir la montaña, jamás se detiene ante esos pozos profundos y tranquilos donde el cielo refleja sus grandes serenidades.

DON JUAN

Os diré que lo oculto, atemoriza y encanta a la vez. Esconded la fuente de la música, y al escuchar, os pondréis a temblar.

ELVIRA

Mas cuando la música cesa, el viajero deseoso continúa la marcha, libre ya de la atracción del misterio. ¿A qué perder más tiempo en desentrañar el sentido y el enigma de la melodía? Hay tantas voces que arrancan de un pecho descubierto, y claras, ofrecen toda la dicha después de cada canto!...

DON JUAN

No creáis que se busca siempre lo más fácil. Existe el goce lento, la espiritualidad delicadamente gustada en largos tiempos, el vencimiento sin fin que jamás entrega la totalidad del tesoro. ¡Pero qué miedo y qué respeto infunden esas almas tan hondas y tan puras! ¿Cómo se dice la primera palabra certera si hay mil velos delicados sobre el corazón? Y entonces todos callan y el tesoro permanece intacto. *(Entra Luz acompañada por Álvaro. Luz camina de la mano de su novio y en la otra mano ostentará un ramo de flores. Su paso ha de ser franco, resuelto, como de quien se siente dueña de la situación. Álvaro,*

astuto, aparentará un aire modesto ante Don Juan. En cuanto a éste, mirará a la pareja como quien la estudia, y trata de sorprender todos sus movimientos).

LUZ

¡Mirad qué hermoso ramo! Nadie hace milagros tan grandes como la primavera. Cada flor es una boca que ríe o canta. Se diría que no sólo palpo, veo y huelo todo el ramo, sino que además lo oigo. ¡Qué música tan profunda, con qué alegría canta la luz en el corazón de las rosas! *(Toma el ramo con ambas manos y lo aproxima al rostro hasta sumergir a éste entre las flores. Con una honda inspiración absorbe el perfume. Luego exclama:)* Se diría que he bebido toda la primavera y que me corre por dentro de la vida! ¡Es delicioso! *(Don Juan no podrá disimular su turbación).*

ELVIRA

Oh, Luz, tu felicidad se irradia. Toda tu vida parece un himno. Las flores te admiran, sin duda.

LUZ

Soy más feliz todavía si puedo trasmitirte una parte de mi júbilo. ¿Pero cómo? ¿Sólo palabras tendré para ti? Partamos también las flores. *(Divide el ramo y ofrece una de las mitades a Elvira).*

ELVIRA

¡No! ¡Tantas no! Yo contemplo toda la primavera en una flor. Acepto nada más que esta rosa finamente sonrosada. ¡Qué dulce pudor hay en su mejilla! Apenas un suave matiz ilumina

su blancura, como si ella no hubiese querido ser roja por temor a que la llevaran. Y sin embargo, ya veis, también descubrieron su encanto, también una mano la robó de su planta. *(Toma delicadamente la rosa, la mira un instante como soñando, y la prende en su pecho. Don Juan, entre tanto, ha clavado sus ojos en Elvira, y luego los separa trabajosamente).*

ÁLVARO

Estamos ante dos mundos distintos, Don Juan, y admirables ambos. En uno más pasión y menos sensibilidad, en otro más sensibilidad y menos pasión. Yo siempre seré arrastrado por el primero. La pasión armoniza más con mi serenidad.

DON JUAN

La más hermosa vida es la que equilibra sensibilidad y pasión. *(Mirando fijamente a Luz).* Yo sueño lo perfecto ante la imposibilidad de hallarlo, aún en aquellos que he elegido por dioses.

ELVIRA

¿A qué detener a los enamorados con estas divagaciones? *(Señalando a la derecha la puerta que da al jardín)* Ahí está el jardín que los espera para unir a la joven felicidad sus gracias primaverales. Hasta mañana, Luz. *(Hace una suave reverencia y se va. La pareja se encamina al jardín. Don Juan, pensativo, sigue con la mirada a Luz y a Álvaro, luego busca a Elvira que se ha ido ya por la puerta de la izquierda. Queda un breve instante en actitud de meditar, y dice con marcada emoción):*

DON JUAN

Qué delicada y profunda atracción. Mil lazos cristalinos, de entretejida luz, acaban de romperse entre su alma y mi alma. Todo mi ser hubiera corrido detrás de ella. El amor ha vertido todas las tentaciones y todas las voluptuosidades en su voz. Las palabras se le derraman por los labios en un desmayo de flores y de música. Qué dulcísima herida de amor ha abierto su casta inocencia en mi corazón tempestuoso. Jamás he sufrido ni he gozado la tortura y el arrebato interior de este ahogamiento voluntario de los deseos. Oh, Elvira, moriría millones de veces, en una sola hora de infinita locura, por realizar toda la poesía de estas ansias estranguladas, de estas tentaciones que me hacen desfallecer en agonías a un tiempo trágicas y deliciosas. Y luego, después que las palabras te hubiesen desmayado hasta desvanecerte en el más dichoso goce espiritual, te atraería hacia mi pecho, te sumergiría en mi abrazo, besaría hasta en el sabor de la muerte la profunda vida de tu boca, para hacerte toda mía en un delirio de la sangre que trasmitiese su temblor a las entrañas del universo! *(entra Don Pedro y sorprende a Don Juan en su loco transporte).*

DON PEDRO

¿Qué turbación es esa? ¿Flaquea tu nueva fe?

DON JUAN

(Después de un movimiento de sorpresa). Siempre has de llegar cuando las batallas de adentro me queman las entrañas. ¿Sabes? Hay mucho fuego y el dolor lo atiza. ¡Es difícil vivir así!

DON PEDRO

No cedas, Don Juan. Sálvate y nos salvas a todos.

DON JUAN

Ah, tú no sabes como se me retuerce el alma, qué furor me incendia de nuevo las serpientes, cómo se revuelven los torbellinos y los oleajes, qué de fuerzas encontradas se despedazan entre sí! ¡Pecho, frente, qué campos de guerra!

DON PEDRO

Hace días que te sigo deseoso de hablarte, y tu gesto me enmudece. Yo comprendo tus grandes silencios dolorosos, ese paso de sonámbulo con que andas sin motivo por toda la casa, esos terribles instantes en que te detienes para hundir, con todas tus fuerzas, el grito que va a estallar. ¿Por qué no te inclinas más a este pobre viejo, cuyo cariño abandonas, tan indiferente?

DON JUAN

¿Crees que se ha muerto mi orgullo? ¿No sabes de qué infernal sustancia está hecho el fondo de mi vida?

DON PEDRO

Es que convirtiendo tu tempestad en palabras, te serenarías.

DON JUAN

Gocé solo, solo he de sufrir.

DON PEDRO

¡Qué locura la tuya! ¿Crees que el goce es igual al dolor?

DON JUAN

También tengo el feroz egoísmo de mi tragedia. Muerdo sin miedo y sin asco, en este banquete espantoso, el veneno que me llaga y me corroe la piedra del pecho. *(Golpeándose el pecho con ambas manos)* ¿Crees que esto es de espuma? Se precisarán muchas olas amargas y ácidas para que el peñasco quede deshecho.

DON PEDRO

Aún los arrecifes aceptan el tapiz del musgo y el fleco del alga. Dime, Don Juan, dime tu angustia, no puedo verte en ese silencio, hundido allá en el fondo de tu egoísmo. ¿No fui yo acaso quien te ha creado esta tragedia intercediendo por Luz? ¿No te la traje para salvarte de Satán? ¿No fui levantando en tu vida de vicio y de locura, ese otro amor puro y delicado, que ahora te hiere con el filo de la angustia?

DON JUAN

¿Y qué podré decirte que no sepas?

DON PEDRO

No, no es para que me enteres. Es para que te desahogues. No estás habituado al dolor. No lo sabes soportar. ¡Oh, tan luego tú, el creador de tantas angustias! No abandones el nuevo camino. Ahora que has saboreado los horrores y los estragos de la tragedia, sostente en lo alto de la pureza y del amor. ¡Vacilas, Don Juan! ¡Cuánto temo!

DON JUAN

Y a fin de cuentas, a qué temer...

DON PEDRO

Yo sé que un día te toma de nuevo el huracán y te lanza a los torbellinos de la sombra, o caes deshecho, o mueres aplastado por la feroz intensidad de tu drama. La locura del placer se te ha convertido en locura del dolor. Imposible que me ocultes tu bárbaro desgarramiento!

DON JUAN

No te quejes. Eres el único a quien he dejado entrever mi tragedia. Ante Luz, cierro el pecho. Ante Luis, miento siempre. Ante Elvira, sueño con dulzura, para que no descubra mi ardiente, mi desesperado deseo. Pobre histrión! Tres comedias para ocultar una sola tragedia. ¿Puede exigirse más de mí, cuando todo el infierno me devora desde abajo y sigo suspendiéndome del cielo, agarrado deliciosamente a las divinas estrellas?

DON PEDRO

¡Tu hija! ¡Tu hija! No rompas un solo instante la emanación de ese pensamiento delicado.

DON JUAN

¡Ella me sostiene, Pedro, pero yo no tengo fuerza para sostenerla a ella! Estoy en los cuarenta y cinco años. El freno de luz me contiene. Además, he quemado ya mucha selva. Hasta por la delicia del goce inesperado, me aguanto. Pero ella, que está hecha de mi misma carne y del fácil cuerpo de su madre, ella, que sólo tiene veinte años, ah, es otra cosa, ¿comprendes?, es otra cosa!

DON PEDRO

La ofendes con esos pensamientos.

DON JUAN

No. No hay ofensa que valga. Es una verdad horrible que me habla en el idioma de mi sangre. Hay cosas que se saben por el cuerpo, que se saben por la carne. Ni son ideas, ni se pueden pensar. Son formas certeras de la vida. Es una comprensión de cuerpo a cuerpo. Es como si toda la materia se comunicase por el latido y el hervor de los nervios. Yo puedo matar el pensamiento, pero no puedo detener esos gritos de la sangre, esa compenetración feroz de dos instintos iguales. ¿Qué importa que mutile la cabeza, si siento el grito de todo su ser, si mi ojos la ven cubierta de chispas, si el latido hambriento de su corazón llena de ecos enormes las selvas de mi pecho, si cuando está frente a Álvaro la contemplo toda envuelta en llamas y de un cuerpo tembloroso saltan hacia él mil tentáculos de fuego con que se abraza a la carne del hombre?

DON PEDRO

¿Es cierto, Don Juan? ¡Ayúdame a no creer! Yo no podría haber hablado como tú, tan espantosamente. He sentido rodar por tus abismos la estatua de la diosa.

DON JUAN

Y de la estatua, fatalmente va a saltar, ebrio de sed y fuego, el cuerpo de la bacante.

DON PEDRO

Blasfemas como antes. Apuñaleas con las palabras la pureza de tu hija.

DON JUAN

¿No me invitaste a que hablara?, ¿por qué me detienes ahora? Siento que desde adentro se me iba formando un torrente fatal. Hervor de metales, fuego derretido, lava volcánica, todo como un infierno, giraba adentro de mi pecho y no osaba salir hacia afuera porque yo mantenía dolorosamente cerradas todas las puertas. Pero tú viniste, abrió tu palabra una grieta en los océanos candentes del corazón, y todo aquel vértigo de llamas y aquel derretimiento de mis pasiones y de mis angustias, comenzó a saltar hacia afuera en una espantosa catarata.

DON PEDRO

¡Ah, me aniquilas con tu vehemencia!

DON JUAN

¿Cómo quieres ahora que calle el grito de mi tempestad, si tú mismo desataste el viento, si tú mismo abriste los diques del huracán? ¿Me dejarías solo, aullando como un gran león herido, en mitad del desierto, para que mi rugido se perdiese en la soledad infinita, para que no horadase más que las tinieblas apretadas de la noche, y muriese de un alarido demasiado largo y salvaje en la feroz indiferencia de la creación?

DON PEDRO

Es que eres el mismo de siempre. Tengo miedo de oírte. Todo lo satanizas.

DON JUAN

¿El mismo? ¿Pero no escuchas este llanto? ¿No me ves herido por dolores sin fin? ¿Cómo el mismo, si he estrangulado mis voraces instintos, si he puesto las fieras de mi deseo en las brasas del amor purísimo, y las he visto consumirse, retorciéndose a medida que mis ojos se hundían en el alma de Luz?... Y luego, cuando las llamas consumieron todo, cuando el cuerpo tenebroso de mis fieras cayó todo en cenizas... ¿No llamé sobre mi vida a los grandes, a los diáfanos vientos de Dios, y así no aventé el polvo y la ruina de las voraces selvas? ¿Y esto que soy ahora, es lo mismo que fui antes? ¡Ciego! ¡No has visto la grandeza y la majestad de mi tragedia!

DON PEDRO

Antes en un sentido, ahora en el opuesto, siempre eres el mismo. Vértigo para gozar y vértigo para sufrir. Serénate, Don Juan, pues de lo contrario, terminaré odiando mi obra.

DON JUAN

Tú eres incapaz de odiar a nadie, y mucho menos de odiarte a ti mismo. ¡Viejo manso! Ah, si tú supieras cómo es el odio, el odio a uno mismo, el odio a todo! No me hagas hablar de ese monstruo inmenso, infernal, delicado, de su fuerza, de su embriaguez, de sus filamentos sutiles,

de la oscura tela, envolvente, enceguecedora, del rapto negro, de la garra que goza en el zarpazo perverso y da la muerte hacia adentro y hacia afuera!... Qué delicia, cuando se sueñan tinieblas!

DON PEDRO

Cállate, salvaje, no te enloquezcas. Ruedas por un abismo peor que el otro. Vaya un triunfo el mio. ¿Para esto te la traje? *(Entra Don Luis repentinamente).*

DON LUIS

¡Todos te esperan!

DON JUAN

Todos... ¿Pero quiénes?

DON LUIS

¡La vida, Don Juan!

DON PEDRO

¿Qué vida? ¿Acaso estamos muertos en esta casa?

DON LUIS

Tú lo estás desde que naciste. ¿Pero tú, Don Juan, tú no saltas de júbilo, con aquel gran salto de pantera con que recibías el primer día primaveral del año?

DON JUAN

¡Hace un momento estrangulé los deseos y ahora vienes a enardecer a las serpientes y a los leones! No traigas el fuego a la antigua selva. Tiemblo por adentro como si toda la sangre fuese a abra-

zarse a la tierra, y sin embargo un solo pensamiento me basta para detener el zarpazo del frenesí amoroso.

DON LUIS

¿De modo que estás pronto y te quedas? ¿Qué santidad es esa, Don Juan? Hoy hago yo la fiesta del amor. Los mismos amigos de la pasada primavera te aguardan. ¿No sientes las risas de las mujeres? Escúchalas! ¿Qué música puede igualarse a esa música?

DON PEDRO

¡Satán! Ha dicho no, y es como cuando antes decía sí. Es un no que pesa en el corazón como una montaña. ¿Crees que lo podrá mover la risa de esas pobres mujeres?

DON LUIS

Bueno, pues que entren y lo roben. Tienen derecho ellas, una vez siquiera en la vida, a robarlo. Qué capítulo sublime: Don Juan raptado. *(Don Luis se aproxima a la puerta de la derecha y exclama:)* ¡A robar a Don Juan! ¡Pase adelante la primavera que viene en busca de su rey! ¡No lo dejaremos abdicar! *(Irrumpen en la escena los mismos personajes del acto segundo. Todos se acercan a Don Juan, que permanecerá en una actitud violenta, dolorosa y desesperada).*

DON LUIS

¿Eres o no eres nuestro ahora?

DON JUAN

Siempre fui mío, con todo el horror y el goce del egoísmo. Antes era mío con vosotros. Ahora soy mío en mí, y no con menos ferocidad y menos potencia. ¡Nadie me mueve!

SERAFÍN

Dejémoslo, sueña...

MANUEL

Sueña y piensa, su rostro lo dice.

AGUSTÍN

Sueña, piensa y se extasía. Su no a la primavera es un inmenso sí a la vida interior.

ESTRELLA

¡Sufre!

SILVIA

¡Qué hermosa está su frente martirizada!

ISABEL

¡Cómo tiemblan de dolor y de misterio aquellas manos que sólo sabían acariciar!

INÉS

¿Por qué lo habéis herido? Sueña, piensa, se extasía, pero con qué belleza trágica, con qué espantosa hondura, con qué vehemente conflicto. Ni sueña como el poeta, ni piensa como el filósofo, ni se extrasía como el místico. ¡Es un hombre, nada más que un hombre!

AGUSTÍN

Tremendo destino el de este extraño ser. ¡Todavía es capaz de seducirlas a todas! *(Don Juan permanecerá inmóvil, en un profundo recogimiento, como si no se oyese nada más que a sí mismo. Todos se irán lentamente ante esa actitud. Quedan en la escena Don Juan y Don Pedro).*

DON JUAN

(Ante Don Pedro que lo contemplará con tristeza y dulzura). Se han ido. Pude vencerlos. He quedado solo, solo como siempre, infinitamente solo! Antes era la soledad de quien abrazaba nada más que las ilusiones y las vanas formas, con los tristes sentidos; ahora la soledad creada por la hondura del espíritu trágico. Nadie puede llegar a este dolor verdadero. Mi hija es toda de los sentidos, no me ve. Elvira es toda de la ilusión, no me ve. Todos esos creen que viven, no me ven. Ah, ¿entonces nadie, nadie podrá entrar al cielo y al infierno de mi alma?

DON PEDRO

¿Y yo? ¿No me cuentas?

DON JUAN

Viejo manso, tú tampoco. ¡Eres demasiado bueno!

VERBO DE AMÉRICA
(1940)

DISCURSO A LOS JOVENES

Como alas desmesuradamente abiertas entre el cielo y los océanos, así veo en este instante a los dos continentes americanos. Norte y Sur, y en el centro, un puño de montañas anudando la tierra y los destinos. No puedo contemplar al astro sin que esta imagen sublime, acaso la más hermosa que lo ennoblece, no se configure, radiante y viva, por adentro de mi alma. Atlántico y Pacífico, y el arco de las alas abiertas en el estremecimiento de una curva que sumerge sus extremos en las nieves polares. Y es que el destino de América y el de su propia estirpe, es el de volar en el tiempo a lo largo del eje celeste obedeciendo a los impulsos sagrados de la creación, águila gigantesca y de poderoso orgullo, de cuyas garras de fuego pende el planeta ansioso de crear todavía un hombre que realice las etapas gloriosas, no vividas aún, y que acaso logren su cuna en nuestros pechos americanos.

Vieja es la tierra si contamos su edad en el espesor de sus rocas. Antigua, hundida de siglos, si calculamos su obra en la creciente sinfonía de sus vidas. La ancianidad parece cuajar en las sienes canosas de sus polos. Las faunas abolidas que duermen en las entrañas de piedra, las floras

modeladas aun en la dureza mineral de los estratos superpuestos, todo parece decirnos el repetido drama de los milenarios, desde que las llamas incendiaron sus gases cósmicos, desde que la roca sustituyó al fuego, desde que los ríos labraron sus cauces en la cal y en la sílice, desde que la célula creó el poema de la vida, hasta el momento en que el hombre se enseñoreó de las fuerzas y nombró las cosas con la música de su pecho modelada en la lengua flamígera y en los labios de fuego. Y viejo es el hombre mismo, el hombre que domó la piedra y la sometió a las formas de su pensamiento, que derritió el bronce para convertirlo en el cuerpo de los dioses, que entró la materia a su espíritu y elaboró con ella el trazado de las ciudades y de los barcos, que tomó su alma en la más entrañable profundidad pera verterla hacia las otras almas sobre los puentes musicales de la palabra, que escribió un número sobre cada árbol y sobre cada estrella, que dibujó la órbita de los astros y desentrañó la clave de las esfinges, e hizo del mar un camino y de las ciencia de los viajes una vital geometría. Viejo es el hombre conversando con Dios e investigando las causas y los orígenes del universo, discutiendo con la sombra y bebiendo las esencias eternas y robando las leyes celestes por detrás de la magia de las imágenes. Y viejo es el hombre, aun, predicando el amor, la belleza moral, el prestigio del heroísmo, la majestad del sacrificio y de la abnegación, las anchas generosidades, los ideales resplandecientes que aureolan su destino. Momento hay en que la Naturaleza y su hijo máximo, parecen fatigados, inclinándose

a las grises melancolías y a los angustiosos fracasos, como si el drama representado por ambos desde las oscuras centurias fuese a cerrar el ciclo de sus creaciones, y todo lo que es ahora se entregase ya al descanso mortal sobre los lechos de ceniza y tedio. Así, de este modo, hablaría sin duda, aquél que contemplase nuestro mundo con ojos cansados y con el alma abatida para la pasión y para el entusiasmo. Las cosas son a la medida de nuestro propio ser. No vemos nuestro planeta, sino que vemos nuestra alma cubriéndolo como una enorme túnica. La edad es interior. El día en que el pálido gris del escepticismo y del desencanto se instala en nuestras pupilas, los matices maravillosos y las formas resplandecientes desaparecen del universo, y el triste color de nuestras almas extirpa la gloria de las auroras y la diafanidad de los mediodías. La tierra es vieja sólo cuando el hombre se inclina dolorosamente hacia su oscuro seno, como si eligiera ya la franja de tierra donde reposará para siempre. La tierra es vieja si nosotros matamos en el interior de nuestros destinos toda posible esperanza, todo ímpetu ideal, todo sueño de amor, de belleza y de justicia. Como los dioses son en esencia la eternidad de la juventud, pues el hombre los ha concebido como a los arquetipos de sus propios deseos y los ha construido con los atributos de una fuerza que se crea a sí misma, del mismo modo nuestro ser más profundo parece hecho también para vencer la edad y sobreponerse a toda adversa fortuna. Levantémonos mañana soñándonos jóvenes, y la aurora se abrirá ante nuestra mirada como una enor-

me rosa que sonríe con los innumerables labios de sus pétalos, la mañana santificará nuestro trabajo, el crepúsculo nos envolverá en el misterio de su belleza delicada, y la misma noche, desde el cuerpo inmenso de su sombra, parecerá un himno escrito por la luz en los prodigiosos abecedarios de las estrellas!

En verdad, hoy podría ser el día elegido para erigir nuestro destino y el destino de las Américas. La hora es triste, grave, angustiosa. Sobre los países del viejo mundo, pesa la negra fatalidad y sus dictados levantan la espada de la tragedia, y los pueblos que han acumulado la experiencia de sus repetidas edades, se desangran, implacables, enrojeciendo con la preciosa sangre de la vida, los campos fatigados por el drama feroz de las guerras alimentadas por el odio invencible. No!, nosotros digamos: No! Los hombres de América queremos sobrepasar el imperio de la venganza y de las ciegas cóleras. Aspiramos al reinado de la luz y de la belleza, a la hegemonía de la paz y de la justicia, y a la divina jerarquía de la razón y del amor. Detengamos el huracán de los instintos enfrenándolos con una voluntad inteligente, capaz de utilizar su impulso para la creación de la armonía universal. No basta que el hombre se apodere de las fuerzas de la Naturaleza. Es necesario que su predominio se ejerza también sobre los ímpetus de la fiera animalidad. Hay que engrandecer el horizonte de la conciencia, hay que labrar cauces radiantes e irreprochables de pureza para que corran por ellos los ríos mag-

níficos de la vida. El hombre necesita renacer en sí mismo y en cada uno de esos nacimientos debe levantar más alto el prestigio de su ser maravilloso. Las etapas de nuestro planeta son tan numerosas como los vuelos de nuestras ansias. Venimos desde abismos de la fuerza, desde la oscuridad de los fecundos limos. Somos un misterioso fragmento de estrella fraguado en la energía de su profunda sustancia. La carne y el nervio están encadenados al barro y a la piedra. Por ser una parte de la vida, pertenecemos a la fiera y al bosque. Pero en la vasta frente del hombre arde la hoguera del pensamiento y en sus llamas el barro se convierte en luz, y ese fulgor de los dioses puede liberarnos de la sombría esclavitud, y concedernos un nuevo nacimiento, una segunda creación de nosotros mismos, capaz de desplazarnos a las puras armonías del amor y de la justicia. Ésa es la lucha suprema, ésa es la guerra santa. No la que mata al hombre, sino la que lo aproxima a las órbitas espirituales de una divina perfección.

¿No será esa, acaso, la misión más alta de América? Es necesario sondear el pasado y el futuro, ver al hombre desde que se levanta de la baja animalidad hasta que enfrena la energía de su astro y somete la materia a los dictados de su potencia espiritual, sumergirse en la inmensa obra realizada y lanzarse luego más allá de ese fértil pasado y este rudo presente, para soñar las etapas que un día serán el orgullo de las nuevas generaciones. La mayor fortuna del hombre es que la perfección no existe. Sólo por ello nos es dado

soñar y esperar. Sólo por ello tiene sentido nuestra carrera por el extraño camino del ser. Un más allá nos espera siempre. La montaña comienza, cada vez que imaginábamos coronar su cumbre con la presencia de nuestras alas. El arquero arroja la flecha, pero allí donde la flecha ha caído, es necesario empuñarla de nuevo y lanzarla con más imperio y audacia todavía. Lo demás es comodidad, pesado y estulto conformismo, sueño sin ensueño, imitación de la muerte!

Mas cuando se tienen estos entusiasmos que imantan nuestros actos y los elevan hacia sublimes conquistas, es necesario sondear el sentido de la marcha y penetrar hasta el fondo el carácter y la fatalidad de nuestra raza americana, y llegar hasta los designios ocultos de nuestra tierra continental. Nada más grande que el ansia, que la locura misma de la superación. El sólo hecho de querer agrandar las órbitas de la vida, comunica a la frente y a los pechos no sé qué fulgor heroico, que de por sí ya es un atributo de la grandeza divina. La desconformidad es el signo de la inteligencia y del amor. Implica una feliz distancia entre nuestra altura y la altura de las cosas. Roto el nivel a favor de nuestro vuelo, quisiéramos alzar todo aquello que se ha desprendido de nuestro contacto, para que todo se revista de nuestra radiante dignidad. Nos parece leer en profundidades que otros no logran, la palabra que alimenta los ideales eternos hacia los cuales se encamina la creación. Se puede así llegar a convertirse en el intérprete de los propósitos universales y se puede aspirar también a encarnarlos en sus más apasio-

nadas ansias. Todo lo que ha de ocurrir parece escrito en nuestro hemisferio para una mirada sagaz, astuta y de punzante penetración. Eduquemos los ojos en la captación de los difíciles oráculos y plasmemos nuestros deseos en la lectura entrañable del hado. Seamos adivinos y reflexivos, audaces en las inspiraciones, y firmes en la razón. Demos a nuestras alas el temple y la seguridad del cóndor. Aprendamos gravemente en el sondeo de América a manejarnos con seriedad y potencia, no confiando más en las frágiles improvisaciones y en los repentinos estusiasmos. Tengamos el aliento poderoso de quien ha de avanzar por sendas difíciles y al construir los ideales, cimentemos sus cuerpos intangibles sobre la perduración de la roca.

Hablo a los jóvenes de una democracia compuesta por veintiuna repúblicas, en una hora en que es necesario calentar el verbo afirmativo de la libertad del hombre. Quisiera el verbo mismo del sol para que mi palabra tuviese la fertilidad de su potencia cósmica. Olvido mis propias ideas para sólo pensar aquellas que son como el tesoro común de todos los hombres buenos. No deseo ser original, deseo ser humano. Sólo quiero un pensamiento que haya sido probado por las grandes experiencias de la vida, para encarnar en mi verbo un breve puñado de afirmaciones que por su nobleza y hermosura forman ya parte del sublime patrimonio del astro. Desdeño en este instante, pues, una originalidad hecha para el deslumbramiento, y prefiero decir aquellas cosas sencillas y profundas que miles de veces consti-

tuyeron el inalcanzado ideal y la caliente aspiración de nuestros antepasados. Lo grande y lo bello siempre fueron sabidos por el hombre, aunque jamás hayan logrado una total realización. Jóvenes uruguayos, jóvenes americanos, vivid para crear un mundo mejor; vivid para sondear la experiencia de cada día y levantaros en cada aurora con un temple más enérgico y con una fe más entusiasta; tened confianza en vuestro poderío y cimentad esa confianza en las entrañas de vuestra realidad; soñad con la frente apoyada en la dura roca para que los sueños tengan la firmeza de lo eterno; amad en vosotros a los realizadores de una obra continental; empeñaos en romper las cadenas del egoísmo para edificar el templo de las colectividades; juntad vuestra columna a las columnas de todas las almas; creced en la soledad para ser profundos, pero verted el trigo cosechado en el granero de las patrias; sed ricos por la capacidad de desdeñar toda riqueza que no sea compartida por vuestros hermanos en el destino del astro; colocad siempre una idea generosa en el arco de las voluntades; investigad el sentido de vuestras vidas y el de todas las vidas; morded la tierra de América para extraer de sus sabores su misión en el vuelo de los siglos; aprended en todos los libros para superar las experiencias de la sabiduría humana, y sed auténticos y originales a fuerza de leer en vosotros mismos y en las esencias del cosmos; pasad de lo pequeño a lo mayor, de lo mayor a lo grande, y de lo grande a lo sublime, y una vez allí, manteneos hasta el sacrificio, y morid en vosotros mismos olvidándolo

todo, para renacer de pronto, trayendo a la luz una nueva clave de la acción y un sentido más alto del hombre. ¡Así se es joven, y así se es digno de crear el sueño de América!

Oh América, bien sé que tú eres en tu vasta amplitud y en cada uno de tus hijos, una nueva juventud sobre la Tierra. Y los jóvenes que hoy alientan en tus campos y en tus ciudades, son la juventud de la juventud misma. Bello y extraordinario es el espectáculo que ofreces a los ojos maravillosos del tiempo. Te levantas sobre las edades de la historia, investigando y viviendo un nuevo sentido de la vida. Consciente e inconsciente a la vez, por virtud de la razón sobreavisada y de la espontaneidad improvisadora, tu alma emerge en despertar de todas las potencias humanas y si bien anudada todavía a las raíces del pasado, ya con las alas puestas a volar sobre órbitas que nunca conocieron los hombres. Trasmites a mi corazón una ola de fresco y poderoso entusiasmo. Pese a mis cansados años, me concedes un aliento de primavera y un aroma sacro de surcos recién abiertos por el hierro de la voluntad. El sol te mira jubiloso con su pupila de fuego. Las estrellas tiemblan sorbiendo el resplandor de tu nacimiento y cambiando su luz con la luz de tu altísima promesa. El astro se siente dichoso de tu estupenda creación, y las cenizas de sus siglos se incorporan corriendo por una savia desconocida. La flor de la esperanza gesta el fruto de la realidad. Nuevos ejemplos de grandeza serán el oro de tu esfuerzo. Con el oído apoyado en el estremecimiento de tus entrañas, escucho la voz con que ordenas la alta

labor a los que tuvimos la divina gracia de nacer adentro de tu contorno mágico. El Ande y la Pampa laten asombrados. Algo muy grande se anuncia entre los dos océanos que cantan, maternales, ante tu cuna gloriosa donde la niñez del prodigio sonríe en la luz de las más puras auroras. No reniego de esta patria enorme ni de este siglo contradictorio y desequelibrado. Algo de locura y de vértigo hay siempre en el anuncio de las grandes obras. En tu templo infinito hay un altar único y sobre su pedestal de diamante y fuego, se levanta una única divinidad: la esperanza! Todavía se puede ser feliz sobre la tierra, todavía el ideal puede ser la religión de los desconformes, todavía es posible renacer de adentro de las fatigadas cenizas, todavía podemos gritar con orgullo y júbilo: la proa de América, frente a lo desconocido, marcha hacia el encuentro de una humanidad irreprochable! Es el momento de la metálica voluntad y de los himnos de fuego!

Permitidme, oh jóvenes de América, permitidme, sí, a pesar de la densa gravitación de mis años, ser uno de vuestros camaradas, y confundir mi alegría de hoy en las filas de vuestro entusiasmo. Ardo en sacras hogueras. El poder del vaticinio parece crepitar en el ascua de mi frente. Yo os hablaba ahora, y me pareció que iba renaciendo con una potencia de ser no menos enérgica y terrible que la vuestra. Quiero mezclarme a los que van pisando el peligro, mientras avanzan enloquecidos y frenéticos sobre los desfiladeros del enigma. No importa caer, si nuestra llama interior pone en fuga las sombras del gran abismo. Quien no se

da del todo, no ha nacido del todo. Lo primero es avanzar junto a la bandera de los sueños sublimes, y lo primero de lo primero es colocarse en la primera hilera que hiende con sus pechos la virginidad del futuro. Apresuremos el vuelo del presente corriendo ansiosos a su busca. Si la antorcha nos quema las manos y acaba por devorarnos la vida, besemos su llama y abracemos su fuego. El minuto del incendio vale por la eternidad de la nieve. Así comienza la plegaria que vierten mis labios anhelantes de poseer el aliento de los profetas y el rayo de los realizadores. Diría que el fuego de nuestra tierra levanta, quemándolas, las palabras de mi pecho, mientras mis labios las erigen irguiendo la columna purpúrea de la oración. Y digo entonces: No quiero mi vida para mi vida, ni mi sangre para mi sangre, ni mi pensamiento para mi pensamiento. Soy la irradiación. Mi ser se vierte como una luz de oro sobre las tres Américas. Mi fuerza se pliega a sus montañas, a sus ríos, a sus llanuras, a sus mares, a sus ciudades, a sus selvas. Me baño en la luz radiante de la Naturaleza, desaparezco sumergido en ella, y me doy en todo mi destino al destino del astro. Y luego me recobro para formar conciencia de profundidad y empuñar el martillo de los constructores. He arrancado a la tierra el enigma de mi ser y de su ser. Tomo mi vida entera y la devuelvo a la vida universal. Ah, si lograse de este modo ser el más alto modelo de los hombres para convertirme en el ejemplo ante la marcha de los jóvenes! Sé que sólo lo sueño, pero al decirlo pienso que otros más felices que

yo realizarán lo que en mí ha sido la más ardiente aspiración. Y digo: si todos los americanos llegásemos a ese paradigma del esfuerzo, entonces, si, el eje espiritual del astro se confundirá con el alma de América!

RETRATOS DEL FUEGO:

PROMETEO.

(1952)

ARES

Es sabio a veces que aun lo posible se convierta en imposible. Sabemos el comienzo de cada cosa, pero es muy difícil prever el fin. Hay que Cortar de raíz, Zeus, eso impide el malhumor de la duda.

ZEUS

En efecto, la especie humana debe perecer, y tal es mi imperiosa resolución. Lo he dicho, y así será. Otra estirpe distinta a la de Prometeo será creada. Ciega y torpe para siempre, no intentará nunca rebelarse contra su propia esclavitud.

(Los dioses abandonan la escena, trepando por la montaña).

PROMETEO

(Ha quedado solo y con ojos curiosos y tenaces contempla las lejanías de la Tierra). ¡Son mis hermanos! Ellos, los dioses, lo saben y lo temen. Yo los erguiré. Serán apartados de los demás seres vivos. Los elevaré sobre los rebaños, las piaras y los enjambres. Los tomaré en la soledad, y los redimiré del peso del barro. Ensancharé y subiré

sus destinos. De esclavos, los convertiré en señores. Los haré libres, libres como yo, y les enseñaré la sagrada alegría de la libertad. ¿No es posible acaso, astutamente, poder contra poder, robar el fuego de los inmortales? ¿No hay mil estrellas al alcance de mi voluntad? ¿No puedo penetrar oculto, al taller del divino herrero, a la forja del Hefestos? ¿No saltan chispas del vuelo de Apolo? ¿No corre el incendio en la selva cuando la hiende el rayo de Zeus? ¡Una chispa, hermanos hombres, una chispa para incrustarla en vuestras frentes! Así la Tierra, nuestra madre, con la voluntad y la audacia del hombre, hurtará la sabiduría del cielo. ¡Ah, qué obra la mía, entonces! ¿Por qué me voy a humillar ante el Dios que aceptó mi alianza? ¿Triunfó solo, acaso? ¿No le presté mis manos y mi pensamiento? ¿Cómo él, como él mismo, no era una fuerza y una seguridad? Que él gobierne, que él se enorgullezca de nuevas creaciones. El Universo es grande. Yo quiero, yo reclamo lo mío, y lo mío es el hombre. A la obra, pues. Él en la suya, yo en la mía. Cada uno en su puesto. ¡El Hombre! ¡Ah, sueño grandezas prodigiosas! Veo los tiempos no llegados e imagino todas las posibilidades. *(Deteniéndose, y mirando hacia lo alto).* Pasa un águila. Es semejante a un pensamiento vivo. No habla, realiza. Qué hermosa es en su esplendor y en su poder! Entra como una flecha a la oscura nube. La hiende robándole su enigma. Ningún temor la dobla, ninguna vacilación la detiene. Es un trozo caliente de la voluntad del astro. El viento la combate, y ella lo horada. Sus alas rompen la luz y el aire,

y proyectan su sombra sobre la indomable montaña. ¿A qué reflexionar tanto? ¿No hay águilas de fuego en los latidos de mi corazón? Llegó la hora del desafío. Calle la boca, y hablen los brazos. Ya vuelo como ella, como el águila imperturbable. Voy hacia el cielo de los dioses, a robar la chispa, a hurtar el fuego sagrado, a violar las claves herméticas. ¡Y después!... Después abriré un surco en la vida del hombre, y sembraré en él la chispa divina. Siento que la tierra sube, y es que la levanto en mi propio destino. ¡Zeus, la estirpe humana no perecerá aunque yo pague mi rebeldía con el más siniestro suplicio! ¡Héme ante ti, poder contra poder. *(Prometeo trepa por la falda de la montaña).*

PROMETEO

Me encadenaron con hierros y palabras, y hablaron, como esclavos, en la misma medida con que perdieron su dignidad. Ostentan el estilo que agrada a los déspotas. ¡Oh, fieles perros de Zeus, cómo mordían con sus palabras cínicas! Ellos, humillados por sí mismos, esbirros complacidos en su celeste ruina, polvo y ceniza sobre los cuales marcha el Tirano, cómo se desquitaban de su miseria insultando y zahiriendo mi libre, mi orgullosa conciencia. ¡Tal será siempre el banquete de los miserables! ¡Ah, mi mutismo, mi feroz silencio los encadenaba a ellos! Vuelven ahora atravesados por el dardo de mi desprecio. Saben, sí, saben que yo no soy el encadenado, sino ellos

mismos, y por eso nos odian a mí y a los hombres, por eso nos temen y nos vejan, porque no ignoran que adentro, en las entrañas misteriosas del ser, nadie gobierna, nadie ata ni rige, y ese reducto de la libertad burla la totalidad de Zeus, y será siempre el escollo tremendo donde se estrellarán todas las tiranías.

¡Tiempo! ¡Quiero tiempo! Ese es mi desquite. El tiempo es de la Moira, y no de Zeus. ¡No! No lo detendrán ellos jamás. Hasta en el Caos hubo el Tiempo ¡Tiempo y esperanza, he ahí la cadena oculta con que el prisionero Prometeo, ciñe, con libre idea, el cuerpo glorioso de Zeus! Cadena contra cadena. Veremos quién vence a quién... Doloroso desafío, ruda y triste provocación. Lo sé. Mas complace hablar ansiosamente, verterse en la soledad inmensa. Todo es oído, y todo nos responde en el Universo. No se perderán mis palabras. La Tierra, sus montes, sus aguas multiformes y fluyentes, los peñascos de lejanos ecos, todo vive, todo participa del ser activo, todo tiene alma, hasta esta piedra rugosa donde me sujeta el hierro.

¡Dioses nuevos, hablo a las antiguas realidades y a los perdurables fundamentos; invoco presencias más duraderas que las vuestras, y las erijo como testigos de nuestro drama! ¡Oh, Ether diáfano donde flotan imperturbables mundos; Gea materna, bajo la llama viril del cielo; ríos viajadores, hijos de las quietas montañas; mar azul, cuyo pensamiento es la profundidad y cuya voluntad es la incesante ola; y tú, pupila de fuego, ojo vigilante cuya mirada es el Universo, Sol fecundo! Vosotros lo habéis visto, mudos y graves, pero

heridos de mi misma herida; vosotras, fraternas realidades, contempláis mi suplicio y sufrís conmigo la injusticia y la humillante prisión para el Salvador de la estirpe humana. ¡Tierra madre, todos los hombres están comprendidos en mi titánico orgullo y en mi vergonzoso encadenamiento! Abro el pecho al dolor, me quejo por mí y por la estirpe entera. Pero no, no he de llorar con femenino llanto. Sé más, acaso, que lo que ellos mismos pueden saber. Nunca se ha detenido la rueda de los actos, y nunca un destino pudo ser eterno. Luz y abismo, dicha y dolor, alternan. De abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, todo está sometido al cambio. Lo mío preexistía en mi conciencia, y lo hice. Nada en mi fatalidad es inesperado. Un día mis ojos verán mis deseos hechos verdad. Tierra madre, mis pies correrán entonces por tus caminos, y los males de los hombres serán el más firme estímulo del bien. Y tú, fértil Gea, serás la joya del Cielo, a pesar de los dioses. Sufre, pecho mío, tu áspera calamidad. Como en un yunque puedo crear sobre mi corazón, la más alta esperanza: ¡una estirpe de hombres libres!

¡Ah..., un rumor, algo viviente, aquí...! Unido a un vago aroma se acerca. La soledad parece abrirse, y a la vez, ansío y recelo. ¿Dioses? ¿Hombres? ¿Seres intermedios? Mi corazón se balancea. Tremenda soledad, cercana noche de imponente sombra, tenaz monólogo en el tenaz insomnio, dura, cruel, larga batalla...! Grata me será toda compañía. Mas mis enemigos, acaso, vengan a redoblar el ultraje. Y yo, entre estas cadenas, hecho escarnio de mí mismo, en humillante espec-

táculo. ¿Qué más cabe en mi martirio, puesto que morirme es imposible? Me miro, y comprendo como nunca el destino de los desconformes. Pago así el bien con que favorecí a mis hermanos. ¿Los amé demasiado? Otra vez robaría el fuego para ellos... Crece el rumor, y aunque suave y de presentida dulzura, crece también en mi espanto. Todo lo que se aproxima me atemoriza. ¿De qué puedo valerme a mí mismo? En fin, sea lo que el Hado determine. Sé que una vez los inmortales volverán hacia mí, en busca de una secreta clave. Mas se estrellarán contra mi silencio. Esto no mata el sufrir, pero es un anhelante anticipo de aquella hora enorme, ya grabada en el Destino, que jamás los dioses podrán robársela al tiempo. Tendrán que sufrirla como yo me duelo aquí, entre estas implacables cadenas.

CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Emocionadas y suaves, hacia ti venimos, Prometeo. Qué puedes temer de nuestra joven curiosidad? Conmovido el corazón, al contemplarte participamos ya de tus dolores, y fraternas, te consolaremos. Nos atrajo el fuerte golpe de los martillos sobre la ruda peña. Vibrante, el hierro hizo temblar las entrañas de la Tierra, y la húmeda cavidad de las ocultas cavernas, donde tenemos nuestras naturales moradas. La angustia nos enlaza ahora a tu adverso hado. ¿En qué ofendiste a los dioses, que así afrentan tu libertad? Espanta verte.

PROMETEO

Anudé en el hombre, para salvarlo, la Tierra y el Cielo. Puse la llama de los inmortales, germen de todos los poderes y de todas las ciencias, en sus manos, y antes la sembré en su frente. Tal, a los ojos de Zeuz, mi delito. Duro es el alto Dios, como tirano nuevo.

CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Largo será tu suplicio, y el más cruel para ti: inmovilizarte! El Dios de los dioses es inflexible, y golpea donde más hierve el dolor. Su voluntad es águila y rayo.

PROMETEO

Ningún cetro es eterno. Otras deidades he visto caer. Ya una vez solicitó Zeus mi ayuda para abatir la rebeldía de los Titanes, vosotras lo sabéis. Y ha de volver hacia mí, él mismo, o su mensajero Hermes, para que de nuevo lo salve. Conozco las claves de su caída. Íntimamente, saberlo, tiene ya el apasionado sabor de la venganza. Y no hablaré mientras me ciñan cadenas. ¡O libre, o mudo!

CORO DE LAS OCEÁNIDAS

¿Y qué vieron los inmortales en tu obra?

PROMETEO

Todas las artes las alcanzará el hombre con el fuego. Cual los dioses, se adueñarán de la Naturaleza. Los eternos odian la participación de estos dones. Con la luz interior, que también les he otorgado, los efímeros harán hablar a la Esfinge. Crecerán en la Tierra y sobre la Tierra. Sus ideas, ecos humanos de los astros, flotarán en el cielo.

CORO DE LAS OCEÁNIDAS

Mucho les concediste, Prometeo.

PROMETEO

También desvanecí en ellos el temor a la muerte. Podrán soñar sus destinos, sin preverla, y hasta podrán soñar su propia inmortalidad. Así crearán sin descanso.

XII

EN UNA MONTAÑA DEL CÁUCASO. PROMETEO, GEA Y EL CORO DE LOS HOMBRES.

PROMETEO

¡Oh, profunda soledad, callada soledad, frente a la infinita presencia del Universo! ¿Dónde apoyar la sed del corazón? ¿En qué oídos deslizar este vertimiento de las entrañas? ¡Cuántas veces soy el que sólo pregunta para crear en mí al que sólo responde, como si pudiese desgarrarme en dos seres, y en diálogo ardiente abrirles paso a los manantiales de las sangrantes heridas! ¡Cuántas veces la silenciosa voz interior se me vertió en la boca, resonando en las palabras vivas, y sembrando el aire y la luz, y hasta la misma sombra, con la triste simiente de mis sueños de prisionero!

¿No les hablé a los vientos, a las áridas rocas, a los torrentes de curvadas fugas, a las nubes de envididados viajes, a las estrellas profundas y silenciosas?

Aquí, en una edad incalculable, he medido el tiempo de mis cadenas hasta perderme en la cifra de las auroras y de las noches. Aquí soñé los siglos futuros, la ebria esperanza de mi libertad, cuando un ser humano y divino quebrante estos hierros ya casi fundidos a mi carne, y sobre mi pie anhelante tracé nuevos senderos al destino de la tierra. Aquí, solitario, impedido, replegándo-

me en mí mismo hasta hundirme en las fuentes de mi propio pensamiento, vengaba mi prisión trabajando secretamente mi propia grandeza.

Despojado del mundo exterior, inmóvil y sacrificado mi cuerpo para crear una humanidad cada vez más bella y más digna, descifraba el orden de las divinas ideas, leía, silenciosamente, el signo de los futuros destinos del hombre, y sin evadirme de mí mismo, la mente apoyada en las claves secretas, bebía en las entrañas de mi espíritu las supremas armonías de la belleza, y acaso llegaba hasta ellas con la misma perfecta diafanidad de los dioses que me condenan y me humillan.

Mientras era más hondo y prolongado el dolor que me imponían, mientras eran más duros los lazos de la prisión, mientras era más candente el rayo de la afrenta, yo creaba con más ansia mi libertad interior, la gloria de un pensamiento indomable, intacto en su volar recóndito, suprema verdad de mí mismo, donde flaquea y no acierta jamás con castigo alguno, la zarpa bestial del carcelero.

Hondas angustias, innominables melancolías, en el largo correr de los tiempos, levantaban, desde sus nidos de sombras, las aves resplandecientes del amor, de la verdad, del bien, de la belleza. Por la noche me parecían águilas no menos hermosas que las de Zeus, águilas que de pronto, como si se me abriesen grietas en el pecho, se me subían del corazón, para hermanarse, en las supremas alturas, con el vuelo maravillado de los astros.

Y de tanto soñar, y de tanto pensar y vivir en las profundidades, bajo la humillación y el sufrimien-

to del castigo, apretado a mi propio enigma, llegué a ser otro, otro Prometeo; pero sin dejar de ser yo mismo. Todo tiempo es cambio. Todo ser es crecimiento. Todo dolor es fecundidad. ¡Oh soledad, tú hablas más y más hondamente que todas las bocas del cielo y de la tierra! Incontables años te he escuchado. Tú no eres la llanura siempre igual a sí misma. Eres elevación y profundidad. Tu voz es más sabia que la de los dioses. Miles de días te he escuchado. Tus palabras están siempre dispuestas en escala. A veces, bajando por ti misma, rozaba los lindes absolutos de mi ser. Otras, escalando tus alturas, apoyaba mi oído insatisfecho en los arcanos del universo, y los arquetipos irreprochables me embriagaban con la más pura música de las revelaciones.

Sé que soy yo mismo, oh soledad creadora, pero mis dimensiones forman ahora una orilla de mar que abarca a la creación entera. Estoy colocado como una estrella en el centro del todo universal. Me veo a mí mismo semejante a una pupila siempre abierta, punto inmortal del fuego divino y del divino amor, donde inciden todos los rayos de la luz. Cuando otra vez los hombres lleguen hasta mi frente, mi conciencia suprema se vertirá en ellos, y tras largas edades, la Tierra resplandecerá tanto en el cielo infinito, que la perfección se plegará a ella con el más amoroso de los anhelos.

Lector del Destino, nauta maravillado y ansioso del futuro, a medida que desgarraba los velos que ciñen a la Fatalidad, fui vertiendo a la estirpe humana los mensajes que el porvenir esconde en

sus silenciosas entrañas. No podrán detenerme, ni la pesada materia, ni las radiantes divinidades. Soy el hombre de todos los hombres, la suma sublime de sus deseos, de sus poderes, de sus júbilos, de sus angustias. Soy, en la variedad innumerable, una franja eterna de la eterna realidad, la más extraña, la más honda y dramática, porque hundiendo las raíces en el barro del mundo, levanto la voluntad en el viento del espíritu, para abrir la flor, la flor del hombre, en las claves de la verdad absoluta. Siguiéndome a mí mismo, siguiendo en mí al hombre todo, la sagrada Tierra, no es menos digna de su vuelo terrible en la fiebre de sus creaciones, que el resplandor de las divinidades!... (pausa).

Igual que cuando en lejana edad llegó hasta mí el rumor de las Oceánidas, siento voces humanas y pasos que se acercan. Vibro en mi fuego como una hoguera recién encendida. ¿Aguardo ansioso, temo aterrado, vacilo indeciso? ¿Qué hora es esta hora de mi destino? Mi sangre se paraliza o salta en bruscos aletazos, como si el corazón muriera y renaciese bajo los rayos de un contradictorio azar. La esperanza me golpea las sienes con voces tan hondas y repentinas, que ya no puedo leer sus ardientes signos.

¡Afrentosas cadenas, violentas prisiones, murallas de soledad y de silencio, seréis quebrantadas para siempre, y de pie sobre los caminos del mundo, tras esta muerte en la inmovilidad, otra vez sembrador de los hombres, podré sumergir en sus almas todos los gérmenes de amor y de belleza que recogí en el profundo tiempo de estas heridas

soledades!... Mas, ya están, ya los veo, ya los siento, ya me estremecen con sus vivas presencias, ya no son los fantasmas de mi fiebre, ya embriagan mis ojos sedientos de humana realidad, ya me contemplan asombrados, mientras me parece que les bebo las almas haciendo míos sus deseos en un acto de amor que ellos no pueden sondear en sus tremendas profundidades! ¡Los hombres! ¡Los hombres! ¡Sí, soy Prometeo, soy vuestro Prometeo! ¡Quebrad el absorto silencio, oh voces hermanas, oh casi olvidadas voces, oh palabras que hice florecer en vuestras bocas al mismo tiempo que os entregué la voz divina del fuego!

CORO DE HOMBRES

Padre sublime, hermano doloroso, inextinguible hoguera de la Madre-Tierra, Verbo de revelación; llama de creación; fecundo, audaz Prometeo, a ti venimos burlando el dictado de Zeus; a ti venimos, rebelde y fecundo; a ti, sacrificado y trágico; a ti, fuente de vida, creador de las terrestres llamas; a ti inmortal y sublime, más alto que el castigo que te afrenta, más generoso que la ley que te encadena; a ti, altura del heroísmo y profundidad de la sabiduría; a ti, Prometeo, liberador, salvador de los hombres! ¡Venerado sea tu horrendo martirio, besadas sean las llagas de tu suplicio, adorados sean los signos de tu grandeza! ¡Gloria a la totalidad de tu gloria!

PROMETEO

¡Ah, estas voces, estas calientes voces! Nunca había pensado tan honda la delicia de las queridas voces. ¡Hombres! ¡Hombres! Ya no es mi voz de adentro, en fatigado soliloquio, mi voz íntima escuchada hasta padecer todo el horror de mí mismo y toda la agonía de una infinita soledad. ¡Hablad, hermanos hombres! ¡Traed a mis oídos sedientos el roce de vuestras almas vertidas en el amor y el sacrificio! ¿Por qué miráis en derredor? ¿Qué buscáis en la inocencia del aire? ¿Qué preguntáis con vuestros ojos a la misma luz que nos ciñe en su radiante amor?

EL CHARRÚA
VEINTE TOROS
(1957)

Cerca de Trinidad traza la Cuchilla Grande inferior, una estrecha y prolongada curva, unida hacia el Norte y abierta hacia el Sur. De sus sinuosas faldas y de sus quebrados planos manan numerosas fuentes, que a su vez engendran cañadones y arroyos, que al unir sus aguas en un solo haz, forman el río San José. Éste, luego de correr algún trecho por el Departamento de Flores, entra, con lento movimiento, en la jurisdicción que lleva su nombre.

De las sierras de Guaycurú, de Mahoma y del Pintado, se desprenden copiosos tributarios que ensanchan su flujo.

A dos tercios de su marcha toca en la ciudad de San José, y tras una leve desviación al Este, vierte su caudal en el Santa Lucía. Desde su nacimiento a su desagüe, ha corrido unos ciento cincuenta kilómetros. No es mucho según la medida de los números, pero en cambio, pocas veces un río está destinado a ser tan bello y a reflejar con más maravillosa pulcritud, el divino encantamiento de la belleza.

Yo diría que de cuantos he visto, es el San José, el río de la claridad.

Su agua se abre a la mirada con dichosa transparencia. Se aproxima suavemente a la levedad del aire y de la luz. Donde se remansa, su espejo líquido es tan fiel a las gradaciones y matices del

color, que pocas veces el paisaje se habrá duplicado en el sueño de la imagen, con una realidad que haga olvidar más el misterioso simulacro de los sueños. Es un sueño que traspasa a los sueños mismos.

Si desde la ciudad nos encaminamos hacia el Sur por las márgenes del río, a no menos de dos kilómetros nos sorprende un ensanchamiento desproporcionado y extraño de su cauce, que en forma de lago dibuja una amplia elipse de aguas tan quietas y tan puras, que se dirían el símbolo de un alma detenida en el vuelo por la beatitud del éxtasis. Complace a los ojos la dimensión de su contorno, tan proporcionado a la capacidad de la mirada, que de una vez ésta lo ciñe en su diáfana curva. Reina allí una calma única, y trasmite a quien la contempla no sé que misterio de la serenidad, donde los nervios deseosos de descanso, se adaptan a una placidez y a una dulzura tan dichosas, que la contemplación se prolonga y teme quebrarse, por no destruir el sortilegio de aquel sosiego amoroso. El río, antes de echarse en ese ensanchamiento, gracias a un islote, divide en dos su cauce, y hacia la izquierda ha reunido un brazo de arena, que a ciertas horas, rutila sus calientes topacios junto al fresco zafiro de las aguas y a la viva esmeralda del monte.

Un crespo y jugoso arbolado bordea el conjunto. La húmeda fertilidad devuelve a la orilla, en copiosa savia, la pasión del abrazo. El árbol indígena esponja sus follajes, y rompe en el aire, —milagro de la flor—, su caja de colores, aún en este otoño, cuando ya las hojas más suaves amarillean

con tierna palidez. Franjas de camalotes se aventuran en el agua, y encienden, sobre las pantallas verdes de las hojas, las leves lucecitas de sus flores. La vegetación se hace a trechos enmarañada y salvaje, mas de pronto un sauce suaviza el ámbito cubriéndose pudorosamente con su túnica de melancolía y de silencio. Profunda es el agua, y el espectro del cielo, en su fondo. Por momentos sentís que la Tierra ha formado un ojo perfecto para contemplar, en las alturas, la rueda de los días. Aquella pupila enorme se complace en colorearse con el iris de las horas. Hay un amoroso acorde cromático entre el universo y esa líquida pupila que lo contempla. Nunca una mirada más dócil y una compenetración más íntima. El ave que flecha el aire corta en imagen la diafanidad del lago. La nube viaja a la vez en la altura celeste y en el ámbito milagroso del espejo. El sol duplica su escudo de fuego. La luna, por la noche, arroja al lago su isla de nieve. La pradera de estrellas sumerge su fantasma en los cristales amorosos, y al temblar el agua en esa caricia delicada, los astros danzan, persiguiendo el ritmo de las flautas del aire.

Si desde el extremo de la laguna miramos las tierras circundantes, observamos las praderas que el árbol fija en la mirada, ya solo, ya en breves conjuntos. A izquierda y derecha, ambos planos descienden en pausadas gradaciones, desde el horizonte, como si quisieran hablarse de orilla a orilla con el doble labio de la laguna. Ese diálogo parece avivarse a la hora del ocaso. Lo escuchamos y lo vemos. Uno y otro prado hablan desde el

monte de las riberas, con el lenguaje de las aves. Es la hora de los dulces retornos. Se oye el canto que sigue al canto, trazando rutas de música en un aire suavizado de oro y de finas vibraciones violetas. Y los pájaros que van y vienen entre ambas márgenes, son alígeras flechas impulsadas por los arcos del lago, para llevar y traer las palabras que no se atreven, por el pudor de la hora, a quebrar el sagrado silencio por donde va a entrar la noche. ¡Idioma con alas, poema para el oído oculto de los ojos...!

El mediodía fue violento, el atardecer es delicado y místico.

La presencia crepuscular de la laguna de Veinte Toros, trae a nuestro recuerdo las leyendas del indio gigantesco que dio nombre a aquel disco de agua, que no es más que un vasto ensanche del río San José.

¡Veinte Toros!, el charrúa de la época colonial... Voy a evocarlo.

Era un indio de la vieja raza. Su cuerpo era el bronce más ardiente del fuego vital. Talla titánica, pecho fraguado en metales flexibles y elásticos, cuello de maderas recias, puños y pies de piedra, cintura de ramas cimbreantes, ojos de halcón, dientes y molares de puma, nuca de toro, voz de jaguar, voluntad de águila. Todos los vientos de la tempestad en sus impulsos.

Cuando el deseo crispaba el rugido de su instinto, el pavor arrodillaba a los toros, y los nervios del puma se apretaban a la piel. Ningún potro escapó a su lazo, y ningún ñandú burló sus boleadoras. El chasquido de su arco electrizaba al hu-

racán, y su flecha de fuego rompió el vuelo de todas las aves. Nunca un quebracho más recio que su brazo o su muslo. El cuarzo se rompía entre sus dedos, y el golpe de su pie dolía en la tierra En invierno desgajaba los árboles más fuertes para ahuyentar el frío con hogueras menos salvajes que su sangre. Su grito atravesaba selvas, su pupila nictálope desgarraba las sombras y abría caminos en la medianoche. Sus piernas tenían alas. Saltaba los torrentes. Serpeaba bajo los árboles espinosos. Irrumpía hasta el extremo de los coronillas. De un golpe quebraba los huesos para sorberles las sabrosas médulas. Ningún río era tan ancho que lo venciera. Ningún tajo de piedra evitaba su brinco. Entre sus compañeros era el cacique. Todos respetaban su fuerza y su brío. Hércules charrúa, no tuvo más nombre que el de Veinte Toros, por la suma de sus energías. En estas tierras nació y vivió sin jamás alejarse de ellas. Su alma estaba dibujada de estos campos, de estas serranías, de estos arroyos, de este río de mágica claridad, de estos árboles, de estas piedras, de estas selvas, entonces más apretadas aún que las de ahora, de esta laguna mil veces hendida por su piragua, de estos peces mil veces arrebatados a la corriente por el rayo de su mano. Se diría que la naturaleza lo había tallado en roca viva, y al entrar en la piedra el relámpago de su instinto, hizo arder en sus entrañas todas las fuerzas del astro.

En medio de este adormecimiento crepuscular del paisaje, evoco, por detrás de dos siglos, una de las leyendas de Veinte Toros. El pasado vuelve a mí, y se hace presencia y verdad.

Lento y reposado, como si le penetrase en el alma y el cuerpo, el afinamiento de la hora, llega el indio magnífico a la orilla izquierda, tras una caliente tarde de correrías y de esfuerzo. Mira el agua, ahonda sus pupilas en las entrañas de oro del agua, se vuelve hacia el monte de enmarañados ramajes, busca un árbol de erguido tronco y esparcida copa, lo envuelve en su mirada, camina hacia él, y tiende su cuerpo en la hierba y la hojarasca, apoyando la nuca en la curva saliente de la raíz vital. Allí permanece entre el sueño y la vigilia. De pronto penetra entre la ramazón del árbol un ave de negro plumaje. Su vuelo, extraño y fatídico, fue sorprendido por el charrúa, mientras zumbaban las alas en el aire. Sus oídos escuchan el grito del ave, semejante al chasquido de una rama desprendida por el viento. Algo extraño ha leído Veinte Toros en aquella repentina vecindad, en aquel tajo de música salvaje y áspera. Pero, vuelve a su reposo.

Por el toque de una antigua superstición, su oído ha quedado alerta, y las puntas de sus nervios se han prolongado por todo el monte. Algo distinto al murmullo que lo envuelve, toca ahora su atención. Hay un deslizamiento vivo, apenas perceptible, sobre las briznas y las hojas secas. Aguza sus sensaciones. Ya no duda. Da vuelta la cabeza hacia la izquierda, y percibe dos ojos fríos, helantes, sorprendidos ante el cuerpo del indio. Detrás de aquellas pupilas tenaces y rígidas de instinto, se prolonga la ondulación de una larga crucera, que ante la inmediatez del charrúa y su mirada de horror y desafío, comprende, con la

sabiduría de la selva, que no le resta más recurso que el combate. Veinte Toros permanece clavado de manos y de pies a la oscura tierra. Ya no había fuga posible. Era necesario aguardar y decidirse a la lucha. Sus músculos se apretaron a todas sus energías. El cuerpo entero era un rayo crispado por el instinto. Una vacilación o una precipitación, eran bastante para recibir la mordedura ponzoñosa y mortal. La enorme víbora ya casi lo tocaba, confiándose en aquella inmovilidad tensa y angustiosa. De pronto, como un aletazo de águila, se levanta el brazo del indio, y sus dedos se crispan, tras el golpe certero y radiante, en el cuello de la crucera, mientras el cuerpo de Veinte Toros se yergue en un espasmo de triunfo. Mas la misma serpiente, en un bote enloquecido se enrosca en el cuello del charrúa, y lo anuda con todas las fuerzas de la vida y de la muerte. La mano caliente del indio tritura las escamas del reptil y se enardece sobre su frío traidor. El nudo de la serpiente, en convulsiones sucesivas, va ahorcándolo. El cuello de Veinte Toros, todo en un haz de músculos y nervios, se defiende con una suprema tensión. Él respira aún, y la serpiente ya no respira más. Tras una corriente de estremecimientos, la crucera desmaya su cuerpo, y cae a los pies de Veinte Toros. Ahora es nada más que un frío muerto. Sus ojos se han apagado. Las escamas del cuello y de la nuca, están revueltas sobre la piel tronchada. Algunas han quedado en las manos del indígena, breves estrellas que la última luz de la tarde hace fulgurar sobre la piel de bronce.

En lo alto del árbol, vuelve a gritar el pájaro

agorero, y el chasquido de su voz hace sonreír al indio. El ave ha gritado su alerta, y aquel hombre comprende que la tierra, el agua, y el aire, lo acompañan, igual que en la infancia, cuando toda la naturaleza lo sostenía en su júbilo.

La evocación se desvanece. El pasado se hunde en sí mismo, y vuelvo a la realidad que me circunda. El paisaje se apodera otra vez de mis ojos.

Es imposible traducir este recogimiento, este modo menor, dulcísimo, que se desprende, como una melodía, desde la hora agonizante. Sabemos que esta agua del lago se mueve, pero es tal su lentitud, que nuestra sensibilidad no llega a percibir la fuga del líquido. El aire duerme como una gloria olvidada sobre la corona de los árboles. El sol cae al occidente, en el mar de su propia sangre. La estrella de Venus hace más honda todavía la soledad de los cielos, y debajo del agua engarza su diamante de oro en la irrealidad. Hacia el fondo, una hilera de aves acuáticas se ha inmovilizado, como si sus vidas se olvidasen de vivir. Dos bueyes rojizos contemplan el agua, tan próximas a ella sus cabezas, que el aliento enrula el emocionado cristal. La superficie especular se tapiza con una seda de transparente niebla, tan sutil y vaporosa, que la brisa, en extremo lenta, apenas la siente con sus nervios de perfume.

Un vaho de misterio sube de las praderas. Remotamente el humo perezoso de una hoguera, desenrosca su serpiente sobre los tonos vacilantes, que se van disolviendo en el llegar de la noche. De inmediato una estrella punza el infinito. Una rama desgajada raya el recogimiento. El salto de

un pez abre y cierra, con su relámpago, el reposo del remanso. Los nervios aguzan y afinan su sed sobre la vaguedad y el desvanecimiento de las cosas. La sombra tarda en llegar, como si temiese desmenuzar los colores, los matices somnolientos, las gradaciones que se van uniendo unas a otras, para caer, fundidas y desmayadas, en la herida de las soledades. Ciérrase una flor del día, y ábrese una flor de la noche. Sobre la perdida valva de un molusco, cae un pétalo amarillento. ¡Beso de cenizas! Unas ovejas han llegado hasta el linde del agua. Están en fila. Miran y no miran las cosas que las rodean. Prolongan y bajan el cuello. Como si soñaran, beben. Permanecen luego en una actitud ritual, tan serena, que el alma del crepúsculo baja hacia ellas, y besa la dulzura de la hora en la profundidad de sus ojos. De inmediato, lento el paso, entran como emociones en el temblor de la selva. Perseguimos después el vuelo de un pájaro. Corta en dos la brisa con la flor de su pecho azul. Gira un instante. Sesga las alas. Entra a un árbol. Una melodía nunca escuchada empapa de música los follajes. Otra contesta. Luego el silencio se une al silencio, en un nido que tiene la forma de un corazón.

No sabemos si en este instante predomina en el observador la sensibilidad o el pensamiento. Acaso la voluntad, la sensibilidad, la inteligencia, la memoria, la imaginación, se han unido como nunca en un acorde interior que nos conduce, levemente, a una más pura y delicada conciencia de nosotros mismos. Nada es aquí, en esta hora de misterio, ni demasiado grande, ni demasiado breve. Cabe-

mos bien en este paisaje, así como él cabe bien en nuestra alma. Nos enlazamos a él con placidez y hondo agrado. Sentir y pensar ahora es casi como un sueño. Ni nos sacude la potencia del día, ni nos oprime el infinito nocturno. Esta enigmática acomodación de lo objetivo a lo subjetivo, es tan perfecta, que en último término, gozamos de una extraña liberación, como si el lazo del universo no nos enlazara, y como si el nudo de nuestro ser no nos aprisionase. Se goza como el olvido de las cadenas. Las alas del espíritu vuelan desinteresadamente, por el sabor glorioso del vuelo mismo. Ni preguntamos ni aguardamos ninguna respuesta. Nos dejamos vivir sin aspirar a nada, por la gracia misma de que la vida se vive sin temores y sin esperanzas. Gravita un misterio, es cierto, sobre nuestra frente, pero tiene en sí mismo tal encanto poético, que lo amamos tal como es, sin que nuestra flecha lo hiera, y sin que su esfinge nos abrume. Yo diría que ésta es la hora esencial de la laguna de Veinte Toros, el trance en que se sumerge totalmente en su virtualidad, el momento en que se realiza y revela íntegramente sobre la melancolía de nuestra reflexión. No pueden ser así el mar, la montaña, la selva devoradora, ni la pampa inmensa. Otra realidad es la del rudo peñasco y la del mismo río de incontenible marcha. Este ojo celeste y dorado de la tierra, este anillo de árboles que lo ciñe, este cielo real e irreal, este recuerdo de luz de sol que todavía empurpura algunas nubes, este silencio que cabe en nuestro corazón, esta estrella del amor que está afuera y adentro del agua, este instante en

que las cosas coinciden, a tal punto, que no podemos discernir la realidad y el ensueño, proyectan en las entrañas psíquicas una paz de dulce y enigmática espiritualidad, que todavía parece más honda porque no desdeña la tristeza; pero la gradúa en tales toques de melancolía, que lo más íntimo de nuestro ser se complace en yo no sé qué romántica conformidad con la esencia más prodigiosa del dolor mismo.

Hay algo aquí muy profundo que se balancea y que nos mece, algo como una conciencia de la maternidad terrestre, cosa de caridad y de amor, de nostalgia y posesión, de conquista y de pérdida, de esperanza y de desesperanza, tránsito de todos los posibles y de todas las imposibilidades, que acaso sea la raíz metafísica de nuestro ser. Porque en este lago, en este otoño y en este ocaso, todo es y no es, todo se posee y todo lo perdemos, y desde el subterráneo de nuestra alma, identificamos lo real y lo irreal, y libres ya de todo problema y de toda angustia, no es posible soñar, a la manera que sueña el lago mismo, tejiendo por debajo de su lámina celeste, una maravillosa mentira de las imágenes, tan pura y tan perfecta, que las cosas mismas no lo pueden ser ahora hasta un grado tan recóndito y tan emocionante.

Recuerdo entonces al indio Veinte Toros, tal como lo modeló la leyenda, y tal vez en el fondo indefinible de mi ser, envidio la potencia de su realidad, y el rayo vital, simple y directo, con que entró en su vida y en la vida del mundo. Y no puedo menos que señalar el contraste entre su ser primitivo, y las matizadas complicaciones de mi

alma movida por la complejidad de mis aventuras mentales.

Es ya la alta noche. Toca la sombra el agua de sombra. Por grados, las estrellas suben desde oriente, como si se levantasen de la oscura maraña de los árboles. Reclinados en la orilla de la laguna, las vemos subir, nocturnos pensamientos del abismo. Se ordenan en las tinieblas según cifras y símbolos que conversan extrañamente con nuestros ojos. Letras de un alfabeto desconocido, componen un poema grandioso, cuyas palabras de fuego y música desgarran los velos de la sensación y rozan las secretas cavernas del alma. El tiempo se desprende de sus rosas cósmicas como una emanación de lo arcano. Nos sobrecoje la grandeza de la astralidad. Desesperados ante la tremenda gravitación del enigma, bajamos los ojos a la brevedad de la Tierra, pero el espejo del agua duplica en un sueño infinito el pavor de las distancias nocturnas, y crea en sus cristales vivos, el fantasma de las constelaciones. El enigma ha crecido hacia arriba y hacia abajo. Estamos ante el infinito y el sueño del infinito. Debajo de las entrañas místicas del agua, se realiza la identidad entre la presencia real y el espectro soñado de esa misma presencia. En el límite de ambas inmensidades, están los ojos del hombre, arrepentido de sondear la doble esfinge, y maravillado, a la vez, por la belleza de la noche. Todo el hombre está ahí, en ese horror y en ese éxtasis, en ese miedo y en esa red, en esa seguridad y en ese tembladeral, breve punto ansioso y delirante, arco de la frente

y flecha de la mirada, cuya conciencia es una herida trágica en la inmutable indiferencia cósmica.

Vuelvo a evocar al indio Veinte Toros, y vuelvo a envidiar su instinto de seguridad, y su primaria sencillez.

De nuevo salto dos siglos, trayéndolo por la hendidura de las leyendas.

¿Qué hace en el borde de la selva? Aguza el oído y el olfato. Siente el aroma del puma, el celo primaveral, y percibe, de vez en cuando, el alarido de su pecho llameante. Entra con sus ojos en la doble noche del bosque. Toma con sus manos poderosas las ramas caídas y ya secas. Las amontona en numerosos haces hasta formar una pirámide. Reúne puñados de hojarasca y ramillas desflecadas. Luego hace saltar una chispa entre sus dedos, y las llamas comienzan a subir desde el tacto de la tierra a lo alto del cono vegetal. La hoguera es ya más alta que su cuerpo. Las brasas hacen vibrar sus hormigueros vivos. Danzan las llamas y golpean la noche con sus relámpagos. Huyen los insectos, las víboras, los lagartos, y tiemblan los pájaros ante el resplandor que penetra entre las pajillas de sus nidos.

La luz se vierte sobre el lago, y corre sus fantasmas hasta la orilla opuesta. Huyen amedrentadas las aves acuáticas, y los peces que horadan el agua, extravían su salto bajo el hipnotismo de las llamas.

Veinte Toros vuelve al monte. Levanta troncos de pesada reciedumbre, y los vuelca en el rojo hogar. Saltan círculos de humo y rechinan los aceites y las savias de las cortezas y de las rama-

zones. El charrúa canta un canto bárbaro con una voz bronca y áspera, como tonificando con él su trabajo y sus músculos. Se le ensancha el pecho. El sudor fluye de su rostro, y al mojar el bronce vibrante, las gotas le dibujan menudos ríos como nerviaciones de hojas.

El miedo de la noche retrocede ahora. Una entera confianza reviste de dignidad y orgullo el cuerpo y la frente del indio. Hacia un costado, muy próximo al río, descubre un enorme árbol seco. Es un duro ñandubay. Despojado de hojas, ante la hoguera, parece un esqueleto de púrpura. Toma Veinte Toros una larga rama encendida, y con vigor terrible, la arroja a las altas ramas del ñandubay. Comienzan éstas a arder. El árbol, que fue verde en el último estío, es ahora rojo. Está vestido de sangre. Desde el sur viene corriendo el viento. Raspa las hierbas con su alaje latiente. Abraza, como a una amante, al árbol incendiado. Es la orgía del fuego. El lago la percibe, y tiembla azorado. En su profundidad, aquel subido incendio danza en la nerviosa fidelidad de los reflejos.

Veinte Toros vive unos instantes la religión del fuego. Algo sagrado, ancestral, imponente, lo sacude. El cuerpo mágico del árbol lo hipnotiza. Vuelve a cantar un canto bárbaro, con voz bronca y áspera. Gira a izquierda y a derecha. Saluda a las llamas curvando el cuerpo trágico. Salta. Llega casi a tocar el ñandubay. Da vueltas, en delirio, en derredor del cuerpo purpúreo. Corta el canto, y horada las tinieblas con un terrible alarido. Los ecos saltan hacia él desde los flancos

de todas las arboledas vecinas. Sabe que aquella salvaje hoguera ha de arder toda la noche. Fatigado, se acuesta sobre la hierba. Todo se va oscureciendo debajo de sus párpados. Del vellón de la sombra se va formando en su interior la madeja del sueño. Duerme ya. Desde lo alto, la noche eterna lo contempla con las mil pupilas de los astros. Bajo las espaldas del charrúa, la tierra, gozosa, abre sus poros al calor humano.

Desvanecida la visión legendaria del charrúa y su árbol de fuego, retornan mis ojos al contorno de la noche que me rodea.

El aire se ha inmovilizado. Duerme sobre las praderas, sobre los árboles, sobre la laguna. Reposan el buey, la oveja, el pájaro, el gallo, el insecto. Sólo la luciérnaga abre y cierra su latido fosforescente, mínimo corazón en el cuerpo inmenso de la sombra. Pero esa sombra no descansa nunca. Durante toda la noche su rueda siguió girando sobre la cintura del mundo. El tiempo la mueve. La mañana, el mediodía, la tarde y la noche, caminan siempre. Por algún punto pasa el alba, por algún punto pasa la tarde, por algún punto pasa el crepúsculo. Todos los momentos del día corren sin cesar sobre el cuerpo del mundo. El iris de las horas pasa fatalmente por todas las láminas del planeta.

El aire se ha inmovilizado. Duerme sobre las praderas, sobre los árboles, sobre la laguna. En esa quietud se va formando una niebla leve y liviana como el perfume de las florecillas silvestres. No se puede apartar del agua. La cubre y la acaricia con la extrema finura de la delicadeza. La

luz de las estrellas queda detenida en esa niebla, y el lago se va haciendo invisible, oculto entre tapices y velos primorosos. Nuestras miradas se extravían en ese polvillo minúsculo. Ese humo lechoso se desprende del frío de la noche, y poco antes del incendio del alba, se hace más denso. Acaso un poco de luz viene ya desde oriente. La brisa detenida tiene sed. Ha corrido mucho sobre la tierra, y recostada en el lago, bebe la humedad, y refresca sus entrañas azules. Luego comienza a moverse. Gira la niebla en misteriosos remolinos. Todos los sueños del alba encuentran su forma en aquella flotante imaginación del polvillo del agua. Se diría que el líquido va desprendiendo las mismas imágenes que absorbió durante el día y la noche, para darle un espacio virgen a la fiesta de la aurora. Fugan las sombras sobre sus pies de raso. Tan suavemente abandonan las praderas, que las flores se abren para besarlas y agradecerles el sueño delicado bajo su imperio y su silencio.

Ahora una espada de fuego hiere de pronto el pecho de una nube, y el pico de un ave deja caer en la bruma una siembra de zafiros. Los lebreles del alba corren por el cielo cazando las estrellas en las últimas sombras. Ha cantado el gallo. Una bandada de palmípedos, rasando el agua, cruza en recto vuelo de orilla a orilla, y el lago despierta al golpe de las rítmicas alas. Caen al oriente cascadas de purpúreas rosas. Contemplo el lago. Se diría que debajo del agua se ha roto un cofre de rubíes. Los instantes vienen cargados de luz nueva, y la vuelcan en el ámbito aéreo, como quien derrama un tesoro excesivamente grande sobre las

praderas, que despiertan, maravilladas. El agua se lava en el fulgor, limpia su espejo, diafaniza su ojo, y la pupila celeste se extasía en el azul perfecto. La mañana corre sus horas sobre los caminos del mundo. La mano femenina arranca rosas blancas de la ubre de la vaca. La gallina celebra con un canto loco el hermético huevo que encierra la clave de una vida. Duermen las simientes, sobre la tierra húmeda, las flores de la primavera y los frutos del verano. El pez de plata mueve los nervios de las ondas. En el resplandor del sol, el filo del arado parece que fuera sembrando luz bajo los surcos. En lo más alto de una loma, sobre un alazán de fuego, cabalga un gaucho, blanco el poncho, negra la crencha, rojo el labio por donde la canción se desprende como un ala que volviese al rancho de paja y terrón, recién abandonado.

La visión de este hombre en la serenidad del paisaje, trae de nuevo a mi memoria al indio Veinte Toros. ¿En qué episodio de su vida se me aparece el ciclópeo charrúa?

Vientos del norte, húmedos y pesados, impelen hacia el Plata, enormes tropeles de nubes grises, ahitas de agua. Quedan aún trozos de azul en el cielo, y en mil figuras, de continuo van deformando sus perfiles. Larga ha sido la sequía. El río corre adelgazado en su caudal. A pesar de la sombra, la tierra huele a sol. Los pastizales amarillean, raleados por vacas, ovejas y caballos. En los árboles hay ramas calcinadas, y en sus hojas duele la sed. Las raíces se pegan ansiosas al polvo reseco, y se hunden en busca de las humedades profundas. Las osamentas del ganado se desarticulan

bajo las garras de los caranchos y los cuervos de ancho alaje, que buscan en la presa un trozo de carne agusanada. Los campos sufren. Quemada está su piel. Abierta en grietas. Las heridas de la pradera semejan bocas ocres y oscuras en lo hondo, que claman, en el silencio, bajo las nubes henchidas, el regalo de la lluvia. El aire se mueve en olas calientes que llagan las fauces de las bestias.

Corre una hora, y el cielo ha unido en un solo tono plomizo su bóveda, que por grados, y en un lento descenso de las nubes, se va aproximando a la tierra, antes de que las gotas de desprendan de sus fuentes grises. Cesa el viento. Gravita, sobre las praderas exhaustas, una calma mortal. Pesa sobre el polvo sediento y árido, la ansiedad del agua. Hay un dolor, tenso de esperanza, en los árboles y en los animales. Todo está abierto para beber. El horizonte es el contorno de una inmensa boca que muestra su fondo de fuego a las entrañas de las nubes.

Súbito, viborea un relámpago. Salta de nube a nube. El timbal del trueno desata en el aire sus negros corceles de música. Contestan los ecos recónditos. Las saetas del cielo se multiplican, y van dibujando nervios rojos en los senos de los nimbos. Después es el rayo. Un arco invisible lo ha desprendido, sesgándolo, hacia tierra. Hachea a fuego un ancho ombú. El ramaje humea. El tronco, dividido en dos, cae a uno y otro lado, y quedan desnudas las raíces, como una agonía de serpientes. De inmediato la lluvia comienza. Miriádicas gotas, gruesas, ensanchan su choque sobre la tierra. La madre calcinada bebe, sorbe, se em-

briaga de frescor y de júbilo. Se empapan los árboles y espejean ante el chasquido del relámpago. Los animales permanecen inmóviles. Se bañan en la dicha. Sedientos, inclinan los belfos hacia los primeros charcos. Les corren anillos de felicidad por las gargantas. El polvo va hinchándose. Las grietas del campo se unen. Los zanjones se convierten en torrentes. La lluvia es diluvial. Barre la muerte sobre el fresco lodo. Los cañadones se vierten en los arroyos, y éstos en el río. Las márgenes se separan más y más. El lago de Veinte Toros expande su círculo y da paso a un agua terrosa, que va girando en remolinos, entre cuyas curvas danzan los camalotes en islas florecidas. La lluvia persiste, torrencial, como en delirio. Todas las corrientes se desbordan. Troncos y ramajes son arrastrados en un balanceo ebrio.

De pronto comienza a correr el viento pampero. Irrumpe del Sur, vence a las renovadas rachas del Norte, las rechaza en giros de espasmo, retuerce las nubes, y éstas, apretadas entre los dos impulsos, chorrean su agua en un estremecimiento enloquecido. Junto con el viento de la Pampa, y como saltando de él, llega a la laguna el indio Veinte Toros. Necesita atravesarla. Hacia la otra orilla están su choza, su mujer, sus hijos. No puede retroceder, pues jamás ha retrocedido. Ni una vacilación, frente al peligro, lo inmoviliza. Contempla con una mirada la ribera opuesta, sondea con un relámpago sus energías, y se arroja en la parte más ancha, pensando que es allí donde el agua ha de tener menos impulso. Y entonces comienza la lucha. Bracea como un potro. En la

cabellera le brillan las gotas. Las manos golpean el agua como si quisieran domarla. Los ojos chisporrotean sobre las burbujas. El pecho se ensancha y se contrae en una respiración ansiosa, que echa fuego sobre el oleaje. Todo él viborea entre los troncos flotantes y los desgarrados camalotes. Entre tanto, se van abriendo las nubes. Chorros de sol doran las lejanías. Un ancho disco de luz envuelve el círculo del lago. Arrecia la corriente y brillan las contorsiones del agua.

¿Tiene un alma ese lago? ¿Desea amedrentar y vencer al charrúa? ¿Por qué lo enmadeja entre las ramazones contra las cuales forcejea el nadador? ¿Por qué sube, como a saltos, su caudal, y arremolina en ira su marcha? ¿Lo ha desafiado? ¿Habita en él un dios celoso ofendido por la desmesura y el atrevimiento de aquel hombre?

Veinte Toros no ceja. Su frontal es una proa. El sol le besa la nuca y le vierte nuevas energías en los músculos y en los tendones. Avanza como a saltos de puma. Desaparece un instante, y sube más soberbio, como si por debajo del agua robase la voluntad del río. La orilla está cerca. El indio la ve, y ya su instinto ha saltado hasta ella. Y tras de su instinto, salta su cuerpo. Ha vencido. Mira la corriente, sonríe oscuro y misterioso, y prosigue su marcha hasta su guarida. Detrás de él, río y lago levantan sus voces terribles de imprecación y venganza. Pero Veinte Toros ha triunfado. Sólo oye el golpe de su corazón excitado por el huracán de su soberbia.

Esta trágica lucha del indio con el lago se une de pronto con una no menos impetuosa leyenda,

que espontáneamente se irradia de mis recuerdos. Y es como sigue:

Aún la noche es la noche. Con suavidad de silencio pesan las sombras sobre las lejanías, mas ya en lo alto, las estrellas comienzan a atenuar su vibración unánime. Y en oriente, un resplandor de oro vuela hacia las nubes.

El indio Veinte Toros galopa sobre su caballo negro. Parece sostenido por la noche y deslizándose en ella. Los cascos de su corcel rajan las tinieblas, y su cabeza las abre como un dardo. Va en busca del potro blanco que dejó atado a un viejo tala, y que, jamás montado, desafía al brioso jinete con la salvaje llamarada de su instinto. Un relincho rojo anuncia su proximidad. Es un reto del animal al hombre. En dos relámpagos, Veinte Toros corta la amarra, y salta al lomo del potro. Le grita sobre las orejas, y, fiero, le castiga las ancas.

Hay más luz. Hay menos noche. Se curva brusco, y retiembla el animal sorprendido. Los pies del salvaje se anudan al doble arco del potro blanco, y su mano izquierda se engarfia a la crin hirsuta. El corcel salta en botes de detirio, agitándose para desprender al hombre. Gutural, grita tres veces el áspero domador. La bestia se encabrita, resopla, quiebra su perfil en sacudidos ángulos. Mas el indígena, adherido por eslabones al lomo de su nueva cabalgadura, con el arco de su voluntad clava la raíz de su instinto en la vida, y su júbilo es el nudo de la seguridad en la victoria.

Hacia la aurora va el potro blanco. Hacia la aurora va el charrúa de bronce.

El golpe purpúreo de la primera luz trepida sobre el sueño de la tierra. Los ojos de los pájaros beben el resplandor, y lo vierten en cantos. La enorme ave de la sombra nocturna se repliega en las alturas, herida por los dardos del alba, y sus alas se desprenden del horizonte para huir, arrastrando las estrellas en su plumaje negro. Pisando invisibles gradas asciende la aurora, desnuda su pecho, y vierte los colores; extiende los brazos, y los árboles recobran sus túnicas de esmeralda; desprende el ceñidor de su cintura, desgarrándolo, llueven flores en la pradera; agita sus cabellos de oro, y las colmenas susurran.

Hacia la aurora va el potro blanco. Hacia la aurora va el charrúa de bronce.

Se acelera el galope, y crece la vida. Timbalean los cascos hacia el sol, y el sol se derrama en olas sobre las cuatro pupilas ebrias. El río bebe la sangre de las nubes. Las garzas hurtan en él peces de fuego. Mueven serpientes de rubíes las lianas en los troncos. El toro del cielo abraza al toro de la tierra. Los manantiales sangran en los tajos vinosos de las rocas. Corceles que ignoran el freno descienden desde las serranías, y en los pechos ágiles y en las flexibles grupas, el cristal de la luz se rompe en estrellas. Un águila mora planea en el cenit, vivo pensamiento en la frente del infinito. La aurora incrusta en las pupilas del ave dos topacios de su collar de fuego. El águila contempla embriagada al sol naciente y lo dibuja mil veces en los círculos de su vuelo. Sus alas resplandecen en la perfección de la geometría.

El potro blanco avanza hacia oriente en su galope enloquecido. Vuelve a subir el indio sus tres gritos guturales. La sombra, atenuándose ya, se echa a los lados para dar paso a la hoguera apasionada de aquella doma primitiva. Hay fuego en el horizonte. Se queman los flancos de las nubes. Besos de luz dardean el amatista de las distancias. Se desflecan y ruedan en los pastos las últimas tinieblas de la noche. El alba tira del sol, y su disco se hace visible desde las llanuras. El potro blanco es de oro. El indio es de bronce. La carrera es de llamas. El redoble de los cascos salta en chispas al desprender las gotas de rocío.

Crece la luz y crece la carrera. Humo y sudor cubren la piel del potro. El charrúa Veinte Toros levanta los brazos y los hace girar en el resplandor dorado. Ensancha, pujante, las narices, y aspira el aire con ansiedad y violencia. Triunfa. Va fatigándose el bruto bajo el peso y la energía del hombre. Sube aún más el sol, enorme ojo hipnotizado por la proeza. La luz es casi blanca. El indio es todo bronce. Grita otra vez. Se echa sobre el cuello del potro. Crispa la boca. La pega a la piel sudada y humeante. Separa los labios. Hunde los dientes. Vence al cuero. Salta la sangre del bruto, flamígera, y enrojece los labios y la dentadura del jinete. Dolorido, el caballo se enardece todavía. Extrema la carrera. Y cuando ya es toda la mañana, el potro, vencido, detiene los pasos y se rinde al dominio del hombre.

Un alarido acuchilla el aire y cimbrea la brisa. Veinte toros está de pie en toda la luz del sol. Una sonrisa de fuego le ondula el rostro. El astro lo

acaricia. En la plenitud matinal, parece modelarlo, vigorizaudo sus perfiles. Son el padre y el hijo. El charrúa lo mira, y goza el golpe de la luz en la frente. Pisa la hierba. Siente en su pie el tacto de la tieirra. Está viva bajo sus nervios. La emoción lo compenetra en ella. Es la madre. Se acerca luego a un monte de ceibos. Está en flor. Miles de pétalos rojos vibran en el aire. Apoya Veinte Toros su mano en un rugoso tronco, y goza el frescor vegetal en la palma caliente. Una rama de flores movida por el aire, roza su cabellera negra. Los árboles se hermanan al indio en una identidad profunda. Toda la naturaleza está en él, y él en ella. El potro blanco lo mira desde su silencio, y, ante la presencia del hombre, ha comprendido su destino. Llevará sobre su lomo luminoso aquella vida fraguada en bronce y fuego. ¡El potro blanco, es ahora todo blanco!

Después de la visión de esta doma salvaje, regreso desde las lejanías legendarias a mi hora actual. El paisaje que me rodea me anuda de nuevo a su presencia enérgica. Es el mediodía. Fuego activo sobre colores hirvientes. El otoño vive todavía una hora retrasada del verano. El sol ha recobrado sus potencias estivales. Su calor llena como a un horno toda la curva de la mañana. Arden las piedras y fulguran otra vez en ellas los cenicientos líquenes. Se electrizan las gemas de las serpientes y de los lagartos. El pecho del hornero bruñe metales sobre el barro caliente de su nido, y la hembra contesta con chispas de música. El toro de llamas es el eco del sol en la tierra. El río, flúido alfanje, corta las distancias

con su tajo azul en la campiña verde. En los charcos musgosos cae el salto de los sapos, y el agua, delicadamente quieta, ondula leves círculos que se van extendiendo hasta las orillas juncosas. A la sombra del ombú patriarca, rumia su siesta, ancha y redonda, la vaca maternal, mientras el ternero ejercita sus cornezuelos en las rugosidades del tronco. Dos caballos, un moro y un zaino, frotan sus cuellos uno en el otro, mientras sus colas latiguean a moscones y tábanos de punzantes succiones. Afila un cardenal sus notas en la misma luz que le calienta el pico. Abren el aire tres garzas rosadas, en perfecto triángulo; pronto se inclinan hacia la laguna; y al cortar el aletazo último, sumergen las patas en el líquido, y, con recta mirada, vigilan el zig-zag de los peces.

No lejos de mi hay un rancho labrado con la misma tierra y la misma paja que lo rodea. Algunas ramas, semidescubiertas, le sirven de esqueleto. Los muros, batidos por las lluvias, se han ido agrietando, pero resisten aún, a pesar de su rugosa vejez. Hay algo de indio viejo en el conjunto de aquella arcilla macerada, en cuyos agujeros hacen nidos los pájaros, como recuerdos que vuelven por la noche. En la totora de su techumbre, se detiene una bandada de cotorras. Verdes sobre los quemados y prietos juncos, ríen una primavera bulliciosa. Sus gritos ásperos se precipitan como abrojos entre las hierbas. El sol fija su centro y su potencia en el cenit, y la laguna se abre para desposarse con él. Dentro de las entrañas azules del agua caen las semillas de la luz. Hay allí una fusión que toca el éxtasis. En

torno del idilio, cuchichean los camalotes y las achiras las secretas historias que sus raíces aprendieron, cuando el agua cantaba, interiormente, el amor del cielo y de la tierra.

¿No era en un mediodía como éste, cuando Veinte Toros, montado en su caballo blanco, y por tierras llanas, perseguía al más plumado ñandú? ¿No estaban ya resecos los cardales, que crepitaban frotados por el viento? ¿No enloquecía el ave, entreabiertas la alas, tenso y prolongado el cuello, tenaces los saltos en los matorrales de marchitos ocres? ¿No empuñaba el indio en su mano diestra las boleadoras de cuarzo, acanaladas para el engarce y el nudo de cuero? ¿No huían aterrados los teros, la perdiz, la liebre, el apereá? ¿No redoblaban, ágiles en las polvosas tierras, los cascos del corcel? ¿No volaban a miles en el aire las semillas radiantes de los cardos, sacudidas por el ñandú y por el caballo del charrúa? ¿No lanzaba el indio tajantes alaridos que encrespaban de terror las plumas de la presa inalcanzada y siempre perseguida?

He ahí la embriaguez total, el esplendor de dos instintos en pugna. Terror mortal para el ñandú, peligro para el jinete, cuya cabalgadura podía, a cada paso, hundir sus remos en la honda guarida de una alimaña, o en un tajo del campo, disimulado por la apretada urdimbre de los cardos.

¿Quién resiste más en su carrera? ¿Quién curva con más potencia el arco de la voluntad? ¿Quién acelera más el vértigo, la furiosa ebriedad del movimiento?

Ahora la distancia comienza a acortarse entre el ave y el hombre. El caballo blanco, excitado por los gritos del charrúa, multiplica y aluenga los botes, ahonda la respiración, ensanchando y estrechando los ijares, arroja, como chispas, hacia adelante los cascos. Martillea la campiña reseca apretando los ritmos, uno sobre el otro, en un esfuerzo último. Dilata los ollares en la plenitud del aire. Alarga el lomo y las grupas como si se estirase en la embriaguez del esfuerzo. Las cañas se le rayan en las espinas enconadas. Gotean los belfos espuma y sangre. Entre tanto, el ñandú vacila. Su cuerpo va cediendo, su corazón se desprende más y más del fuego inicial. Extravía los ojos, como si con ellos quisiera tragar las distancias hasta el filo del horizonte. Las alas caen como dos agonías. Y ya próximos, presa y cazador, éste comienza a hacer girar las boleadoras. Vibran las trenzas y zumba el aire. El indio agita el brazo en girante júbilo. El ojo acechador calcula el tiro. No hay más. La mano se abre, las piedras vuelan, las patas del ñandú se inmovilizan apretadas por un nudo terrible. Cae el ave. Su pecho golpea los pastos. Los ojos se derrumban en la angustia. Todo el cuerpo tiembla crispando nervios y músculos. Se detiene el caballo. Salta el indio. Su mano de hierro, con un zarpazo, apresa el cuello cimbreante. Luego el indio elige las mejores plumas. Las lía en haz, y las sujeta con una fuerte atadura. Monta otra vez, y regresa, lento, sencillo, como en abandono voluntario de su energía, bajo la plenitud del sol, ojo único que ha contemplado

la destreza de Veinte Toros, en ese mediodía volado de pájaros y perfumado de silencios.

Y dice la leyenda que otra vez fue un águila...

Desde las lejanas asperezas de Mahoma, en un vuelo de arrogancia y desafío a todas las aves, se aproxima un águila mora. Viene altísima. Su tajo en el azul serpentea curvas vivaces. Con acompasado vaivén cobra impulso su alaje, y una vez creada la velocidad, planea, abiertas las alas, como una cruz viva entre la luz que la ciñe. El indio Veinte Toros la ha contemplado y siente una anhelante sorpresa ante la majestad del ave. Un golpe de fuego le ha estremecido los puños, y por adentro del pecho, le ha corrido un grito que se le ahoga en la garganta. Penetra en su choza, toma un arco y haz de flechas, y aguarda al águila. Presiente que ha de llegar como otras han llegado hasta allí, al alcance de la presa segura. Semioculto entre las retorcidas raíces de un ombú, aguarda. Semeja un trozo de árbol oscurecido por la cicatriz de un rayo.

Embriagada de sí misma avanza el ave. La proa del pecho brilla en una mezcla de plata y de cenizas. Las garras se ocultan en las plumas y en la distancia. Lomo, alas y cola, están fraguadas en un acero oscuro, y graves, resplandecen como rescoldo de metales quemados. Los largos rémiges zumban en el aire, mientras suben y bajan los ángulos del aletazo. El corvo pico sabe mil sangres. Los ojos beben el infinito, o vueltas las pupilas hacia la tierra, oprimen el horizonte. El señorío del ave es absoluto. Nada impide su arrojo en el viento, ni su éxtasis en las cerúleas calmas.

No piensa. Ella misma es un pensamiento espléndido. Su frente, como el rayo, es una fatalidad. Se cierne en las alturas creando horizontes. El instinto le corre desde el pico a las garras.

De rato en rato el águila inclina la cabeza. Busca el ataque y el alimento. Descenderá, tal vez pronto, crispadas las garras, feroz el pico, roja la mirada en la pupila gris, recio y ágil el cuello.

Cerca del indio hay unos corderos de escasos días. El ave los ha visto, y comienza a aproximarse, describiendo círculos cada vez más estrechos apretadas las alas en abierto silencio. Fina y cautelosamente se incorpora Veinte Toros, adherido siempre al tronco del ombú, y disimulado por la sombra de los ramajes. Vibran sus nervios. Oprime su espalda a la rugosa y herida corteza. Prepara el arco. Empulga la flecha, y la asegura en la fibra. Su mano izquierda se oprime hasta el dolor en la cimbreante vara. El arco se abrevia. Bajan los extremos, vibrando. Durante unos instantes, sobreviene una tensión terrible que va del pecho y los hombros a los brazos, de éstos a los puños, y de los puños al arma ya curvada. La respiración se oprime en la garganta, y el aire es como un quejido. De pronto el águila se precipita como un rayo hacia la tierna presa. Suena un chasquido. Silba el dardo y se hunde en el corazón del ave. Ésta cae en un remolino de plumas, y un chorro de sangre crispa una roja flor sobre las hierbas. La carne siente el arrancamiento instantáneo de la vida. El charrúa se acerca entonces, y contempla los ojos grises, ya sombreados por la muerte,

y las alas del orgullo, desmayadas sobre la tierra. Toma un puñado de plumas, las más fuertes y hermosas, y pasa sobre ellas, humillándolas, su mano de fuego.

Cuando en mí se hubo perdido la última imagen del águila vencida y del indio vencedor, me sentí retornar a mi mundo actual, y admirado de su amplitud, fijé mis ojos en un árbol de alta presencia, un viraró de cien años. Pero aquella vida secular que me ató al presente de mis sensaciones, me sirvió de camino otra vez para retroceder hacia las leyendas de Veinte Toros. Y otra vez una de mis horas revivió una lejana hora del charrúa.

Y fue así la evocación.

Cien años se comprimen en círculos de vida en el tronco de aquel patriarcal viraró. Preside el espinoso monte que respalda y proteje de los vientos la vivienda de Veinte Toros. Desde el alba al crepúsculo alarga o centra y ensancha su sombra al paso del sol sobre las horas. Las estaciones de la tierra se han repetido, en su gigantesca vitalidad, desde la raíz ahincada en el humus, hasta el curvo cielo de su copa. Sabe todas las luces del día y todas las sombras de la noche. Ha sentido sobre su redondez el vuelo indecible de la luna y el tacto delicado de sus ópalos. Sostiene incontables ramas, y hojas infinitas lo verdean desde la ternura primaveral de los brotes, hasta la profunda y dolorosa savia de los inviernos. Imposible seguir sus ríos, cuando después de las anchas lluvias, esponja su follaje, aviva el musgo de sus cortezas, iergue los pecíolos, inyecta jugos en los hongos que bordean su pedestal, suaviza

de humedad la piel donde los caracoles dibujan sus jeroglíficos de plata.

Es el árbol patriarcal, el gran abuelo de las lejanías. Miles de insectos hallan su escondrijo en sus arrugas. En las axilas de sus ramasjes, cimentan su barroso nido los horneros, Allí el cardenal, el tordo, la paloma, la calandria. Allí las salvajes abejas de la tierra uruguaya; el tábano que suspende el vuelo errátil; el mangangá que enreda en su zumbido las sombras interiores, y fuga de pronto de entre las hojas, bajando hacia las praderas florecidas; el mamboretá, de herméticos signos en su misteriosa geometría; la araña de finísimas telas, donde la mosca vibra enredada en la muerte. Allí, por la noche, el buho que afila cuchillos en la sombra, el ñacurutú. —coágulo de misterio en sus ojos fatídicos—, el murciélago, cuya luz es la tiniebla.

Cuando el sol de estío abraza en fuego los campos, cuando el aire caliente de la siesta succiona la última humedad de las hierbas, cuando el mburucuyá desmaya sus hojas e inclina sus flores sagradas, vueltas hacia la tierra, el toro, la vaca, el cordero, la oveja, el caballo, buscan la sombra del viraró, se tienden sobre la frescura de la tierra que él ampara, se bañan en el aire fresco de savias y perfumes, y respiran la majestad del árbol y la paz sublime que desciende desde los ramajes y se desliza sobre el tronco como una miel del cielo.

¡Árbol-santo! Hay un alma infundida en el viraró por las potencias ocultas de la naturaleza. El viejo gigante ha crecido un siglo para derramarse en bondad, regalo de las vitalidades infi-

nitas del mundo, viva oración, enorme mano verde abierta siempre en un vertimiento de milagro. Verlo y comprenderlo, es una plegaria. Amarlo es una purificación.

En lo más alto del viraró pende un camoatí. Miles de abejas salvajes entran y salen por el círculo de su boca. Está maduro de miel. La india de Veinte Toros y sus hijos, desean aquel licor de delicia, dulzura áspera que tienta los labios golosos.

¿Quién llega hasta aquella rama, tan delgada para soportar el peso de un hombre de recio cuerpo? ¿Quién desafía el furor de las menudas obreras que acendran su miel en aquella arriesgada altura? ¿Y cómo no satisfacer a la compañera entrañable y a los niños que miran el panal, redondo de azucarado jugo?

Veinte Toros tiene en su rancho un hacha española que hace años trocó ofreciendo por ella plumas y pieles. Es un arma fuerte y pesada. Pulida por las manos del indio, brilla al sol como si estuviese tallada en el sol mismo. El indio la trae hasta el árbol. Sacrificará al verde gigante. Antes de esgrimirla contra el viraró, enciende una ancha hoguera, para ampararse en el humo de una rama llameante en el momento decisivo. Toma el hacha por su fuerte astil. Ya está junto al tronco. Se curva hacia atrás, y poniendo toda su vida en los brazos, descarga el golpe sobre la impavidez del árbol. El acero se hunde, y permanece apretado en la madera. Sangra savia. Duele en los ojos del charrúa aquella herida salvaje. Le flaquea el alma antes de separar el filo

del hacha del tajo que ha abierto. Vuelve hacia la hoguera, y la cubre de nuevas ramas. Vierte en ella troncos enteros que trae del monte, sobre sus hombros. Esparce el fuego. El humo, enrulado por la brisa, sube entre el ramaje del viraró, y se desprende desde lo más alto de la copa. Arden en ira las salvajes abejas. Revolotean enloquecidas, y poco a poco van huyendo hacia los campos. Pasada una larga hora de fuego y humo, Veinte Toros, con su cuchillo en la cintura, trepa al árbol, desafiando todo peligro. Estira los brazos. Se ciñe a ramas cada vez más delgadas. Oscila su peso en la ansiedad. ¡Más alto! ¡Más alto, siempre! Algunas ramas se desgajan y caen con un ruido áspero. Ya está entre los nidos de las fugadas aves. Vacila ahora antes de afirmar un pie en una rama distante. La alcanza, y queda mordido en ella. Caen hojas tronchadas por sus puños. Apoyando su espalda en las últimas ramazones, toma entre los garfios de su mano izquierda la rama donde pende el camoatí. Desenvaina el cuchillo. Golpea con furia varias veces. Está a punto de caer, pero logra sostenerse, casi en el aire. Un golpe final, y la dulce rama queda en su mano, ya separada del árbol. Baja lento, sereno, satisfecho. Se desliza por el tronco. Está en tierra. Sus pasos orgullosos lo encaminan hasta su esposa, y le entrega el camoatí. Ella y sus hijos sonríen con una miel más dulce que la que él les ha traído, casi del cielo. Luego se acerca al árbol, su viejo compañero, arranca el hacha, contempla la herida, y se estremece misteriosamente.

Dulce de la dulzura del camoatí salvaje, la familia del charrúa duerme en la rústica humildad de la vivienda, emparedada y techada de ramazones, de totoras y de barro de la madre tierra. Paz celeste apacigua impulsos, instintos y deseos.

De pronto una nube negra hurta las estrellas. El aguacero crepita sobre cardales y pajonales. Una melodía de chispas líquidas gema los arbustos, y las margaritas de los campos se besan con las gotas. El viraró queda lavado del polvo del verano. Corre el agua con delicada fruición por las ramas. El árbol bebe la dádiva del cielo, embriagando la sed que le dejara el sol de la tarde en los poros abiertos.

Se aleja el nublado, y los astros saltan a la sombra. Una cosa de amor inexpresable sube de la tierra y baja de las alturas. Del sueño del mundo se exhala un silencio sagrado. Mojadas aún las hojas del viraró, sus menudos espejos sorben, ahora con otra sed, la imagen incontable de las estrellas. El árbol inmóvil es un vuelo. Su quietud emociona los campos. Vela sobre las vidas con sus cien ramas abiertas en un abrazo interminable. Por momentos la brisa del Sur lo estremece con levedad de espíritu, y las hojas, a miles, hacen danzar en sus cristales, los reflejados ojos de la noche. Y así, hasta el alba.

Entre tanto, Veinte Toros, sueña que la herida del árbol le besa las manos.

¡Cuán otra leyenda del charrúa y el yaguareté!...

Era un yaguareté. Veinte Toros giró la cabeza, sin separar los ojos, ansiosamente, de la orilla lodosa de la laguna, y las pisadas estaban allí, testi-

moniando el peligro. Eran muchas. El animal había paseado, tranquilo, no hacía mucho tiempo, pues las huellas se marcaban aún, frescas y profundas.

El indio tembló, tembló esta vez. Una crispación magnética le dolió en los nervios. Levantó la cabeza con horror, miró lejanamente, en dirección a su vivienda, y la evocación de sus tres hijos y de su mujer, de quemó el alma, y lo enredó, un largo instante, en sus más queridos recuerdos. ¿Pero él, acaso, no está vivo y radiante, en la plenitud de sus fuerzas y en la ebriedad de su coraje? ¿Era, por aquellos lugares, el primer yaguareté? ¿No combatió con otros?

Golpeó puño con puño, como midiendo su propio vigor. Bajó de nuevo sus miradas hacia los rastros. Comenzó a seguirlos. Los ojos le hervían como si más que ver oliesen y tocasen las garras de la fiera. Se trataba de un animal de gran tamaño como lo denunciaban la anchura y el peso de las pisadas, y la distancia de los pasos. Veinte Toros imaginó al yaguareté, como si el recuerdo de los otros que había cazado, aunque ellos estuviesen muertos, hiciese saltar de su sangre la presencia del yaguareté vivo. Pasado y presente, fundidos por la ansiedad, no le ofrecían más que una sola imagen: ¡la lucha! Era necesario matar también a esta fiera, tal vez ya cebada en la carne humana.

Sus pupilas siguieron el rastro, desviado caprichosamente, como en un juego del animal, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia atrás, hacia adelante... Por fin las pisadas se perdían en el

monte, entre la hierba, entre los árboles, entre la sombra.

Fue el charrúa hasta su propia guarida, contempló un instante a su mujer y a sus hijos, tomó un enorme cuchillo, que obtuvo en la misma forma que su hacha española, montó en su caballo blanco, y comenzó la búsqueda, tratando de excitar al yaguareté, y atraerlo al sitio más favorable. De pronto el caballo aspiró por sus ollares, profunda y nerviosamente, y un temblor le erizó la piel y le electrizó músculos y tendones.

—Cerca está el yaguareté, exclamó para sí mismo el indio Veinte Toros. El caballo acaba de oler a la fiera. Sólo el miedo más terrible lo agita de ese mado. Lo siento estremecerse debajo de mis músculos.

El charrúa alejó al caballo una buena distancia, y volvió solo. Eligió el lugar más seguro para el combate, colocándose en una altura del terreno, no mayor que la de su cuerpo, y esgrimiendo entonces su arma de flamígero acero, aguardó tranquilo, fuerte, clavado en su energía como un ombú en sus raíces. Largo como nunca era el tiempo estirado en esta expectativa. Repentino, a la derecha de Veinte Toros, y en el más próximo árbol, cantó un hornero. Algo más lejos, y siempre a su derecha, rayó la luz un chimango. El indio sonrió. El destino se había manifestado, y el buen azar estaba de su parte.

La mirada de Veinte Toros se clavaba en el monte, contra la dirección del viento que había traído al olfato del caballo el olor de la fiera. De ahí

tenía que salir hacia él, por ahí se habían perdido a sus ojos los rastros.

Y así fue. La fiera comenzó a verse, ondulando entre los troncos, flexible y astuta. Era un ejemplar magnífico. Avanzaba con un paso blando, sin destruir el ancho silencio de la tarde, el cuello extendido, la cabeza hacia abajo, las patas elásticas, dos rayos interminables en los ojos, la cola alargada y oscilante, tensa la intención, soberano el impulso, crispando por momentos la boca jugosa de hambre, y dejando entrever la desgarrante dentadura. Todo el ímpetu interior le saltaba en una irradiación luminosa, cada vez que una racha de sol le avivaba el lustre de la piel. Así avanzaba entre los árboles.

Veinte Toros midió hasta la profundidad de su sangre su situación, y calculó, con instintiva exactitud, sus movimientos. Lo primero era aguardar allí mismo, para atraer a la fiera. Vibraba, pero no temblaba. Estaba de pie, entero en su voluntad y su confianza, contenido en su entereza, cerrado en su poder y su energía, como si el coraje fuese su piel.

El yaguareté está ya a pocos pasos del charrúa. Mas éste, salta hacia atrás, arrojándose de la altura, y cuando llega la fiera frente a él, se encuentran las dos miradas. La fiera mira hacia abajo, y calcula el salto y el golpe de la zarpa. El indio mira hacia arriba, y mide la distancia justa en que habrá de avanzar al arrojarse la bestia. Hay un duelo de ojos. Pasan relámpagos terribles de las pupilas a las pupilas. De pronto el yaguareté se enarca hacia atrás para tomar impulso.

Veinte Toros está inmóvil, aguardándolo. Irrumpe la fiera estriando el aire con las garras, mas en ese mismo instante, da dos pasos hacia adelante el indio, y cuando cae el animal, las garras dan en tierra, y la cuchilla del charrúa, que ya está debajo de la fiera, se hunde hasta el cabo en el vientre del yaguareté. La escena fue fulmínea. Veinte Toros, antes de ser aplastado por aquel peso y aquel impulso, saltó a su vez hacia la derecha y esquivó el choque, después de correr el filo de su arma por las entrañas de la fiera y sacar cuchillo, puño y brazo, envainados en sangre caliente y viva aún.

Veinte Toros se refugia atrás del yaguareté, por si tuviera éste todavía fuerzas para proseguir la lucha, aunque sospecha, por la profundidad de la herida que acaba de abrirle, que ya el animal está vencido, entrando en la muerte con la misma sangre que le sale de las entrañas.

La cabeza de la bestia frota el pasto, angustiosa y feroz. Las garras se estremecen entre la hierba, y rayan, filosas, el humus. El cuerpo se distiende y se recobra en elásticos espasmos. La respiración es como una huída. La cola azota la tierra en un delirio de serpiente. Por grados se van vaciando las arterias y la tierra se embriaga de sangre. El cuerpo entero se alarga, cede a su propio peso, se aquieta, y la mandíbula se hunde entre las briznas. Por fin el corazón apaga el pulso, y la muerte descansa en la carne entregada.

Horas y días corrieron por el cauce del tiempo.

Pronto he de abandonar estas tierras de antiguas rememoraciones centradas en el charrúa Veinte Toros. El pasado, salvaje y heroico, se me vertió en el fluir de los presentes, y lo muerto cobró vida imaginaria en una súbita resurrección de las ya desvanecidas imágenes.

Ahora desciende otra vez la tarde hacia la noche, ave enorme que inmoviliza las alas y hace, por fin, su nido en la sombra. Tras de orillar la laguna hacia el Sur, llego hasta su desagüe en el río San José. Me detengo y miro el corrimiento de las aguas. Ese fluir es el tiempo mismo. Veo la fuga prodigiosa, sentado sobre un carcomido tronco que los parásitos taladran con sus sutiles herramientas. Es la muerte. El tiempo detenido. El retorno a la vasta madre creadora que recoge a sus hijos y los vuelve a levantar, en nuevos ciclos, y con idéntica savia, en otro aletazo de la duración. El tiempo del cielo, el tiempo del sol, el tiempo de la noche, el tiempo de los astros, viaja inmerso en la fluencia de la líquida corriente.Duerme en el agua una infinita calma de momentos que ya fueron. El río de las horas se funde al río del agua, y ambos huyen en la eternidad.

Siento que yo también me voy, que soy una serie de instantes, un arroyo en los campos del ser, y que miles de gotas de silencio, levemente unidas, me forman y me llevan en un declive inevitable. Eso, no más, es lo que soy, hasta que el movimiento me pierda en la infinitud. Quisiera recoger mi pasado en la red de los nervios, como un pescador trae a la orilla la red henchida de electrizados peces. Tomo la punta de mi tiempo niño, pero la memoria es una oquedad, y en su ficción sólo se pasean desolados fantasmas que ningún

corazón puede revivirlos con su sangre. Pero es mejor no dejar nunca que la tristeza gane la partida. Y entonces, recurro al sencillo y potente Veinte Toros, y lo hago renacer en mis memoraciones. Tal vez la fantasía del ocaso me ayuda con sus poderes visionarios. Entrecierro los ojos, entremiro lejanamente el sol crepuscular, veo caer los colores en las primeras sombras, veo subir un halo de silencio de las aquietadas arboledas. No sé si vivo o si sueño la vida. ¿Y después?...

Es entonces cuando el charrúa de las leyendas toma en mí mismo una realidad, tan plásticamente sensible, que lo sorprendo junto a mí, sentado en el mismo tronco, yo en mi año, él en el suyo, y en una como tremenda paradoja de la duración. ¿A qué explicar el misterio? ¿A qué romper el enigma de lo inexorable? ¿A qué negar que dos instantes separados por doscientos años es imposible reunirlos en un solo golpe de la duración? Dejemos que el encantamiento nos posea, que la hechicería de un ocaso melancólico toque nuestra frente y vierta en ella las alucinaciones de la locura...

Veinte Toros no me ha visto, pero es verdad, él está allí, en una de sus horas, tras un salto bisecular. En un momento de irrealidad que se incrusta en mi presente.

Ha bregado el día entero, y se ha sentado en el vencido tronco, como yo, y mira pasar el agua, mas lo hace con una saludable y viril inocencia. Yo me reconcentro y me veo fluir hacia la muerte. Goza él las imágenes, la deliciosa frescura que se irradia desde la corriente, el denso olor a vida que sube de las hierbas y baja de los árboles.

Reposa su cuerpo, distiende sus músculos, adormece la sangre, aplana los nervios, se identifica espontáneamente con el agua, con la tierra, con la luz amortiguada. El ala del murmullo le revolotea en los oídos.

Está en la verdad de las sensaciones, como su sangre está en la verdad de su cuerpo.

El río sucede al río. A cada pulso de mis sienes, la imagen es otra. La fugacidad de la corriente, se identifica a mi destino. Vamos juntos. Esa marcha duele como si corriera por una herida. Cada latido es una pérdida, o cuanto más la posibilidad de un desencarnado recuerdo. La memoria, es cierto, va conmigo, pero la memoria también ha de desvanecerse. Las ideas parecen caer de la frente como fantasmas de un orgulloso sueño. Todas las distinciones y las diferencias vuelven a la nada. Se nos acuesta el alma en una quietud de sombra. ¿A dónde volvemos? ¿Es esto un aniquilamiento o una purificación? ¿Me evado del tiempo, escapo del río, me vierto en el gran océano, me diluyo en la eternidad? Sólo sé que el río pasa, que el agua fluye, que vamos dejando muertes nuestras en la oquedad del pasado. Nada firme nos arraiga al ser. La ceniza entra en la decrepitud del otoño. Caen hojas de los árboles, las hace suyas y las conduce el río. Flores marchitas desfilan, descoloridas y rugosas. Un fuerte tronco, con las raíces enmarañadas, se desliza ante mis ojos. No beberá más los jugos de la tierra. Ya es todo de la corriente y todo del silencio. Un ave flota, yerta, revuelto el plumaje, apagada la chispa del corazón, truncado el canto en la raíz de la

música. Rozo el no ser. Nada puedo asir ni abandonar, ni logro adquirir ni dispersar mis bienes, ni hay cambio real posible, ni sé siquiera si he llegado a la nada o a lo absoluto. ¿Lo sé todo, o lo ignoro todo en este instante? ¿Corroboramos, acaso? ¿Sabemos el saber, o sabemos la ignorancia? Jamás la melancolía se me hundió tan adentro de la sangre. Y sin embargo, qué dulce es este maravilloso ocaso, y esta total entrega al río, que es como una captación de nuestra propia fuga.

Junto a mí está sentado Veinte Toros. No piensa. Abre su instinto, y sin saber cómo, se enlaza a la vitalidad de la naturaleza. Es plácidamente feliz en este instante. No es la tierra, pero está pegado a la tierra. La toca con ambos pies, y crece desde el limo como un árbol movible. Tranquilo, sin una sola pregunta, ve el color en el color, el correr del agua en el correr del agua, sorbe las imágenes sin sufrir las inseguridades del sueño, ve el crepúsculo como un sencillo cambio de la luz a la sombra, disfruta el paso de la brisa como una sensación de frescura, y se echará pronto a la soledad amarillenta de la hora, como a una plenitud para sus pasos. Todo en su reciedumbre es afirmación. El tronco muerto se deslizó ante sus ojos, lo vio flotar, lo vio alejarse, lo vio perderse... y sólo lo vio. ¡Nada más!

Pónese de pie. Hinca las rodillas en tierra. Está junto al río. Entra en él las manos y hunde en él los brazos. Baja la cabeza con vital agrado, y bebe gozoso, como bebe el caballo, la oveja, el pájaro, el reptil. Luego sumerge la cabeza, la

sacude para hurtarle al río la suave frescura. Otra vez de pie, las gotas diáfanas le brillan, sobre el bronce curtido, en la última luz de la tarde, y se aleja, lento y grave, mientras se va apoyando en sus hombros el misterioso peso de la noche.

Bordeando una arboleda, Veinte Toros se encamina hacia su vivienda. No bien ha dado unos pocos pasos, entrevé, en huída flexible sobre las hierbas y la hojarasca, una larga crucera,, que pronto, errante y rápida, se pierde en la semioscuridad. El indio permanece de pie un instante, indeciso, aprisonada su voluntad como un tronco en la hélice de una liana. Poco después continúa su marcha. Está haciéndose del todo la noche. Sí, la noche se mete en los montes, se acuesta en las praderas, degrada en tinieblas el oro de las lejanías, pone sus pies de musgo en los ríos y los arroyos, acumula sombras sobre las piedras, llueve mundos en la laguna, roza de silencio el pico de los pájaros, labra el sueño en los ojos de los animales, humedece las flores entreabiertas, gotea música en los élitros de los grillos, salpica de luz de astros el vuelo de las luciérnagas, dicta oráculos siniestros en la garganta de los buhos. ¡Está haciéndose del todo la noche! Y Veinte Toros toca la sombra entera con sus ojos.

De pronto, al lado siniestro del indio, un ñacurutú raspa el aire con su agudo chillido. El charrúa oye y sigue avanzando, imperturbable. Toma por la orilla de un monte, y otra vez el ñacurutú raspa el aire con su agudo chillido. Sin un sacudimiento, como cuando inició su marcha, Veinte Toros prosigue hacia adelante, dueño de sí mismo,

nocturno conocedor del terreno, las pupilas más fuertes que la apretada oscuridad. No ha llegado a su vivienda, cuando aún otra vez el ñacurutú raspa el aire con su agudo chillido. ¡Tres veces! El indio cuenta, y un frío extraño le salta a la piel de bronce. ¡Tres veces el ñacurutú raspó el aire con su agudo chillido!

Llegado a su rancho, se acuesta sobre pieles de oveja. Tarda el sueño. El arcano silencio de la noche lo estremece. Jamás había padecido la angustia del misterio. Le parecía que de muy lejos venían espectros a buscarlo. Pero su cuerpo está cansado y se le va durmiendo, aunque todavía por la frente le rozaban insondables y tenaces augurios. Deja de sentir su carne, queda apagado, envuelto y ceñido por el reposo. No obstante, en su frente pulsa una chispa fatal. Su punto de fuego se aviva o se desvanece, como una mirada hondísima detrás de un párpado siempre inquieto. Hasta que esa misma chispa no fue más. ¡Tres veces el ñacurutú raspó el aire con su agudo chillido!

Hacia la media noche se agita sobre su rústico lecho el cuerpo dormido de Veinte Toros. Está soñando. Sueña el comienzo de la noche. El cielo está cerrado por una oscura trama de nubes. Latiguean los relámpagos la espesa sombra. Frente a su rancho, de pie, el charrúa contempla la tempestad. Un viento frío le muerde el rostro y las manos. De pronto un rayo clava su lanza ignea en un poderoso coronilla. Mientras se incendia el árbol, Veinte Toros observa que la lluvia cesa. Entonces, para vencer al frío, se encamina hasta el coronilla. Traerá su llama y levantará,

frente a su guarida, la fiesta dorada de una hoguera. Aprisiona el extremo de una rama crepitante, pero a medida que vuelve con el fuego, éste se apaga. Regresa al árbol, insiste en su empresa, y de nuevo brasa y llama se extinguen misteriosamente. Y lo hace por tercera vez, y por tercera vez el fuego se niega al indio. Llama entonces a su mujer y sus hijos. Ellos serán ahora los portadores de la llama. Entrega a cada uno de ellos un trozo del árbol, y los cuatro llegan hasta frente del rancho con sus cuatro ramas pupúreas y chispeantes. Al crecer la hoguera, Veinte Toros abre su memoria, y se le hace súbito el fatal recuerdo: ¡tres veces el ñacurutú raspó el aire con su agudo chillido!

Tal el sueño del charrúa.

Y llegó la mañana, y con ella recomenzó sus correrías errabundas Veinte Toros. Sintió una inconsciente sed de ver, de caminar él mismo, pisando la tierra áspera con el áspero pie, vadeando el río y los arroyos, hurgando en los montes, crespos y enmarañados, siguiendo el vuelo de las aves, las calientes carreras de los potros, el paso lento y silencioso de las ovejas, la pesada marcha de los toros, el saeteante errar de los halcones y en la luz y en el aire, el mínimo caminar de las hormigas, el aleteo de los insectos en las flores, el dibujo de las águilas y los caranchos en el azul perfecto, la liviana caída de las garzas en la fineza de las lagunas. ¿Por qué esa ansiedad de reunir en sus pupilas todas las imágenes que había contemplado en su existir? ¿Por qué ese recuento, no concebido por él mismo, esa extraña necesidad de reco·

nocer el mundo donde habían vibrado sus años? Todo lo hacía suyo aquella mañana con ignorada apetencia, como si quisiera apretarse a la vida de las cosas y los seres, y corroborarlos en su recuerdo, con una tensión triste y a la vez gozosa.

Y después se dejó caer por los adentros más recónditos de su memoria. Anhelaba verse a sí mismo desde el fondo de su tiempo. Quería levantarse desde su niñez, como si trepase a un árbol que ha llegado a la plenitud, y se abre, como un verde corazón, a un mediodía absoluto. Se siguió, íntimo, en su corriente. Penetró en su propio río, y renovando sus propias estaciones, todo el pasado se deslizó por las márgenes del recuerdo. Se perdió, de pronto, indeciso entre esos dos mundos que había explorado, cuando, la tarde ya se acostaba en el silencio, y junto con la noche, se ensancharon las nubes lluviosas que llegaban desde el Norte, y los relámpagos se incrustaban en las primeras sombras.

Y llovió sobre los campos. Densas y copiosas aguas ensancharon arroyos y ríos. Guarecido bajo un apretado monte de molles, Veinte Toros contemplaba las ya nocturnas lejanías. Venían impetuosas las vertientes desde las sierras de Mahoma, del Pintado y del Guaycurú. El río San José, cercano al indio, arrancaba de sus orillas al sarandí, al guayabo, al sombra de toro, y entrelazados éstos a los camalotes y los juncos, con las oscuras raigambres escrespadas, corrían para dispersarse, con vertiginoso torbellino, en el ensanchamiento enturbiado de la laguna. Se escuchaba a lo lejos el jadeo del agua y el chasquido del viento y la

lluvia en los castigados montes. Bajaban más y más las nubes, se multiplicaban los relámpagos, y los timbales del trueno echaban a tierra el galope de los estruendos.

Y el indio, soberbio y temerario, con más violencia que nunca, venciendo en su interior un lúgubre mensaje, se dejó atraer por el peligro. Era forzoso regresar. Jamás había retrocedido. Hecho a todas las empresas, más tenaz y fuerte que todos los obstáculos, quiso comprobar otra vez sus músculos de bronce. Entró al agua enloquecida, avanzó, jubiloso, hasta el centro de la laguna, tantas veces domada por su brazo en crecientes iguales a aquella que ahora lo desafiaba rabiosamente. El ímpetu del agua rugía contra su pecho, como si porfiase, orgulloso, por triturar la audacia del salvaje. Las manos del indio castigaban, implacables, al turbio enemigo. El torso, en tensión, respiraba rudo y potente. Fuerza contra fuerza, delirio contra delirio, rencor contra rencor, el hombre se aproximaba a la victoria.

Y entonces un misterioso signo se levantó desde el lago, despechado y terrible, a la oscura nube que desde lo alto contemplaba el combate. Fue como un grito del torbellino a las alturas imperturbables, o como una imprecación al destino, olvidado de estrechar en un límite inflexible aquella soberbia desenfrenada del charrúa, desmesurada ambición de una voluntad tendida a domeñar los abismos y los poderes implacables de la naturaleza. El río y el lago parecían curvarse en una crispación ansiosa, ebrios de lucha, ante la arrogancia de Veinte Toros.

El cielo comprendió aquel llamado trágico, y abriendo el puño de la sombra, barrenó los espacios en un vértigo de relámpagos. Cien luces purpúreas batieron las pupilas del indio, para enceguecerlo y extraviarlo en la torrentosa carrera de las aguas, que lo abrazaban anhelantes, ansiosas de truncarle todo movimiento. Pero ni el fulgor de los abismos arriba, ni las tinieblas de los abismos abajo, lo quebraron.

Y otra vez el signo misterioso se levantó desde la embravecida laguna, más potente, más cargado de venganzas. Algo mágico y profundo cruzó del agua enconada a la nube fulmínea, y de la nube fulmínea al agua enconada. Era el negro Verbo de las destrucciones y los aniquilamientos. Y fue entonces cuando la nube empuñó el arco de la muerte, tallado en el origen de las tinieblas, y puso en el nervio el dardo de la destrucción, cuya punta era el odio y cuya vara era la fatalidad. Y ante el horror de la madre Tierra, la serpiente llameante de la tempestad saltó de la sombra hacia el agua, y horadó la nuca del héroe. Y el fuego del rayo quemó al fuego del hombre.

Clamaron, empavorecidos, los árboles. El torbellino del lago tragó de un golpe aquella luz cárdena y siniestra. Las distancias rugieron hasta el fondo por el instantáneo resplandor. Los truenos cabalgaron las praderas sobre sus negros potros, y las hierbas crisparon las raíces y mordieron el espasmo de la tierra, bajo el tamboreo de los cascos. El viraró legendario lloraba savias y resinas por los nudos y fisuras de su corteza.

Clavada ya la muerte en sus médulas, antes de que el corazón secara su latido, Veinte Toros retembló, como si de pronto hubiese caído, con todo su cuerpo desnudo, en la orgía de una hoguera. Se revolvió entre las olas, entre los troncos, las lianas, los camalotes, que danzaban sacudidos por los torrentes. La carne de bronce fue distendiéndose, como si la muerte la ensanchara para disolverla en la madre tierra. Quedó el indio flotando, abierto los ojos como dos precipicios de tinieblas. Su instinto, liberado del cuerpo, hecho chispas y rayos, se levantó en el viento, y luego fue cayéndose a las cuevas infinitas de donde había surgido. El río apresó sus despojos, donde la voluntad y la soberbia, se habían dormido para siempre. Ahora el charrúa era suyo, pero sin la vida. Y cuando la aurora, tras de calmada la tempestad, levantó al sol sobre el horizonte, el ojo del gran astro acarició la piel de Veinte Toros con una infinita mirada, y desde aquel cuerpo tronchado, algo inexpresable se vio subir por aquella misma mirada del sol. Era una ascensión, acaso el retorno a la esencia inmortal, al padre de la vida.

¡Tres veces el ñacurutú había raspado el aire con su agudo chillido!

21 de setiembre de 1956.

LA GABRIELA QUE YO VI.
(1957)

LA GABRIELA QUE YO VI

PLEGARIA A GABRIELA MISTRAL

Tú, Gabriela Profunda, mujer de cordilleras,
fraternal a los ríos, cordial a las montañas,
tú, que en humanidad quemaste tus entrañas
y en las selvas nocturnas arrasas a las fieras.

Tú, la Madre Infinita que acuñó primaveras,
la Dulce Virgen Madre de las tiernas hazañas,
tú, Gabriela Inmortal, que al sediento acompañas
como acompaña el río a sus verdes laderas.

Ven a nos, de tu muerte. Unge en nos tu mensaje
Te aguarda el Andes trágico en su roca salvaje
y te espera el océano de apasionadas olas.

Ven, Gabriela profunda, cuando sangre la herida.
Ven como un viento mágico. Ven cuando esté una
[vida,
inmensa de dolor, sobre las cumbres solas!

Montevideo, 14 de abril de 1957.

¿Quién fue esta muerta poderosa, quién es aún, por la supervivencia de sus creaciones, por el árbol de música y llanto, de amor y de fuego que levantó desde su sagrada carne, quién es esta heroína del canto que nos reúne aquí cual una ho-

guera en la soledad del campo que convocase a todas las almas lejanas para formar en su torno una rueda de espíritus, llegados para beber la luz y el calor? Ésta fue una voz, y aún es una voz. Ésta fue una herida que sangraba llamas, un cuerpo de la tierra que movía estrellas, una mano que vertía trigo de dioses en los surcos humanos de América, un dolor redimido en el sacrificio de la bondad, una sombra trágica, que por lentas y difíciles purificaciones, levantó la gracia sobre el horror, y fue sembrándose flores a medida que la primavera se le iba haciendo otoño.

Una voz alta, una voz sublime de tenaces catarsis, una voz, que sin negar el limo de sus oscuros orígenes, por un angélico movimiento ascensional, culmina en un toque de astros, para luego verterse, triturados todos los egoísmos, sobre el desamparo de las almas. Y una voz así es siempre un mensaje, el verbo de un elegido.

Tal, la voz de Gabriela Mistral.

Se diría que los temas de Gabriela van a su encuentro, la buscan para crearse en ella. No hay por su parte una persecución, una cacería de motivos, sino una colisión, un choque, una sonoridad inevitable, y una mano casi inconsciente que los traslada, pulsantes, a la perennidad de las letras. La realidad exterior se le impone en cuanto rompe la soledad interior y ausculta la pródiga madre tierra. Árboles, montañas, ríos, ciudades y campos, cordilleras, vientos, olas, animales múltiples, niños, jóvenes, viejos, países, cielos, más los conflictos, más los episodios, todo cuanto existe u ocurre golpea en su alma diciéndole: —¡cánta-

me!— Pero como su amor y su impulso son universales se vierte a la vez en ellos, y crea el gran acorde en una fusión de melodías que le llegan del mundo y la invaden por mil puertas sensibles, y de inmediato las fluye y las integra a su íntima musicalidad como si siempre tuviese una nota suya para cada sonido del día y de la noche. El poeta es una expresión de todo lo que la humanidad vive, aunque permanezca inmanifestado bajo los velos del silencio. Desde ese punto de vista, la naturaleza es un paradojal canto mudo, una armonía esencializada que no puede brotar de su esfinge hasta que golpea en el pecho del poeta, y es entonces cuando éste le da su voz a lo inaudito. Pero el poeta, no es un receptor indiferente, y mucho menos en el caso de Gabriela Mistral, cuyo ser entero es una integridad y una participación. Cuanto más lírico, cuanto más personal y entrañable es el creador del canto, más cobra su parte el divino y a veces doloroso trabajo del poema. y sobre los temas universales, de por sí indiferenciados, hunde el sello de su personalidad que se pone él mismo, en bronce rojo, sobre la identidad de cada elemento que lo invade y le suscita la emoción. El hombre, y el más artista, es carácter, individualidad, soledad profunda. Todo cuanto toca se hace él, cosa de él. Cada poeta posee una tierra y un cielo suyos, aunque se trate del cielo y de la tierra de todos. Y en esta imperiosa posesión, en este realce de la personalidad, en esta identificación de lo objetivo y lo subjetivo, radica el poderío y el señorío de Gabriela Mistral. Vela sobre el torrente del universo que le penetra los

sentidos, y a medida que el torrente la penetra con una apasionada nupcialidad, ella lo transmuta, lo arranca del lecho homogéneo, lo impregna de su sangre y le transmite sus propias coloraciones y sus arcanas sonoridades. Y ese canto estará infinitamente gabrielizado, impregnado de sus ácidos mordientes y de sus ambrosías.

RETRATOS DEL FUEGO:

CARLOS VAZ FERREIRA.

(1958)

Señoras, señores:

Durante tres períodos reglamentarios, nuestro más puro y temperamental filósofo, Carlos Vaz Ferreira, presidió esta casa del Ateneo, a la cual pertenecía desde su juventud. Era para nosotros un honor y una gracia espiritual haberlo elegido en los años de su ancianidad, cuando una madurez irreprochable, un noble respeto por todo lo humano, una impecable ejercitación del pensamiento y una práctica serena de la bondad, lo habían levantado en nuestro país a la más limpia ejecutoria del arquetipo del Maestro, mil veces filtrado en las profundidades de la meditación, en la actividad docente, en el pensamiento acendrado y múltiple, y enaltecido todo su ser en una diáfana moral, en una dedicación mental que no renunció nunca a la más alta conciliación entre el acto realizador y la idea vigilante y profunda. En el día de hoy, nuestro Ateneo rinde el más honroso homenaje a Vaz Ferreira, lo llama en espíritu, lo siente acudir desde la inmortalidad de su obra y desde la resurrección de sus propias palabras, que aquí mismo, en este hogar de Palas Atenea, resonaran con toda su sabiduría, su amor y su dulzura, en ejercicio de persuasión y de consejo. Y este muerto ilustre viene, está aquí, porque vive en nosotros.

Es mucho más que un recuerdo querido y evocado, es una resurrección en las entrañas de nuestro ser, donde el pensador y amigo permanece sumergido y real, vertido en pensamiento y en acción, verdadero en alma, en esencia, como antes lo fuera, además, en la densidad de su cuerpo. Esta inmortalidad es la única que pueden conceder la tierra y sus hombres. Es la que todos los aquí reunidos, vivimos y forjamos para que no nos abandonen los grandes, los creadores, los guías que nos trajeron un mensaje, aquéllos que nos modelaron desde la cátedra cuando éramos la inocencia del joven, y el profesor austero y sencillo comenzó a dibujarnos en nuestra verdad, sin desnaturalizarnos, sino, contrariamente, respetándonos en nuestra propia singularidad, y ejercitándonos en la más libre experiencia de nosotros mismos. Sublime respeto, oh gratísimo Maestro, invalorable respeto a la libertad interior, generosa maestría que nos capacitó de una lógica viviente, que nos hizo precavidos ante toda concepción simplista, ante toda tiranía dogmática, y ante la perezosa negligencia de pensar lo menos para afirmar lo más!

Ese fue el bien más grande que recibimos de Vaz Ferreira, y es lo que más debemos agradecerle los que escuchamos sus lecciones.

Por eso toda libertad herida en la amplitud de la tierra, lastimaba su conciencia, y en breves frases, protestaba como nunca de esas tiranías que amordazan la boca de los hombres libres, matando la palabra para extirpar el pensamiento. Y aquí

mismo, en este templo de Atenea, cuántas veces su mano, firme como nunca, escribió aquellas breves frases de censura a los liberticidas, las cuales, de reunirse, llegarían a formar un concentrado evangelio de la dignidad humana.

Digamos ahora, con la mente puesta en el Maestro, que todo país tiene, sobre la extensión geográfica, sobre la altura de sus cordilleras, sobre el caudal de sus ríos, sobre su propia riqueza material, la dimensión de su espíritu. No temblemos ante los números replegados sobre la materia, mientras nos asistan las cifras sutiles de la calidad espiritual. El comercio, la riqueza, la industria, el potencial económico, los millones de habitantes asentados sobre gigantescas urbes, están más sujetos al cambio que los valores del pensamiento, del arte, del bien. Aunque nos parezca paradojal, lo anímico es lo más perdurable, y lo verdaderamente efímero, es lo que carece de alma en un sentido superior. Al correr de los siglos, el polvo y la ceniza acaban por devorar la soberbia y la pretendida majestad de las civilizaciones puramente materiales. En cambio, el poema, la alta doctrina, el noble estilo de los templos, el universo penetrado y legislado por la ciencia, se apoyan en cimientos inquebrantables, y la corriente de los siglos, al no poder con los elementos más sutiles de la alta cultura, dan un testimonio de la jerarquía de los grandes hombres. Ese valor de lo imponderable, lo otorga a la vez la sociedad misma, cuando es capaz de ofrecer un ejemplo en la compleja ciencia de gobernarse. Hay un orden de belleza que emana

de la justicia, de la capacidad con que los hombres eligen sus gobiernos, y con que éstos, por su lado, responden a las puras y generosas aspiraciones de los pueblos cargados de dignidad. Toda legislación perfecta, donde nada bueno y justo es eludido, donde cada ser está respaldado por un cuerpo de leyes que dentro de lo humano se aproxima a la imposible perfección, es una especie de poema que no está escrito, un canto que podría trasmitirse con orgullo de hombre a los oídos de los dioses. Vaz Ferreira comprendió, como pocos, esta calidad superior de la grandeza, esta dimensión que se mide, no con números, sino con la limpidez del pensamiento. El vio que su patria era un ejemplo para América, y en todos los instantes en que su colaboración era posible, añadió algo puro y noble para sostener y acrecentar la dimensión espiritual de nuestro país, de nuestro pequeño país.

Siendo el Ateneo una cátedra de cultura y de democracia, habiendo Vaz Ferreira ocupado el más alto sitial de nuestra aula, insisto en ello, y acentúo su afirmación, recordando aquellas palabras suyas en que corroboraba la pequeñez de nuestro territorio, compensada, eso sí, por sus presurosas conquistas. Sabía y manifestaba que nos superaban otros países de América, no sólo en extensión, sino también en fuerzas materiales y en riqueza natural. Pero hallaba la compensación, el bello desquite, en nuestra continuidad constitucional, en la honestidad administrativa, en la libre emisión del voto, en el desenvolvimiento de la cultura, en las libertades que afirman su régimen, y dentro de él, en la conciencia ciudadana. Y ante esas

realidades, su patria adquiría ante sus ojos el resplandor de un ejemplo. Por eso, culminando sus conceptos, manifestaba en uno de sus escritos circunstanciales: "Pero, repito; para ello necesitamos aún más que los otros de la democracia y de la paz. Ese debe ser el punto de vista nacional. Pero hay todavía otro punto de vista, y aún más alto. Comprometer esa superioridad, es esencialmente criminal, no sólo porque esa superioridad es espiritual, sino porque no es únicamente nuestra: nosotros, en este momento somos de toda América, porque somos ejemplo".

Aquí está confirmado el valor del grande hombre, la esencia de los fundadores, de los radicalmente buenos, de los moralmente heroicos, de los que se sumergen en la más profunda consagración de un orden personal vivido para verter la más fecunda y limpia doctrina, de los verdaderos Maestros, de las vidas entregadas a un trabajo sin tregua, y en cierto modo a un trabajo doble, el que piensa dentro de una austera elevación, y el que desciende, a veces hasta para no ser comprendido, a la arena de la lucha. El mérito tiene así duplicada corona. La de la especulación desinteresada en los planos de la ciencia pura, y la de quien modela la realidad, de quien crea nuevas formas de vida trabajando directamente en las instituciones constructivas y en las almas, para que la doctrina no se esfume por demasiado alta, y para que la realidad no naufrague en la negación, por demasiado baja.

Vaz Ferreira está encuadrado en esa difícil ambivalencia. Subió mucho en el pensamiento soli-

tario, pero descendió a la cátedra. Se levantó, erguido en su originalidad, hacia problemas de máxima trascendencia, pero a la vez trabajó en lo concreto. Sobrepasó la patria común del espíritu, y volvió a la patria cotidiana para que ambas se aproximasen, ganando en talla la nuestra, la de todos. Nos ofreció la exposición crítica del Pragmatismo; se adentró como pocos en los problemas de la libertad y del determinismo; especuló sobre el pensamiento y la acción; nos ofreció una lógica viva abierta en cauces de la razón que ni siquiera habíamos previsto; humanizó en la forma más personal los problemas morales, y especializó la ética, con respecto a los intelectuales; discriminó certeramente sobre valores estéticos; disertó con curiosa originalidad sobre filosofía del derecho; nos dejó como preciosa herencia las virtudes generosas de su "Fermentario", en una colección de aforismos troquelados en formas de expresión finísimas y profundas; pero a la vez, hombre entre los hermanos hombres, apoyándose más y más en lo concreto e inmediato, ya de acuerdo con su tendencia temperamental, investigó en las ciencias sociales con un equilibrado sentido, ya en el orden de las soluciones de justicia inmediata, evitando extremos utópicos y con la premura de lograr lo más necesario a la vida de cada hombre; y aún se consagró a las ciencias pedagógicas, depurándolas de errores y sofismas, trayéndolas de la doctrina a la viva posibilidad de las aulas, evitando las generalizaciones superficiales y atendiendo siempre, con apasionado humanismo, a crear en el hombre, todo lo que puede hacerlo más hom-

bre, ya en la extensión de una universalidad que ensanche las esferas del ser, ya en la concreción de la difícil realidad, para el doble juego de la vida en lo que puede tener de ilimitado, y en lo que exigen los límites del ejercicio humano en la práctica de cada día.

Para apreciar más esa dualidad, veámoslo en el esfuerzo directo, en el trabajo que lo arrancaba de sus libros, de sus lecturas, de la creación de sus propias obras. Lo tenemos veinticinco años como profesor de filosofía en Preparatorios. Lo sabemos actuando desde 1897 hasta 1915, como miembro del Consejo Directivo de Instrucción Primaria. Ocupa al mismo tiempo el decanato de Preparatorios. Desde el año 1913 en adelante,diserta en la Cátedra de Conferencias. En la Facultad respectiva desempeña el profesorado de Filosofía del Derecho. Por tres períodos actúa como Rector de nuestra Universidad. Fue el promotor y el Director y Decano de la Facultad de Humanidades. Y no dejaré aún de recordar, señores, que fue el presidente de nuestro Ateneo, en cuyo nombre hablo ahora mismo para exaltar todos sus valores y la fecundidad de esa vida que se dio a su patria, como una enorme hoja de palmera irradiada en todas las direcciones de las energías espirituales.

¿Cómo pudo ser todo esto sino por un fervor que toca en la santidad, en el heroísmo, y en un extremado amor a la verdad, del bien y de la belleza? En estos años de desgarramiento, de contradicción, de tensiones continuas y opuestas, en que los altos valores se hacen cada vez más difí-

ciles, en que cunde en tantas almas el escepticismo o el descorazonamiento frente a la obra creadora y enérgica, cuando las grandes tragedias del siglo y el desconcierto ante las nuevas formas de vida gravitan negativamente hasta sobre los más dispuestos, qué limpia y poderosa lección la de Vaz Ferreira, hombre de afinados y sufridores sentimientos, sometido a largas crisis nerviosas, hipersensible ante los dolores inevitables; qué lección y qué ejemplo el suyo, cuando vemos lo que representó su voluntad, su disciplina exigente, y cuán grande herencia nos ha dejado en los diez y nueve volúmenes que contienen la obra escrita de su espíritu, más su contribución directa al desarrollo cultural de nuestro país.

Para los que nunca creen, no se trata aquí de discriminar las virtudes de su pensamiento. Confiemos al tiempo el juicio definitivo, aunque en cuanto a mí, estoy seguro de que el tiempo será su mejor aliado, y de que un día lo veremos con más vigor que ahora como una excepción extraordinaria, muy alto sobre las respetables medianías que él supo sobrepasar con tenacidad infatigable, y con la evidencia de su talento superior. Lo que intento señalar en este instante, es lo que llamaría lo hombre del hombre, es decir, la capacidad humana de ser hombre en su totalidad, y en lo que éste tiene de más completo, profundo y ejemplar. Pensemos además que en Vaz Ferreira había un sentido armónico de la vida. Que frente al espíritu que en él pensaba, hubo el ser sentidor. Que su meditación tenía sus pausas en el arte, en especial en la poesía y en la música.

Que frente al mundo concreto cuya realidad investigó siempre, acosando sin tregua a cada una de las esfinges del ser infinito, se ejercitaba en las evasiones de la belleza por los inexplorables caminos del sonido hecho música o palabra. Que su sensibilidad en esos campos de la irrealidad y del ensueño, era de un afinamiento sutilísimo y de una certera intuición. Que tal vez era en esas zonas de la belleza y del sentimiento, donde se imantaba de nuevas energías. Que en el arte bañaba su alma, se desprendía de todas las impurezas que fatalmente nos circundan y hasta pueden llegar a penetrarnos, para regresar, sembrador misterioso, hasta los surcos que lo aguardaban, y con mano nueva y fuerza virgen, sembrar otra vez y siempre, recreando la esperanza del bien, que fue su más obsesionante anhelo y la tónica de su ansiedad moral.

Así lo hemos completado. Pero aún resta lo más personal, acaso, lo que anda por las claves de la amistad, lo que representa y valora el mundo de la simpatía, lo que emana del orden de los afectos, aquella su gracia de ser el hombre que habla, ya sin cátedras, en la intimidad y en la estrecha confianza, en ese tono menor del pensamiento, cuando se hace como una simple confesión y tal vez, por eso mismo, adquiere una virtud a la vez más flexible y más penetrante. También ahí Vaz Ferreira era maestro de misteriosa y rara maestría. Era generoso con quienes no lo alcanzaban. Cambiaba de niveles, ágil y sensible, para no herir a nadie con su superioridad. Aconsejaba con tino cordial y amoroso dominio. Tenía, de vez en cuando, sus

momentos extraños y difíciles, pero eso mismo lo enriquecía en la ondulación con que su carácter obedeció a una abundancia que matizaba su estilo permanente. Todo lo humano le interesaba. Una memoria de prodigio lo enlazaba a multitud de seres, y aún de los ya más lejanos, recordaba un rasgo saliente, un resalte curioso, una frase vivaz, una anécdota que podía pintar un temperamento o aclarar una situación oscura. Hasta los héroes del drama y la novela se le quedaban viviendo en las perspectivas de sus lecturas. Ese mundo del afecto era en él algo entrañable y preferido. Era el gran participador. Ninguna indiferencia para su sed humana. Su soledad de filósofo era una soledad abierta. Colocaba su hombre sobre su sabio, o cuando menos, les daba a los dos la misma estatura. Fue aquí mismo, en el Ateneo, donde pude apreciar a ese otro Vaz Ferreira, que no todos pudieron conocer, y que ahora, por su sensible humanismo he tratado de trasmitir a quienes me escuchan, en este improvisado retrato, para que éste sea fiel, en todos los rasgos, a aquel hombre que desearía levantar con mis palabras hasta su más auténtica singularidad.

Poco hace que se detuvo el pulso de aquel gran corazón y cesó la llama de aquella frente. Abramos, pues, las puertas de la memoriosa inmortalidad que otorgamos a los seres excepcionales, y digamos de Vaz Ferreira muerto: Vive en nosotros ahora, y continúa su marcha fecunda entre el presente de los jóvenes y la esperanza de los que aún no han llegado. Esa supervivencia habrá de cumplirse, aunque todos calláramos, porque

aún nuestro respetuoso silencio sería un himno. Es doloroso pensar que en los labios del Maestro, el Verbo calla, que su voz no se esparcirá, como un ancho riego, en sus discípulos, que en cierto modo la obra del ejemplo y de las ideas ha terminado, en cuanto a la viva emanación de la persona. Pero Vaz Ferreira fue de los profundos, de los serios, de los meditadores que se ahondan en los planos superpuestos del enigma, buscando, finalmente, hasta el sacrificio, las verdades no dispuestas a rendirse, fáciles, a las herramientas espirituales del hombre. Como ya lo dijimos, no desdeñó ninguna disciplina mental. Tocó a la vez, con espontánea genialidad, los puntos vivos donde puede apoyarse, con coraje, el pensamiento. No empequeñeció ni redujo los problemas, ni fue ocioso en enfilarles las dardeantes interrogaciones. Pocas mentes tan abiertas a la totalidad de las cosas. Pocas aspiraciones llevadas y conducidas con un sentido más heroico y más vital. Su lógica fluida era de una estricta vigilancia. Su red tenía el hábito de lo más hondo. Buceaba donde el misterio apaga toda luz. Elegía las palabras de más nervio y de más concreción, para verterse en sinceridad honrada y total, evitando todo alarde, en una como honestidad de la expresión. No aceptó para su filosofía ninguna sistematización rígida que configurase un edificio ya terminado. Prefirió ser el árbol, que en cada día de su crecimiento, es otro en sí mismo. Fui su alumno en la primera década de este siglo. Al escuchar su voz, tan singularmente modulada, la recibía como un oleaje de mar, de mar sereno, limpia, tranquila

y fuerte en el tesoro de su sal profunda. Me otorgó dones imprevisibles. Puso de pie en mi intimidad la fuerza capaz de construirme a mí mismo. Con su libertad, me enseñó a ser libre. Con las vivencias y la sensibilidad de su razonamiento, me hizo valiente ante el misterio y exigente para las afirmaciones. En lugar de la rigidez angulosa del cubo, vi en él, y quise para mí, la multiplicidad inagotable de la esfera, y su contorno de infinitos reflejos. A mí, y a todos los que lo escuchábamos, sin ninguna egoísta reserva, nos dio los mismos atributos que él poseía, y nos los dio con afortunada abundancia. Aspiraba a que viviésemos como él, en actos de permanente creación, y no con el torpe orgullo de haber terminado. No quería ver copias dibujadas por la rutina, sino que aspiraba a contemplar siempre, en el discípulo, una originalidad no menos libre y fecunda que la suya.

Por las virtudes de su palabra oral y de su palabra escrita, Vaz Ferreira está en nuestro país mucho más de lo que nosotros mismos sospechamos. Está aún en los que han pretendido negar la potencia y la persistencia de su magisterio. Por mil canales invisibles, por mil recónditos ríos, su pensamiento fluye. Nos ha proporcionado una libertad de ser, que es ya como un segundo grado de la libertad misma. Nos ha despojado del fanatismo mineral de la roca, y de la intolerancia angulosa del acero. Nos ha acercado unos a otros, porque sabemos por él las múltiples facetas de cada problema y la flexibilidad vital de las ideas. Nos colocó ante la complejidad de una lógica viva, más cerca de la vida misma que las geometrizaciones por donde se mo-

vía el viejo pensamiento de nuestros predecesores. Nos ha hecho más sutiles, más prudentes, más capacitados para la sinceridad ante la tortura del misterio. Nos ha quitado la vergüenza de no saber tanto la verdad, pero por eso mismo nos ha hecho más verdaderos, más flexibles, más capaces de ensayarnos sin descanso, en la inquisición de lo profundo y en el respeto de lo difícil. Todo esto lo honra y nos honra. No es una herencia de oro, es una herencia de alma. No se termina con lo gastado, como el millón de monedas, porque lo que es alma perdura en el Verbo, y ni muere ni puede gastarse. Es una emanación permanente que la sorprendemos fluyendo cada vez que acudimos a su pensamiento. Y eso es tan grande, que nada superior nos puede ofrecer la generosidad humana.

Aparentemente pudo Vaz Ferreira, como tantos otros pensadores que trabajan para una fácil e inmediata celebridad, darles más arriesgadas y rotundas afirmaciones a sus obras, pero él, con su honrada exigencia, desdeñó los cimientos de arena, y los ahondó en sus posibilidades más firmes. El heroísmo de Vaz Ferreira consistió, en gran parte, en ofrecernos el mínimo más puro de lo estrictamente verdadero, en no falsear el lenguaje con un énfasis de cátedra solemne, en flexibilizar la lógica para que en ella circulara vivo el pensamiento, a la manera que la sangre corre viva también dentro de la elástica fluctuación de las arterias. No fue, de ningún modo, un aventurero mental arrojado al juego brillante de las paradojas, sino un rector serio, de grave responsabilidad, un pa-

ciente inquietador de conciencias, que con honrada maestría prefirió arrojar a los campos del espíritu la siembra de su fermentario. Cuando un pensamiento parecía terminar en sí mismo ceñido por el círculo de la razón y engarzado en la palabra, él lo abría, desconforme aún, para arrebatarle las posibilidades del oculto fermento. Muchas veces se resignaba a sugerir, a dejar abierta la perspectiva de la profundidad, como deseoso de que nos ejercitáramos en la máxima exigencia de esas verdades que parecen más lo que son cuando tenemos el coraje de dejarlas a medio ver en sus propias sombras. Los dogmáticos, los categóricos, los excesivamente luminosos, los ingenuamente afirmativos, lo han negado muchas veces, y al hacerlo, aunque no lo supieran, se negaban a sí mismos, por un exceso de seguridad. Eran hombres terminados, mientras Vaz Ferreira fue siempre un hombre en crecimiento.

Lo estelar era para los antiguos un signo de permanencia, un sello de eternidad. El cielo perduraba y predominaba sobre el tiempo, porque era imperturbable como las esencias inmortales. Y aquí, en la Tierra, toda cultura grande y elevada, es también un predominio del hombre sobre el tiempo y la muerte. La humanidad, y cada patria de la humanidad, es una conciencia hecha memoria. Ese recuerdo forma el cielo de cada pueblo, y sus constelaciones están formadas por la perdurabilidad de las grandes almas. No hay patria digna sin un cielo de espíritus nacidos en ella que la imantan y la guían, astros humanos que nos hacen mirar a las alturas de la belleza, del bien

y de la verdad, y que nos inducen a las profundas jerarquías de la justicia. Los grandes muertos nos vigilan, y son a la vez un premio para la verdadera nobleza de la estirpe, y un castigo para los negligentes y los impuros. Ahora Vaz Ferreira ha muerto, ahora tenemos una estrella más en nuestro cielo ideal.

Señores: El bronce labrado por el escultor Yepes, nos atraerá mil veces hacia el gran recuerdo de Vaz Ferreira. Si miráis ese metal fraguado a fuego, diréis que la frente piensa y que la boca siente como si aguardase la palabra. El gesto es profundo. La tensión espiritual casi duele. Bajo los rasgos se presiente la profundidad de un pensamiento ansiosamente arrancado a las viejas sombras de la esfinge. En los ojos hay dos gotas de abismo. Tal vez recónditamente se escucha una música aún no desprendida del silencio. Así fue el Maestro. Así lo veneramos y lo amamos. Así lo queremos, en el centro del templo de Atenea, como una luz, como un canto, como una emoción!

Disertación pronunciada en el Ateneo de Montevideo, el 18 de agosto de 1958.

DISCURSO DEL POETA AL HABÉRSELE OTORGADO EL GRAN PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1976.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA AL HABERSE OTORGADO AL POETA EL GRAN PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1976.

No pensé que me tocaría, como tantas veces en la vida, hablar; y hablar ante un público excepcional. Que entre todos los destinos que tiene, tiene el de dedicar su alma a las grandes alturas del espíritu y a la maravillosa obra literaria que constituye, para mí, uno de los orgullos más grandes del Uruguay. Yo no pensaba hablar. Tenía un poco, dentro de la cabeza, un célebre verso de Alfredo de Vigny: "*Seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse*" (sólo el silencio es grande, todo lo demás es debilidad). Y ante la majestad de esa enorme frase de Vigny, yo, que lo admiro mucho, voy a violar su pensamiento.

Porque también la palabra es grande. Y si no, que lo diga nada menos que el cuarto Evangelio, cuando dice San Juan: "Al principio era el Verbo". Y ésta es la fiesta del verbo. No de la palabra vulgar, corriente, que desparramamos todos los días en la diversidad accidentada de la vida. No. No es esa. Es la palabra honda, la palabra subjetiva, la palabra ejercitada en todos los trances y en todos los dramas del pensamiento, la palabra que, en el fondo, es tal vez lo que convierte al hombre verdaderamente en hombre: nadie más habla en

el universo. Pero hablamos nosotros: hay algo de dioses en ese magnífico don que nos ha otorgado la naturaleza, sin exigirnos más sacrificios que el necesario para hablar bien, honradamente, con sinceridad, y poniendo fuego vivo en lo que decimos.

Me complace en este momento, el representar ante el señor Ministro, tan entusiasta por estos actos, y ante el público, a todos los que han obtenido un premio. Yo me he convertido en su verbo.

Y esto que estoy diciendo no lo digo sólo por mí: lo digo a la vez por todos ellos. Aparentemente mi premio parece el más grande, pero no lo es, porque yo no lo recibo para mí individualmente: lo recibo para todos los que en este país cultivan las letras y a ellos les entrego una parte de ese mismo premio.

Ahora, sí, este acto ha sido desde el principio, un acto grandioso. Tuvo a los jóvenes; tuvo a los de la edad madura, y acá, en mí, tienen a un hombre que cuenta noventa y un años, seis meses y ocho días... Que arranca de esas viejas raíces. Cuando yo nací ya estaban vivos muchos grandes escritores, y otros que luego formarían esa época casi sobrenatural del Uruguay en el momento del Modernismo, que después no logró, en plenitud, repetirla, aunque se hayan repetido grandes valores, pero en una forma más aislada.

Un día le preguntaron a Carlyle qué elegiría; y él dijo: "Yo prefiero dar la India, la gran colonia rica, que no Shakespeare." Para Inglaterra, Shakespeare. Yo ahora pienso en todos los que en nuestro país han realizado una obra de belleza dentro de la esfera del arte. Pienso en ellos, debido a que el

tiempo se va, que el tiempo huye, que emana permanentemente, que es un manantial infinito, que el tiempo se va a medida que nosotros mismos lo vamos creando. Pero, el genio, queda. Y la obra honradamente realizada, queda. Hay algo que vence al peor de nuestros enemigos, que es nuestro creador pero es nuestro destructor, y eso que vence al tiempo es el alma creadora. Así, después de treinta siglos, allí, en una montaña de Grecia, veo resplandecer a Homero: treinta siglos y es una voz joven, en esta época en que nosotros estamos viviendo, y necesitamos voces que nos entonen, que nos entusiasmen. Hay algo de pesimismo, hay algo de abandono en el cultivo mismo del alma. Yo, a través de los cincuenta años que fui profesor, he sentido un poco que hay, no digo en la cantidad de conocimientos, sino en la calidad anímica, un pequeño descenso. La ventaja es que la cultura se ha extendido y ahora el arte puede ser captado por todos los habitantes del Uruguay. Pero yo invito a todos los que estáis en esta sala, profundamente uruguayos, como sois, y como soy yo, yo os invito a levantar un corazón de fuego y una frente de luz, para perpetuar este momento en que nos hemos reunido familiarmente, para celebrar a los escritores que han triunfado. Yo no existo: en este momento no soy nada. Yo soy uno del público, pertenezco al público, a la democracia del público, podría decir: pero como demócrata, no me callo. Y entonces elogio a los que triunfaron, elogio a los compañeros, elogio a los que diariamente tienen la preocupación de ir más allá en lo espiritual.

Un día, estando en Río de Janeiro en un congreso, nos habíamos juntado un brasileño, un argentino y un uruguayo: el uruguayo era yo. El brasileño y el argentino hablaban con enorme orgullo de la superficie de sus países: el Brasil, cuarenta y cinco veces más grande que el Uruguay; la Argentina, quince veces más grande que el Uruguay. Y hablaron, y hablaron, y hablaron nada más que del Brasil y la Argentina, sabiendo que yo era uruguayo. Y el uruguayo, a atender sumergido en el silencio. Pero ni bien ellos terminaron, yo dije:

—¿Cuáles son los dos países más grandes de la historia en la cual estamos viviendo?

Y entonces uno de ellos dijo: —Grecia, y el otro dijo: —Judea.

—Los dos son más pequeños que el Uruguay. De modo que ustedes miden la grandeza por extensión, en superficie. Yo no. Un hombre tiene que medir en profundidad, y en dulzura. Es así como se mide la grandeza. Entonces no importa la dimensión del Uruguay. Lo que importa es su espíritu.

Confieso que yo, que he recorrido tres veces toda América, sé que el espíritu del uruguayo es digno de que estemos orgullosos de él, y en este momento abrazo a todos con ese espíritu, para continuar la obra y levantar permanentemente con el pensamiento incansable, la estatura espiritual del Uruguay.

(Improvisación reconstruida a partir de una grabación magnetofónica).

PARÁBOLAS
(1978)

Dedico este volumen de parábolas
a mi hija Sol,
como una ofrenda
a su luminosa espiritualidad.

C. S. E.

PARÁBOLA DEL CÓNDOR Y DE LA SERPIENTE

Aquella vez, llevado por la necesidad de alimento, el cóndor abandonó su imperio sobre los Andes, y tras el goce del tacto azul con el cielo, descendió a la concavidad de un profundo valle.

Se abreviaba el horizonte, se ensanchaban hacia su base los conos enérgicos de los montes, el aire mismo iba perdiendo su pura levedad, y la luz se destrozaba contra las rocas y, rota en chispas, se hundía en la densidad del humus.

Pesaba en los ojos del ave aquella gravedad de la materia, y su instinto de elevación se oscurecía, en tanto el valle íbase abriendo al reposado movimiento de sus alas.

Al fin sus garras prensiles se engarfiaron nerviosamente en la menuda hierba. Giró su cuello, miró con desdén el espesor de la tierra, y vuelto ya hacia la izquierda, sorprendió el deslizamiento casi fluído de una serpiente.

Es mi opuesta, pensó, la enemiga del ala. Toda su longitud es un largo pie que jamás se separa del polvo que lo sostiene. Me mira desde la reconditez tenebrosa de su astucia. Sabe que no puede vencerme, que ya es mía, y sin embargo, en lugar de huir como otras veces, profunda de hipocresía, mueve en sus ojos un amoroso saludo.

Entonces, el cóndor también suavizó los violentos metales de sus pupilas, hechas al rayo de la más pura luz, y sin temor, aguardó a la serpiente, aceptando su amistosa proximidad.

Y el reptil, maravillado de aquellas pupilas brillantes de infinito, de aquellas alas bebedoras de azul, de aquel pecho aproado donde el cuerpo del huracán se partía en dos, de aquella frente besada a fuego por los mediodías, no pudo reprimir su elogio, y saltando con un silbo sobre su envidia, exclamó, como para que todo el valle lo escuchase:

—¡Cóndor, eres magnífico! ¿Cómo te hizo la Tierra, que a mí me ató a su lado, para que levantases sus mensajes por encima de las montañas y las nubes? ¿Te creó para que la pensaras en el vuelo, o para que fueses tú mismo su propio pensamiento?

Y rápido, interrogó a su vez el cóndor:

—¿Me contemplaste, acaso, en mi poderoso volar? ¿Has contado con números mis vivos aletazos? ¿Desde la luz te cubrí con mi sombra viajera? ¿Has visto mis círculos tan misteriosos y audaces como las órbitas de los mundos?

—Cóndor espléndido, nací para admirarte y, con temor y humildad, llamarte mi hermano. ¿Y por qué no decirlo?, ¡mi dios! Soy tu opuesto, lo soy de un modo desesperado y tristísimo. Y si no fuese por el horror y el asco de la envidia, te diría que te envidio cuando levantas los mensajes de la Tierra, y hundes el dardo de tu pico de fuego en el azul de los mediodías. ¡Qué embriaguez, qué liberación! ¡Ah, qué viva profundidad eres en las

claridades del Universo! ¿Comprendes ahora mi dolor? ¿Perdonas mi envidia, si es que así he de llamarla? Toda grandeza es generosa, y el más alto pensamiento no teme ninguna hermandad.

—Innúmeros son los destinos, —contestó el cóndor— y ahora lo comprendo más que nunca. Yo nací para apoyarme en el vuelo, para levantarme en ascendentes curvas, sobrepasando montes y nubes. Se diría que nací de la frente del planeta, que soy su aspiración ideal, que cuando él sueña su más alto destino yo emano desde la roca intacta donde apoyo mi nido, y voy, todo en la luz, imantado por el Sol.

—Así, arrastrándome —confesó la serpiente—, te veo, hasta que de tan triste, cierro los ojos, y me duele la tierra donde mancho mis escamas. Pediría la muerte, pero soy también cobarde. Todo lo que vive puede aplastar mi miseria. No tengo más poder que el engaño. Cuanto más me disimulo, cuanto más me borro a mí misma, más certera es la muerte que preparo. Mi cuerpo es frío, pero es más frío aún el odio de todos los que me miran. Brillan como gemas mis escamas, pero debajo de esa luz no hay más que sombra. Tú eres el ala, el alto mensaje de la Tierra, su justificación. En el mismo instante en que el planeta se piensa a sí mismo y crea su más alto destino, tú naces. Mi cuna es el pantano; mi patria única, el lodo sobre el cual ondulo; mi genio, la hipócrita astucia. ¡Sólo nos iguala la muerte! Tal vez por eso, en ciertos momentos, la siento tan hermosa... ¿Comprendes ahora mi angustia y mi envidia?

—Pero si haces pensar y soñar a tu propia frente —contestó el cóndor—, puedes volar tanto como yo. La idea que concibas puede ser tan sublime como yo mismo. Por la noche, —tan amiga tuya— lograrías sobrepasarme, y engarzar su pensamiento en los hondos metales de los astros. Tal vez la Tierra te ata, tan amorosa, a sí misma, porque te necesita en el plan de sus profundas armonías.

—No trates de consolarme —replicó la serpiente—. Lo que tú eres y lo que tú vives, eso no se aprende sino volando como tú vuelas. Sería maravilloso ir contigo, participar de tu genio, olvidarme de mi esterilidad, romper el pacto maldito con el lodo sobre el cual me arrastro. Una vez, siquiera una sola vez, me complacería hasta el infinito irrumpir contigo hacia el azul del mediodía, bañarme en la sublimidad de tu destino y de tu audacia. Me enroscaría a tu cuerpo, y abriría hasta el martirio los ojos, para abarcar los grandes horizontes, para disfrutar de tu progioso ensueño. ¿Por qué no me llevas, hermano, hermanito mío?

—¡Ven! —exclamó conmovido el cóndor, repta hasta mi cuello. Afírmate en él. Irrumpiré entonces en el más temerario de los vuelos. Me has ganado el corazón. Durante una hora te identificarás a mi destino.

Y la serpiente respondió:

—¡Ah!, nunca soñé tan honda y tan subida felicidad. Llévame a tu azul, dame siquiera una chispa de tu mensaje.

Y se estremecieron sus ojos, y vibraron sus escamas como si en cada una de ellas viviese una pupila.

Y cuando el reptil se enroscó delicadamente en el cuello del cóndor, éste creó su más amplio vuelo. Anchas y tenaces las alas zumbaban en el viento. Quemantes sus ojos, unían a la luz vital la luz solar. La proa del pecho hendía repentinas distancias. El cuello, recto y erguido, se complacía sintiendo las curvas envolventes y elásticas del reptil. La espiral entera sólo tenía el peso de una caricia.

—¿Eres dichosa? —interrogó el cóndor.

—Como jamás pude soñarlo —suspiró la serpiente—. Bebo la inmensidad. Me siento tu igual en tu patria celeste. Una hora en tus alturas es más que una eternidad allá abajo, donde sólo puedo arrastrarme sobre el lodo. ¡Imposible una embriaguez que embriague más mis ansias! ¡Gracias, hermano mío!

Cuando el vuelo del cóndor se detuvo ya, planeando en el infinito, abiertas las alas, sublime la serenidad, insuperable la contemplación, el cóndor comenzó el descenso. Y fue entonces cuando empezó a sentir en el cuello, una presión cada vez mayor. Vibraba el reptil estrechando sus anillos. Corría por su espiral un júbilo siniestro. En un temblor supremo sintió el cóndor el espanto de la agonía. Rápido descendió su cuerpo abatido. Dio en tierra, y se apagó en su corazón el latido último. Las alas entreabiertas quedaron apoyadas sobre la oscuridad del lodo.

Suavemente, el reptil se desenroscó del tendido cuello del cóndor. Se deslizó en silencio buscando el contacto oscuro y viscoso del pantano. Su astucia había vencido. Su opuesta, el ala del cóndor,

reposaba para siempre en la muerte, pesada de abismo sobre el polvo efímero. Ensimismada, pidió después el sueño de la noche, pero la noche le negó su dulcísima gracia. De pronto se aterró por su crimen. Vencida el ala de sus hondas tinieblas, ¿a quién iba a envidiar? Nada más terrible que la soledad del mal cuando comienza a clavarse en sí misma. La soledad del odio es una agonía que no acaba nunca en la muerte. La peor agonía... un espanto entre la existencia y la nada. El mal crea la más honda venganza del mal.

PARÁBOLA DEL HOMBRE Y DEL AMOR

Desde lo más alto de la cordillera descendía, con sus látigos de nieve, el viento helado de las cumbres. Su contacto era como un dolor para las selvas del valle, y la misma oscura tierra parecía estremecer sus inmortales nervios. Al llegar al mar las postreras ráfagas, hacían crujir el ala de los alciones y retorcían la viviente curva de las olas. La vida, atemorizada, parecía concentrarse en la concavidad de su silencio y, tácitamente, la muerte paseaba su invisible fantasma por la angustiosa soledad de los caminos. Era el invierno, estéril y cruel, bajo una nieve profunda de fatalidad, trágica hermana de la orgullosa frialdad de las cumbres. Su dictamen era implacable. Un destino multimilenario lo ataba fatalmente a la tierra, la sometía, con rigor inapelable, a su ley, y su paso no vacilaba jamás desde el comienzo al fin de su imperio.

Por el más hondo camino del valle avanzaba el hombre de la soledad. Nada conturbaba su paso temerario, que podría ser aún más resuelto que el del león o el del tigre. Era el gran liberado, el dueño absoluto de sí mismo, el tiránico adorador de su libertad. Para él, su código interior, era divino. La más pura y libre inteligencia se lo había

dictado. Transemanaba una autoridad y una dignidad casi sublimes, como si no dejando de ser hombre, sobrepasase las mayores estaturas morales del hombre. ¿Soberbia, orgullo?, aún eso era demasiado humano, y no caben en la perfección.

Como si la solitaria potencia del invierno lo hubiera incitado, el hombre de la soledad comenzó a hablar consigo mismo. Quien lo hubiera visto, diría que se estaba escuchando en el gran silencio invernal. El hombre de la soledad se decía:

—Mi voluntad es de fuego y mi pensamiento es de luz. Estoy firmemente encerrado en mi mismo. Vivo toda la libertad que es posible al hombre, y acaso a los mismos dioses. Desde aquí, desde el hondón del valle, levanto mis miradas hasta las cumbres del invierno, y me siento como si hubiese logrado la misma dignidad de las montañas de hielo, tal vez mis hermanas en sus solitarios silencios y en sus indeclinables orgullos. Como ellas cumplen su destino, así mismo yo lo cumplo. Soy también implacable. Nada curva ni humilla mi pensamiento. Mi justicia es fatal, es roca y rayo. Moriré sin ningún arrepentimiento y sin ninguna renuncia. ¿Existirá en el Olimpo algún dios que haya llegado a esta absoluta libertad, algún dios que sea tan dueño de sí mismo como yo me siento al atravesar la tempestad que baja de las más arriesgadas cimas?

—¡Ah —continuó el hombre de la soledad—, cuánta devoción a mí mismo y, qué ahincada resolución para llegar hasta este convencimiento de mi propia dignidad, que a fuerza de exagerarlo lo consideraría como el paradigma de lo humano!

Mas de pronto la propia y exaltada soledad de aquel hombre, fue como herida por la sorprendente soledad del invierno, a la cual se había hermanado. Comprendió que a pesar de la similitud que los unía, captaba a la vez una hostilidad y una como agresión, cual si él temiera al invierno, y el invierno a él. Las dos soledades se excluían, casi se diría que se rechazaban como dos odios egoístas y contrapuestos.

Mientras el viento, cada vez más frío y penetrante, flagelaba todo su cuerpo, aquel hombre de la soledad fue tomado por su memoria. Le pareció vacilar, y quiso reafirmarse en su absoluta libertad. Y comenzó a monologar, diciéndose a sí mismo:

—Lo recuerdo... Aquella vez ansiaba nada más que ser libre en aquel mismo día en que la tierra iba helándose. Toda la soledad era de caminos que me perdían en la soledad. En el cielo pesaba un agobiante plomo, y pesaba con el peso del hastío. Era en un nuevo pulso otoñal, lloraban las alturas, reclamaban la solidaridad humana, querían acaso un ardiente y emocionado mirar de hombre. Pero yo no ansiaba más que ser libre ¿Y qué? ¿Y qué el cielo?

Aquella vez caían las hojas carcomidas por las horas y, destrozándose, rozaban el lodo y morían insepultas en una muerte que volaría muy pronto en ciegos azares bajo el ala de los vientos. Bajo mis pies, sentí como si me llamasen a su tristeza. Pero yo no ansiaba más que ser libre. ¿Y qué? ¿Y qué las hojas sensiblemente pálidas y en el acre rumor de sus ruinas?

Aquella vez... Brumosas torres. Sacras campanas. Llamada al misterio. La herida y la piedad. Las oraciones. El órgano atravesando los muros con el temblor de sus flautas. Curvados viejos. Erguidas jóvenes. Diáfanos niños. Cruces en las bocas. Cruces en las frentes. Cruces en los pechos. ¡Y mi soledad! ¡Y el espanto de mi soledad, mi libre y absoluta soledad! ¿Y qué? ¿Y qué las torres en la bruma, las campanas acompasándose con el corazón del silencio?

Y todavía aquella vez... Alegre de regresos la aldea. Desde los humeantes surcos retornaban los lentos labradores. Las rondas de la infancia, los abuelos y las abuelas, antiguos corazones donde reposan los ángeles, los bueyes de extasiados ojos en su paz sin deseos, las retornadas palomas familiares, fieles y amorosas, con el ala semiquieta bajo el sueño de un ocaso que besaba de oro las techumbres... Pero yo ansiaba nada más que ser libre. ¿Y qué? ¿Y qué la lenta paz solidaria de la aldea, la ya segura espiga en la mano, el blanco pan en la jugosa lengua y el blanco beso en el besado niño?

Siguió una reflexiva pausa y luego un renovado monologar:

Mas ahora, baja el viento helado desde la montaña. Mi orgullo y el orgullo de las cumbres, se rechazan. Soy una angustiosa soledad en la infinita soledad de este invierno. Y pienso: era y es triste ser libre como lo soy yo en el extremo de mi ser: era y es triste desatarse del mundo, como yo mismo me he desatado. Todo nos espera, nos enlaza, nos estrecha. Todo nos sigue, nos invade, nos

liga, y hasta nos ama. Somos los invitados. Las vidas son infinitas, pero son una sola vida. Era angustioso desgajarse de la piedad, del amor, de las lejanías que nos aguardan, de los ojos que realmente ven y de los oídos que realmente oyen. Y entonces hundí mi libertad en mi alma, honda, muy honda, tal vez la hice mía más que nunca, honda, muy honda, la oprimí en mí hasta el supremo dolor, honda, muy honda, y la incrusté allí, allí para siempre!

Al llegar a este extremo de su confesión más íntima, el hombre más libre de la Tierra, el hombre de la absoluta libertad, miró ansiosamente en derredor de sí mismo y, asombrado, comprobó que el invieron en su totalidad, había desaparecido, y entonces, exclamó:

—¡Tomadme ahora, hermanos hombres!

¡Puedo ser libre, pero no puedo matar al amor!

PARÁBOLA DE LA COPA DEL ÉXTASIS

A veces, arrebatado por la impulsión de la sed infinita, voy por un camino de relámpagos, horadando las pesadas sombras de las nubes.

Auroras de guerras sublimes. Mañanas que podrían ser de sangre si lucharan con leones. Mediodías enloquecidos por la emulación de las águilas. Tardes en los extremos de los montes, pidiéndole más altos caminos al señorío de la Tierra. Ocasos de destrozadas púrpuras en las agonías de las horas de fuego.

¿Por qué habría de ser el hombre el héroe de este combate y el de la propia angustia de sus horas? Y ya imposible la paz recóndita, ¿por qué no renunciar, y cubrir la boca con miel o con veneno, y no ser más la herida de las preguntas? ¿Por qué si el enigma es inaccesible, no embriagarse en la ebriedad de las imágenes, en la orgía de los colores y de los sonidos, y no arrojar todo a un olvido profundo, bajo los jardines de la pequeña dicha del instante? ¿Por qué no retraer y anular las medidas del anhelo y hurtar a las ingenuas praderas sus breves frutas?

¡Ah, ignorarnos entonces ante el advenimiento de cada hora, tomar las auroras en su niñez y las mañanas en su juventud y quemar las sombras en la llama de los mediodías!

¿Pero cómo domeñar el espasmo de un corazón trágico, cómo frenar y detener los corceles de la llama cuando sus cascos martillan el vértigo, y cómo desprendernos del arco sublime, si hasta cuando reposamos en el sueño, en él buscamos el apoyo de nuestra cabeza? ¿Y cómo decirle al descanso: no sueñes más ahora, no afines la acerada saeta, no aguces el extremo de las paradojas, ni nervies la fluida serpiente de las preguntas?

En el día de los rayos enrojecí más que nunca las arterias de la voluntad y curvé como jamás los ramajes de la selva interior. Las brasas, avivándose, se crisparon en el borde de las heridas. La boca temió su propio grito y lo heló en el silencio. Me contemplé, incendio y ola, y el tiempo corrió por mi vida como atravesando una llaga.

Y había en lo profundo del ocaso una selva precedida por un árbol sobresoñado de flores. Palpé su corteza, respiré las resinas de sus ramajes, intuí el estío de sus frutos y puse un pie, suave, sobre una saliente de sus raíces, vibrado por la luz. Entonces contemplé al árbol desde abajo hacia arriba y ceñido a él, entre la negra tierra y el etéreo cielo, exclamé:

—Cúrame sólo por esta noche, y si puedes, cúrame por todas las noches.

Mi palabra estremeció su redonda envoltura, y miles de pétalos descendieron ante mí, como un musical encantamiento de colores y de suavizados matices.

Y el árbol llamó entonces a la brisa. Y cuando ésta hubo llegado hasta el leve tacto de los ramajes y palpó la vida, le dijo:

—¡Crea el ídolo! Adviértelo, es un hombre y debes complacerlo como hombre. Forma con mis flores el símbolo sublime, aquella otra verdad que trasciende toda palabra. Crea el ídolo, en plenitud de belleza, para que este guerrero goce la suma y más alta revelación, pues merece el premio de los sacrificados y los buenos. Tengamos los dos la máxima piedad ante los desesperados y los insatisfechos. ¿No ves cómo su herida sólo derrama sombra? Cada combatiente vierte por su herida lo que el mismo es. El viajero de hoy, este mismo que contemplas, sólo derrama misterio. ¡Crea el ídolo! El único que le traiga el olvido de su angustia y le proporcione el camino de la revelación. Merece ser salvado.

Y entonces la brisa comenzó a danzar en torno del árbol, el profundo y gracioso árbol de la única sabiduría. Comenzó a danzar mientras escuchaba el místico idioma de los ramajes, y las finísimas voces de las flores, y la fluidez melódica de la savia. Y la brisa giraba en la postrera hora de la tarde, ya en el linde delicadísimo de la noche. Una, tres y mil estrellas fueron abriendo en las praderas del cielo sus rosas insondables. La oscuridad bebió los oros fatigados del ocaso. Y fue entonces cuando los pétalos caídos se reunieron en un haz de perfume, de color y de música. Y un cuerpo se dibujó en los ágiles ritmos del aire. Y hubo en lo alto del haz de flores, una cabeza bajo derramados topacios, y tocando la herbosa tierra, dos pies de afinados perfiles; y fueron después el cuello y los muslos, el vientre y los pechos, las caderas, la cintura, los hombros y dos mundos sosteniendo en arco el cielo

y la frente, y una rosa de púrpura aromando el aire del aliento vital, y dibujando la rosa espiritual de la palabra.

El árbol entonces agradeció a la brisa y dijo en su idioma de amor:

—En ella encontrarás el olvido para tu desesperada angustia. Ella es alegóricamente la copa del éxtasis, la única embriaguez total que aún te es posible. Ella es la copa del éxtasis, y más no te pueden ofrecer los mismos dioses. Algo que nos es desconocido la llena con agua del océano ignoto, allí donde las olas son de suprasensibles músicas y donde una geometría ideal da formas intangibles a los números que rigen los mundos. ¡Es la copa del éxtasis! ¡Bébela, y apoya tu vida en su hermético contorno!

Y yo, obediente a la voz del árbol de la suma sabiduría, bebí en la copa del éxtasis, y el vuelo de la noche me levantó en sus alas, y me sentí en unidad con el cuerpo de las estrellas y con el océano espiritual que las sostiene en sus números y en sus acordes transcósmicos. Y exclamé ante el árbol:

—Es el amor. En tu símbolo lo he aprendido, y desde él lo extenderé al Universo. El misterio se arrodilla ante mí.

Y añadí ante la forma revelada:

—Sólo en la copa del éxtasis hallaremos la infinita revelación. El amor es la identidad, el acorde, el vino recóndito de la belleza, la unión donde la única verdad se manifiesta por un abrazo de luz de los dos cielos. Si el pensamiento no satisface hasta la plenitud, ámalo, adóralo sobre la razón misma, y toda idea se superará, porque adquirirá las alas

que la frente aislada no supo crearle. El amor es identificación, y la sabiduría no puede ir más allá. Une en él cuanto las sensaciones han separado, no coloques nada entre amor y amor, y te infundirá la unidad. Sella después los labios. No te hablará, pues no necesita más las palabras. Con él, toda pregunta desaparece antes de nacer.

1973

PARÁBOLA DEL HOMBRE Y DEL MISTERIO

Después de muchos días y muchas noches en que fueron discutidas las ocultas esencias y los misterios más hondos del Universo y del Hombre, y ya en la seguridad en que cada uno acudía con la verdad obtenida de la siembra y de la cosecha propias en su breve predio, aquel temerario y desconforme grupo de amigos que vivía en permanente discordia ideológica, resolvió, por último, formar un sólo frente, y sumando todas sus energías espirituales, marchar unidos hasta hacer hablar al obsesionante misterio y obtener de él la solución perfecta de todos los problemas. Si la Creación era una, uno también debe ser su misterio, y una su verdad. Mas ellos eran cinco, cinco los misterios, y cinco las verdades.

El más viejo era el Teólogo, seguíale el Filósofo, a éste lo continuaba el Sabio de las ciencias concretas, sin separarse, mas un poco como evadido, veíase el Poeta en un sensible contacto de imágenes, y por último, dentro del grupo aunque casi solitario, surgió el Místico en la aventura sobrehumana de los éxtasis.

Tras mucho dialogar lograron ponerse de acuerdo, mas sólo con el fin de encaminarse, desde la hora del alba al término de la noche trepando sin

separarse, la difícil y silenciosa montaña de la Sabiduría, y de hacerlo de una vez, sin treguas al esfuerzo ni ahorro de voluntad.

Si los hombres habían vencido tantos obstáculos, si sobre el mundo primario habían conseguido una civilización y una cultura casi inconcebibles, ¿cómo podría subsistir aún el obstáculo terrible del misterio, origen de tantas discordias y de tantas separaciones entre alma y alma? Era necesario escuchar la voz más elevada, lograr así la revelación de los remotísimos orígenes, saber, sin vacilaciones, al Dios o al no-Dios, obtener la clave para que sólo el bien asistiera a los hombres, comprobar si la muerte era ella misma o sólo un puente de tinieblas que precede a la eterna inmortalidad, reducir la pluralidad aparente y efímera a la Unidad inalterable, posesionarse del Ontos mediante el signo absoluto de su revelación y por último, experimentar a la verdad como verdad, para destruir luego toda duda o todo escéptico nihilismo.

Al comienzo de la marcha, al rozar la aurora sus múltiples alas sobre las frentes y los torsos de la cordillera, los cinco amigos eran cinco pensamientos opuestos, cinco rostros de la perdida Unidad. Ya antes habían buscado al hombre único, al hombre universal, pero no lograron liberarse de la discordia. Parecería que eran más ellos mismos en la parcialidad y en la separación, que en la totalidad y en la unión identificadora. El deseo los hacía trepar por la aspereza del monte, pues a pesar de todas las oposiciones, el corazón los unía en el coraje de ser y de luchar, y por necesitarse

para ejercitar cada uno su propia originalidad. En el fondo, se reconocían y se admiraban, pero a la vez se rechazaban aferrándose cada uno a lo exclusivamente suyo. El Metafísico en su plano abstracto; el Teólogo, conectando y armonizando Revelación y Conocimiento; el Científico, ahincado en la realidad, y afirmándose en las leyes de la materia y la energía; el Místico, adherido a la Unidad absoluta mediante su inmersión en Dios; el Poeta, sin llegar a una separación, era absorbido por la belleza sensible y sembraba la montaña de imágenes y cantos.

Al llegar a mitad del día y encontrarse casi en la mitad del camino, los cinco exploradores notaron que sus diferencias desaparecían lentamente, pero con extraña y sorpresiva evidencia. Eran menos y cada vez menos ellos mismos en su originalidad y en su carácter, y se aproximaban íntimamente a una especie de hombre modelo, de hombre integral, de desencarnado arquetipo abstracto, síntesis de totalidad y esencialidad. Jamás habían imaginado una igualdad tan serenadora, ni siquiera en los dioses, que siempre fueron un tanto copia de los mismos hombres.

Aquellos peregrinos de la verdad, se miraban, se contemplaban con rara estupefacción, y en cierto modo se conocían y se desconocían, cual si en ellos se desvaneciera la personalidad. Las vehementes polémicas iniciales al pie de la montaña de la Sabiduría, iban atenuándose como olas que pierden su fuerza y vientos que no encuentran más su impulso. Se preparaban así para la gran recepción. Notaban que en cierto modo crecían y

ascendían, no ya sólo en la montaña, sino también en los ámbitos secretos del espíritu. Pero también sentían, con íntimo tacto, que se iban borrando en ellos los signos de la Tierra, las sinuosidades de toda vacilación, el calor pasional, los matices delicadamente sensibles de lo diferenciado, la tensión afirmadora de la individualidad.

No obstante la alarma que todos estos cambios produjeron en los cinco exploradores de la verdad unitaria, de estos cinco héroes que a la vez beberían en el mismo vaso toda la revelación del misterio, eliminando la lucha, el encono, la diferenciación, el carácter singularizante, el juego peligroso de los opuestos y de las desarmonías en medio de un destino tan inexplicable, las contradicciones espirituales llevadas a veces a extremos excesivos, de común acuerdo resolvieron, en la luminosa vertical del mediodía, proseguir la ascensión hasta llegar a la cumbre de la sublime Unidad. ¿Por qué no ser todo el hombre, si como microcosmos, es posible reunir en sí la totalidad de la Creación?

Al continuar su empresa se hicieron más sutiles, cual si adquiriesen la virtud del aire de las nevadas cimas; más alejados a cada paso del centro de la Tierra y más próximos a las movibles nubes, se aligeraban de su propio peso y en sus movimientos adquirían algo de la ubicuidad de los dioses; eran cada vez menos las ideas que movían en los paisajes del alma, pero las sentían de una amplitud y una universalidad que las despojaban de toda particularidad terrestre o humana; se veían los unos en los otros como en transparencia hasta que por instantes se desconocían como

individuos y se identificaban como si el uno, el dos, el tres, el cuatro y el cinco, sólo fuesen el uno. Sus conocimientos se iban interpenetrando, confundiéndose, como en un mar se unen hasta no saberse las aguas de todos los ríos. El místico se consideró teólogo; éste confluyó en el hombre de ciencia: el filósofo abstracto se fusionaba a todos; al igual del poeta, que que fue el primero en notar ante esa Unidad que iba aniquilando a la Esfinge, que él ya no podría volver a la creación de su obra, pues eliminado el misterio, la poesía habría de desaparecer en el acto. ¿Cómo excitar el fuego de un corazón con una llama que es nada más que la abstracción de una llama? ¿Cómo sugerir y qué sugerir? ¿A qué penetrar en un alma para no llevarle nada más que una luz vacía? ¿Cómo ofrecer en la transparencia total, la flor ya sin perfume, ya sin matiz, ya sin el apasionado polen donde la corola quema su amor? ¿O yo sugiero como sugiere el abismo, el misterio y la estrella apresada por la sombra, o mato en mi lengua la fuente de las imágenes y detengo en mi frente el vuelo de la música?

Cinco horas de sol se deslizaron desde la nevada cima al pétreo apoyo de la montaña en los curvados desniveles del valle. Cinco horas de transmutación, de elevamiento y vuelo, en amplísimos círculos espirituales y de profundas identificaciones. En la Tierra y en el Cielo se dilataban los horizontes, y en cada alma también prolongaban su curva los horizontes de la purificación. Lo profundo del hombre era ya paradojalmente lo elevado del Universo.

Por fin los cinco exploradores del misterio se detuvieron sobre la virtud y la frialdad de la nieve. ¡Habían llegado!

Todo era quietud y silencio. Diafanidad que trasparentaban las sombras más lejanas. Perdidos, y ya como en el olvido, los pueblos de los valles humanos vivían el encantamiento de la hora, o el drama de una noche cribada de peligros, o los rayos de la pasión y los celos, o la disputa de las ideas contrapuestas, o los sueños contradictorios que mueven su alaje vibrándolo en la esperanza, o los cuidados y vigilancias de la codicia, o la estremecida tensión y oposición de las ideas y de los intereses en implacable lucha.

Y entraba más y más la noche y ocupaba las distancias doradas del crepúsculo. Sus penumbras parecían gravitar menos que la luz en el azaroso guijarro y la detenida flor. Pronto vendría el sueño. La paz, la uniformidad de la sombra, la desaparición de las imágenes, los silencios del aire aquietados, todo parecía conducir a los espíritus hacia la unidad del Infinito. Era como una lección para la plural multiplicación de la mañana y de la tarde. Pero a la hora del alba, todos los hombres se erguirían horadando los velos del sueño, cada cual en su amor o en su odio, en su afirmación o en su negación, en su anhelo o en su angustia. La vida trae siempre, junto al pan de la carne, la batalla de cada día. Desde que amanece, cada hombre es sólo un hombre, es el mismo en sí mismo y no lo olvida cuando se coloca en la fila de los combatientes. Cada amanecer es un parto en el entrecruzamiento y la fluencia de los

hechos. Es necesario sufrir y a la vez gozar mientras comienza la creación humana de las horas.

Ya entrada la noche hasta los lindes insondables, los cinco viajeros del Misterio creían haberle dominado todos los signos y todas las potencias del inmortal silencio. Y fue entonces, sólo entonces, cuando se sintieron ya más sobrehumanos que humanos. De pronto, entre el Cielo y la Tierra el enigma escribió sobre el cuerpo de la noche utilizando las letras de las constelaciones. Fue entonces que los ojos sedientos de los exploradores leyeron en los astros la ley de los destinos infinitos. ¿Y qué fue lo que leyeron? Porque en efecto, el Enigma manifestaba por fin: —Ahora sois hombres totales. Habéis sido despojados de vuestro carácter. Ninguno es ya quien fue en el contacto de su nacimiento terrestre. Estáis difundidos y absortos en la sublime Identidad y diseminados en el Todo con la máxima amplitud. Dad por aniquiladas las pasiones, las batallas, las discordias en todos los órdenes del corazón, los amores limitados y los egoísmos de gloria y de poder. Imposibles ya los errores y los aciertos. Una verdad y un silencio de aceptación para todas las almas. Ahora sois los hombres llegados a la suma abstracción, sois los perfectos, los reales y supremos arquetipos del hombre, y hasta si queréis, casi dioses por lo que habéis logrado. Esta es la lección que en su cumbre da el Misterio en la cima del monte de la Sabiduría.

Luego la noche fue absorbiendo sus tinieblas, y al extenderse vital y poderosa, la luz de la aurora, las águilas primeras de la mañana vieron descen-

der, pero ahora separados, a los cinco exploradores del Misterio que antes se habían unido en la tremenda aventura de destruir la separación de los hombres, y de armonizar, como estrellas, todas las almas. Cada uno tomó un camino distinto. El Teólogo bajó por la teología; el Filósofo, descendió por los pensamientos abstractos; el Cientista, apoyaba firme su paso en las rocas apretando la mirada a la realidad concreta de la montaña; el Místico, apenas podía descender mientras volaba por el éxtasis; el Poeta traía a la Tierra baja todo el Misterio y con él la única potencia poética inagotable. Cada uno con su alma, cada uno con sus sentidos, cada uno con la más íntima propiedad de sí mismo, cada uno con sus anhelos, con su carácter, con su individualidad, y con el anhelo de ser y de vivir el hombre que eran en su realidad más auténtica.

Entraron como por cinco puertas distintas a la humana concavidad del valle, y cada uno trajo también a la sorprendida grey, su verbo único. Regresaron idénticos a la hora de la partida, como el sol y cada estrella regresan a su turno con el día y con la noche, en la eterna identidad de su luz. Y así prosiguieron incesantes, en la eterna, la fecunda, la vitalizadora polémica de todos los hombres y de todos los pueblos grandes.

Y el poeta escribió después en todas las almas de los que aguardaban tras la prodigiosa aventura.

Hay sólo una paz digna para la Humanidad. Y esa paz debe ser la libre tolerancia viril y el continuado combate en la luz, pero jamás, la muerte.

No borréis al hombre que existe en cada hombre en lo que es él mismo. La unidad verdadera es no dejar de ser hombre nunca, es la fértil pugna y unidad de los contrarios en el oleaje dramático del Devenir. Un poema, una idea, una experiencia, una revelación y hasta un Dios, pueden ser una alianza y a la vez un problema, un vuelo que asciende a la verdad, pero no la verdad de toda su Esfinge.

"Lo humano vale como impulso, como conquista, como desconformidad y esfuerzo, como lucha, como incompleta pero porfiada creación. El Misterio será eterno. El misterio nos hizo, nos hace y nos hará. No es una negación, sino una afirmación. Es nuestro creador porque es nuestro obstáculo, nuestra tentación, nuestro destino. No nos deja morir sobre lo logrado. Se opone a la muerte. Nos dinamiza y nos acucia. Debe subsistir como una sublime y magistral potencia. Llegar sería el más triste modo de morir. Mejor la selva crispada, dinámica y plural de vida, que la infecunda perfección de los desiertos".

PARABOLA DEL VIAJERO INSACIABLE

En un transparente silencio del ocaso, dijo al amigo el más viajero de los hombres:

—Desde muy joven he recorrido todos los caminos de la Tierra, y ya no hay más caminos posibles frente a mis ojos. Y cada camino terminó en una fuente, y allí bebió mi sed, hasta saciarse.

Después de conocer todos los senderos del planeta, he navegado todos sus ríos, y cada río comienza en una fuente, y también mi sed, jamás satisfecha, bebió en la fuente de todos los ríos.

Y también en idénticas y aventureras naves, surqué los océanos, el alma sobre la proa, y en el centro de ellos mismos, bebí el agua marina, fuerte de sal y de energía, y es así como sé el sabor dulce y el sabor amargo.

He descansado al pie de todos los árboles, por la noche, de sombra a sombra, y por el día de luz a luz, y no hay fruta de savia dulce o acre, que no haya alimentado mis hambres, sin un desdén para ninguna.

He contemplado las nocturnas armonías astrales, he intuido los ocultos verbos de las tinieblas, sorbí con los ojos la delicada lumbre de la luna, y capté en el silencio de la noche el silencio musical de las estrellas, la melodía de los números celes-

tes. Y las noches han terminado en mi con un silencio.

Me conocen todas las ciudades de los hombres, he ido como una vida que se dispersa entre los millones de los cuerpos y de las almas, y sé la multitud del mismo modo que sé al hombre solo.

Penetré en los templos de todos los dioses de la fe, y en los templos de todos los hombres de la sabiduría, y absorbí en sus recintos la fe de los que sólo creen y la verdad de los que sólo piensan. Hasta las dos fuentes bajé los labios del alma.

Todas las ideas y las pasiones que una vez fueron en la esfera de la Tierra, me trajeron el mensaje ideal del Universo y el fuego que enardece la sangre de los actos.

Nada de la vida ha dejado de ser mi vida. ¿Y por qué no estoy seguro ni saciado? ¿Por qué la sed clama desde mi sangre, si el Universo se ha entregado a mis sentidos y a mi pensamiento? ¿Resta aún alguna fuente donde ir a beber?

Y ante estas últimas palabras, contestó el amigo:

—Te has olvidado de tu propio ser. Ninguna fuente te dará tanto como la más íntima, como la más oculta y reveladora, como la que tú desdeñaste por la sed del Universo. Invierte los viajes. Serás deslumbrado cuando llegues a la fuente inagotable de tu propio ser. Tú eres la Creación de la Creación. Cada hombre comienza en la intuitiva conciencia de su ser y en su autoposesión. Antes, es su propia ignorancia. Toda sabiduría realmente humana se inicia ante la vertiente de sí mismo y ante el ojo interior que la contempla. Vive otra vez, y comienza por donde fluyes, por

donde emanas, por la fuente divina, esencial y eterna, por la surgente de las aguas profundas de tu verdad interior. Mientras no te apoderes de ti mismo, no serás más que el sueño de un hombre entre el sueño de las imágenes.

—¿Y qué he de hacer, manifestó el joven, ante todas las apariencias que he visto y las que aún he de ver?

Y el amigo respondió:

—Vuelve a ellas con tu propia seguridad, pues ahora tú eres el dueño del Universo. Quien llega a sí mismo, quien penetra en el ser infinito conquistando la diafanidad de su propio ser, ya ha traspasado todas las imágenes y ha creado el puente que va de la ilusión a la esencia. Y no hay más. Eres tu propia Eternidad. Abre los ojos y pon tu mirada sobre los velos visibles y tangibles. Contempla el juego de los sueños desde lo más alto de tu propia lumbre y perdona a los hombres que aún ignoran su espíritu increado. El sueño que sueñan es como una inocencia del sueño que viven. Es muy difícil no ser ciegos con sólo la luz de los soles. Pero tú serás desde ahora, oh viajero de ti mismo, el iniciado invisible entre la efímera danza de las imágenes.

PARÁBOLA DEL ASTRÓNOMO Y EL POETA

Perdido en su mundo interior y sin establecer ningún lazo de firme armonía con el mundo que lo rodeaba, sintiendo absurdo su destino, descoloridos sus días y sus noches, inconexos todos sus actos, el astrónomo de mi relato se consideró a sí mismo, ante su amigo el poeta, como un desterrado del cosmos, pese a sus estudios, pese a su poderoso telescopio, pese a sus inmensas exploraciones.

Algo hay en mí, confesaba, que puede más que toda mi voluntad, y todos mis deseos y pensamientos. La noche entera me atrae cuando con mis ojos penetro en ella, y percibo la palpitación de los astros. Se diría que viven... Pero mi modo de saber es fragmentando todo lo que estudio y como enfriando el fluir de los abismos. Veo una sola estrella entre las estrellas, como sólo me veo a mí mismo entre los hombres. Rompo, muelo, pulverizo la realidad, y acabo, ante el Universo, por percibirme como un átomo de vida extraviado en sus mil soledades. Ansío anudarme, estrecharme, y destrozo de inmediato el vínculo que podía unirme e infundirme en la creación. Y esa es mi más auténtica y triste fatalidad.

Así todo se empequeñece, añadió el astrónomo. Comprendo en su majestad la gravitación de los

mundos, la familia del Sol con sus planetas, la hermandad de las constelaciones, la sinfonía de la noche astralizada descendiendo hasta mis internos oídos, pero cuando el torrente musical me penetra, se destroza en mis propios nervios. Igual me ocurre con todo lo que forma el vario y prodigioso paisaje de la tierra. Lo presiento, pero no llego en acorde emocional hasta él. Ni veo la ciudad en el dinámico conjunto de sus hombres y en la fusión de todas sus voluntades. Para mi la realidad está hecha de islas y de cumbres solitarias que no son más que las imágenes de sus propias soledades.

Sí, soy un simple y desolado fragmento, un guijarro perdido en el torrente desarticulado del devenir. Y no obstante, sospecho el esplendor de la Unidad, los ritmos y las geometrías de las grandes leyes, la mutua competenetración de cada ser en el ser infinito, la solidaridad de todas las vidas y de todos los mundos.

Junto al astrónomo estaba el poeta que escuchó sus confesiones y sus quejas. Ya cerrada la última frase del sabio y corridos unos instantes, el poeta dijo:

Hay muchos modos de saber, como existen muchos modos de ser hombre. Jamás competiría contigo en tu ciencia de las estrellas, pero contémplame como a un enamorado de la vida, y como a un intuitivo sentidor de la inifinita Unidad. La vida debe ser todo en un todo para quien a su vez es una vida en la infinidad del Universo.

La vida es superior al sueño, a la esperanza, a la verdad, al éxtasis, y al arte mismo que la canta

en su lírica exaltación. Y si no, ¿cómo podríamos sentirlos y crearlos?

La vida es superior a la luz, al sonido, al sol, a los astros y a la misma Tierra en su mineral y misterioso silencio. Y si no, ¿cómo podríamos sentirlos y crearlos?

La vida es superior a las letras y a las palabras en sus mágicos símbolos, a los números, a las líneas del cosmos en sus errantes geometrías. Y si no, ¿cómo podríamos sentirlos y crearlos?

La vida es superior a todas las leyes que aspiran a regirla, a todas las escalas y los planos del Ser, a las potencias del océano, a las mismas tinieblas del abismo nocturno, a las fuentes del sumo origen de las cosas. Y si no, ¿cómo podríamos sentirlos y crearlos?

La vida es sólo igual a sí misma, y en mí y en ti es la misma potencia, la misma revelación, el mismo genio de la sed universal. Y es por eso que yo tendí mis manos hacia las otras vidas, oh hermanos en el prodigio, oh hermanos hombres. Y abracé entera mi ciudad, y en ella, a todas las ciudades de la Tierra.

Y dije, desde la intuición de mis entrañas —Hundíos más en vuestros propios seres para penetrar más en el Ser universal. ¡Sentid! Algo fraternal y amoroso baja al alma del hombre desde todos los mundos.

¡La Vida! Penetrad más a fondo aún. Rozad la Unidad fluyendo el torrente de las imágenes, el oleaje de la pasión cósmica, el tacto vehemente de la totalidad.

Es preciso perderse de sí mismo, dar las más altas horas a la fusión, evadirnos de este breve fragmento que somos y expandirnos en la vida total.

Que dance la selva infinita en la frente entregada, y toda la Creación gravite en el pensamiento, y la misma sangre se irradie por todas las fuentes vitales de los mundos.

Jamás he sido más yo mismo, dijo aún el poeta, que en esos instantes en que me fundí, por identidad y suma entrega, a todos los seres que emergen de la vida en su expansión ilimitada.

Y la vida misma no es más que la Unidad en el crecimiento de la multiplicidad, el Uno generando todas las cifras de la vitalidad astral. ¡Oh, nupcial penetración, todo en mi yo, y mi yo compenetrado por el Yo cósmico sobre el haz de los abismos!

Heroico, sufrido, astrónomo, hermano mío, vuelve a tu centro y haz ahora mismo la meditación de tus bienes sublimes. Considera mis palabras, hazlas tuyas. Ahora sabes y sientes que todo es uno y has llegado así al supremo nacimiento. Bebe sin fin en la fuente de la vida, y aprende que toda la Creación es la fuente de la vida.

Terminadas las palabras del poeta, el astrónomo se irguió en un saludable impulso, se aproximó a su telescopio, colocó sus ojos ante la lente y recorrió la noche entera poseído por el éxtasis. Luego se aproximó al poeta, y vibrando en nervio y alma, exclamó:

¡Gracias, hermano mío! Sólo por ti he penetrado en la más profunda astronomía! Ahora lo sé, la noche vive, los astros viven, hasta las mismas tinieblas viven. ¿Dónde está ahora el triste fragmento, el perdido guijarro que era en mi espantosa soledad? Penetro más y más en la Unidad. La vida del hombre no admite dimensiones. El que la bebe hasta el fin, se reintegra al infinito amor.

PARÁBOLA DEL HONDERO

¿Cuál —oh silencio de las hondas edades— cuál, entre los profundos tálamos en que los siglos crearon a los siglos con la arcana fecundidad de las horas, cuál, oh silencio, la primer pregunta que el hombre sumergió en la hermética densidad de la esfinge?

Porque el hombre, mil y mil veces levantó los ojos hacia el mediodía y no recibió más que la imagen del intocado azul. Y, maravillándose, se detuvo ante el mar y el mar no le ofreció más que su inmensa imagen y la movilidad espumosa de sus olas. Y antes del sueño, enfrentó la nocturnidad, y sólo percibió la imagen de la noche, la sombra quemándose en las puntas de las estrellas. Y así vivía el hombre, peregrino de las imágenes, callado ante las formas del Universo.

Y comía, y bebía, y procreaba. Y al salir del sueño, veía también las imágenes de sus propias formas y las de sus deseos, y sentía el tacto de sus miembros y el del contorno de su frente. Así ocurría que el hombre no era más que una imagen moviéndose inocentemente entre mil silenciosas imágenes.

Debo decir ahora que a veces he soñado la concavidad de un valle oscuro. Y he visto en él a un hombre aproximándose al ascendente arrojo de

una montaña. Y he seguido sus pasos entre las rocas y, primer hondero del arcano, lo he visto arrojando su piedra quemante y brusca a la altura perfecta de los cielos.

Era en los tiempos de la aurora humana. En esos días el hondero sintió, en medio de las imágenes el dolor de su propio enigma, y tomó una palabra de piedra y brasa, y luego de los círculos del brazo y de la mano, la desprendió hasta el divino azul de los dioses.

Aquella pregunta hirió la armonía del Cosmos. Quebró todas las geometrías ignoradas. Levantó un grito de alerta en la sombra de los valles, en las entrañas selváticas y en las tinieblas de la carne.

La luz y el éter cedieron en su infinitud ante aquel tacto desconocido. El azul fue traspasado en su iluso cristal. Y la pregunta del hombre hizo nacer el misterio cuando el mismo misterio se ignoraba. Fue como si lo creasen. Llameó el drama en la dulce ingenuidad del Universo. Los dioses se estremecieron ante esa palabra jamás oída.

Cuando aquella pregunta del hombre irrumpió de la honda, todo entró a un nuevo sentido, y lo oculto fue despertado en su sumergido sueño. Las tinieblas fueron tinieblas. El abismo fue abismo. Los enigmas fueron enigmas. Toda cosa adquirió conciencia de su propio ser, y las superficies se sintieron apoyadas en la profundidad. La Creación se oscureció hacia adentro. La Nada saltó con la muerte entre sus garfios. La luz se partió en millones de fragmentos y, entre sus grietas, penetraron las sombras.

También la Tierra se abismó en un terror ignoto. Los ríos, los montes, los árboles, los vientos, los mares; con imprevistos y jamás soñados ojos, miraban, como en sombra, al temerario hondero, mientras éste, erguido en el arrojo de la ascendente montaña, permanecía como ignorante de su audacia.

El hondero aguardó la respuesta, y en vano la aguardó. Todo el cielo era de silencio. Toda la Tierra era de silencio.

Mas de pronto, por adentro de su sangre, escuchó una voz secreta:

—En el instante de tu pregunta —dijo la voz— te creaste a ti mismo. ¡Creaste al hombre! Sufre ahora, intensa y violentamente tu destino... Sin tu interrogación, el Universo sería un sueño que ni se sospecharía a sí mismo, una fiesta blanca, demasiado limpia, cosa de dioses, de selvas, de bestias y de mundos. Pero tu honda y tu piedra crearon las sombrías dimensiones, el dios y el antidios, la sed, la cólera del misterio, la fisura de los orígenes, el azar enigmático, la velada finalidad. Todo se ha hecho ahora profundo y dramático. La raíz se ha hundido en el arcano. Esa es tu luz y tu sombra. Desde hoy eres el desgarrado, el separado, el que pregunta. ¡El Hombre!

PARÁBOLA DEL ÁGUILA Y DE LA MONTAÑA

Aquella vez el viejo poeta de Chiraz, Nohammed apodado Hafiz por saber el Korán de memoria, recibió a uno de los más jóvenes discípulos y permaneció impresionado por la amargura y la angustia que reflejaba su rostro.

¿Por qué tan triste?, le preguntó con dulzura y piedad.

No he dormido en toda la noche, contestóle, tanta ha sido la tortura del pensamiento.

Escúchame entonces este relato, añadió el poeta de las gazeles. Y modulando deliciosamente su voz, díjole:

El águila rozaba las más alta nieve de la montaña, y preguntó hacia la profundidad, los ojos vueltos hacia ella:

¿Dónde termina la voz de la Tierra?

Y una de las tajantes bocas del hielo, le contestó, desde el más alto frío de la montaña:

Estás aún lejos del divino azul. No te bastará volar, pero vuela todavía.

El ave orgullosa se sintió estimulada y contestó:

Me perderé sobre las alturas, si es necesario, pues mis alas crecen con el esfuerzo. ¡Ay, como llegan desde los valles el rumor de la vida y el rumor de la muerte!

Y la boca del hielo, respondió, de inmediato:

Intenta una aventura suprema, y traspasa la última y más delicada nube, y desde allí, escucha.

Cuando, altísima el ave, era una leve sombra, aquietó las alas y aguzó el oído. Y desde los hondos valles subían, intactos en el aire sutilísimo, el rumor de la vida y el rumor de la muerte. Entonces, como enloquecida, irrumpió hacia mayores alturas. Y nada era ya su sombra sobre ninguna nieve. Y desde lo alto, sumergió esta pregunta hacia los combados valles:

¿Qué puedo hacer aún si escucho aquí todavía el rumor de la Tierra, el negro rumor de la Tierra?

Vuela más alto aún, más aún, mucho más... clamó la boca del hielo.

El ave se hizo invisible. Por momentos se desvanecían sus potencias.

He llegado a mi límite, en mí no hay más, gritó casi extenuada y aún escuchó el negro rumor de la Tierra, el rumor de la vida, el rumor de la muerte.

Y la montaña:

Tu experiencia ha terminado donde también tu ser ha terminado. El negro rumor no sube ya a tu encuentro, pero está en tus hirvientes alas. El vuelo es la rebeldía de la sangre, mas la sangre es vida y es muerte. Si ascendieras más, si sobrepasases el aire último, si ya ni las alas te dijeran la tremenda verdad, aún escucharás cómo el rumor de la vida y de la muerte, descienden también desde todos los mundos. Y el águila:

¿Y el Creador...? ¿Qué...?

Tembló la montaña y dijo:

¿Del creador? ¡También del Creador, acaso...! Sólo resta la Eternidad y su infinito silencio. Nada es posible y todo es imposible. Desciende, pues las alas sólo sirven para soñar.

Y el águila preguntó, entonces:

¿Y la Eternidad, es algo, podré llegar a ella?

Y replicó la boca del hielo:

Es lo impensable. Todo cuanto es y cuanto ocurre, está por debajo de ella. No cabe en nuestro efímero deseo. Tal vez ni ella se oye a sí misma.

¡Me arrancaré las alas! clamó el águila.

Y la montaña sentenció:

¡Nunca, nunca te despojes de las alas! El vuelo de los sueños, venda el espanto de la Eternidad. Es el único olvido que nos sostiene en la locura!

Y el viejo poeta Hafiz ofreció a su joven discípulo la misma copa en que había bebido Omar Khayam diciéndole: —Bebe esta copa de rubí. Te subirá gozoso, no con las alas de la sabiduría sino con las alas de la locura. El misterio se ahoga en el racimo, como las tinieblas se ahogan en la luz. El sueño es lo único semejante a la Eternidad. ¿Dónde están sus límites?

PARÁBOLA DEL ESCÉPTICO, DE LA ESTRELLA Y DEL RÍO

Un río y un árbol nos detuvieron en aquel momento de agonía, cuado la tarde iba desvaneciéndose en la noche. El otoño caía en las distancias y en las cosas, como tocándolas con manos de sueño. Caducas hojas doraban o bronceaban la penumbra del aire y de la tierra, o con desmayado peso, huían, más que el tiempo, en el fluir callado del agua.

Miró mi amigo el escéptico, lo lejano y lo próximo, siguió con la mirada al río en sus lejanías brumosas, levantó los ojos hacia el árbol reposado en su lenta savia y desde los ramajes semidesnudos, descendió su mirar hacia las hojas flotantes, cada vez más perdidas de su origen entre aquellas dos orillas —murallas de un destino—, y tan indiferentes al morir que las llevaba.

Mi amigo, el escéptico, encontrándose a sí mismo en aquel instante y en aquella contemplación, me dijo entonces:

—Cuento hasta extraviarme los hijos de la Tierra, y abrazo la caliente hermandad de las estrellas. Miro las altas y las bajas fuentes, y me pierdo en sus números. Aguzo los nervios en las presencias y en sus cualidades, hasta desvanecerme en sus

cifras. ¿En dónde detener las saetas en cuyas puntas arde mi sangre?

Y tras la pregunta, continuó:

—Imagino las procesiones de los átomos y el hormigueo vertiginoo de los electrones. Veo que todo se aproxima, se encuentra, se estrecha, se separa, e irrumpe de nuevo. Intuyo los choques, las disoluciones, los oleajes que avanzan y retroceden. Pienso la noche entera atravesada de luces, el vértigo del Éter hendido de relámpagos, el salto de las líneas, el fluir de los contornos, la épica de los vientos y las olas, las islas nacidas y las islas que crecen hacia la piel del océano. Capto los mundos, las órbitas inaplazablemente recorridas... ¿Y en dónde detener las saetas en cuyas puntas arde mi sangre?

Mi amigo el escéptico, juntó más a fondo su mirada con mi mirada, y añadió todavía:

—¡Ah, y yo estoy aquí, y mis sentidos son el único centro de la Creación. Y busco angustiosamente mi ley para justificarme a mí mismo. Y enfilo mis preguntas entonces, y siempre, y acumulo en mi tensión, vanamente, el verbo arcano para explicarme este misterio estremecedor.

El poco de luz diluida aún en la sombra, se aniquiló en la sombra misma. Mi amigo, el escéptico, sintió la totalidad de la noche, y pareció apoyarse en ella como en una columna de sus abismadas negaciones, y prosiguió más seguro de su sombra y a la vez más desafiante:

—¡Cuántas veces tomo mi esfinge y la multiplico en interrogaciones y a puñados, como arenas de mis desiertos, las arrojo a la infinitud! ¿Es que

soy algo más, me digo a mí mismo, que esos puñados de preguntas, que esas arenas de fuego, que saltan de mis nervios al silencio?

¡Y cuántas veces mis ojos arden cual si fuesen heridos por una trágica intención, y zumban mis oídos, terriblemente, como crispados por vientos de locura! Y entonces mis ojos descifran claves tremendas, y mis oídos de adentro escuchan lo inaudito. Y afino mi temblor sensible, y me penetran mil palabras de mil idiomas. Es como un temblor que estremece el cosmos y me desfibra la vida. Y es entonces cuando ocurre el diálogo.

—¿Quién eres tú que nos indagas? —me dice el lenguaje de las estrellas.

—¿Quién eres tú que nos descifras hasta el miedo? —me dice el idioma de las sombras.

—¿Quién eres tú que nos hiendes y nos muerdes hasta la inmersión oculta de las algas? —me dicen los mares vibrando de pavor.

—¿Quién eres tú que nos mides insondablemente y nos persigues en nuestra fuga fatal, y clavas tus ágiles números en nuestro vuelo? —me dicen las nebulosas cósmicas en las orgías de su expansión.

Y entonces grita mi temeridad: Yo soy la pregunta infinita, la lengua de llamas y serpientes irradiadas desde el arco de mi propia vida. Soy la sed, la trágica sed, el hambre espantosa del misterio. Estoy entre la vida y la muerte horadando vanamente el silencio absoluto.

Y es al decir esto que mi verbo se abre de nuevo hacia el Ser. Y se incrusta en todas las formas, y todas las formas vibran hasta el espasmo, porque es como si con la rabia y el deseo les impusiese

un castigo. Y todo mi yo es un vértigo de preguntas. Y me nacen desde el último fuego, desde los cráteres de la soledad.

Y recuerdo una vez en que, ante iguales vehemencias, hubo una estrella incalculable que rayó mi secreto oído con su ardiente confesión y me dijo en el idioma de los astros:

—Yo también pregunto. Soy la soledad de mi propio dolor. Desde miles de siglos mi luz me lleva, y en ella sumerjo mis interrogaciones. Y mi luz sabe ir con la sed, pero no sabe volver más a mi esperanza. ¿Comprendes lo que es un zarpazo que jamás llega a su presa? Sólo sé perderme en las sombras. Ni me sé yo misma, ni nadie me sabe. Allá, muy lejos, siempre, eternamente, cuando la noche culmina, indago hasta llorar. ¡Y cuán vanamente indago! Todo es silencio. Para el único, para el insondable único que sabe, para él todas nuestras preguntas son inaudibles, o acaso, desdeñadas. Cuando todos los oídos del Universo ansían oír, no escuchan más que nuestros vanos sueños.

Y con un suspiro de la luz, añadió la estrella:

—Amémonos, pues, en silencio, bajo el enorme dolor de nuestras esfinges. Hagamos la solidaridad del enigma. Vivamos en unidad de amor y de agonía. ¿No cabremos todos en la sombría hermandad del misterio? ¿No es como una venganza adorarnos con nuestras heridas? ¿No somos los impuros, las desterrados de las esencias? Al ignorarlas angustiosamente, la mutua piedad nos abraza.

¿No escuchas ahora mismo el vuelo de las interrogaciones? ¿No te llegan las preguntas de los

mundos y de los átomos? ¿No oyes las inquisiciones de la sombra, de la luz, del Éter, de las hondas geometrías del Universo, de las mismas ideas que sólo sospechamos en la ansiedad de sostenernos sobre alguna seguridad?

Al terminar aquella confesión besé el último deslizamiento de su voz celeste, y al desvanecerla en mi oído, apoyé la cabeza en la Tierra y en el sueño. Como si fuera real en su dulzura, sentí o soñé una lágrima de la estrella fija en el abismo de mi sien, y dormí hasta tocar el linde de la muerte. ¡El otro gran silencio!

Finalizado este último decir de mi amigo, el escéptico, levemente brillaba de mundos el río en su silenciosa fuga. Sus gotas miriádicas no eran lágrimas, eran sí los diamantes y los zafiros que llevaba hacia el mar, donde moriría en un esplendor de gemas.

Aquel río trabajaba profundamente la tierra. Distribuía su agua vital en todas las raíces. Para él no había otoño, ni primavera, ni verano, ni invierno, no había más que el cambio eterno, la infinita transmutación. En cada latido del tiempo, puesto que su agua no se detenía jamás, el río era otro, como era otro el Universo que en él se reflejaba. Pero el río enriquecía las aguas del mar haciéndolo inagotable, y daba de beber a todas las raíces de sus márgenes. Su ser, era crear sus huyentes aguas, era una fecundación.

Estas mismas sugestiones y estas mismas ideas, las vertí en los oídos de mi amigo, el escéptico, con la misma razón que él me hizo escuchar la voz de

su estrella dolorosa, y ante su irónica sonrisa, añadí estas palabras:

Cree en tu verdad, o en el sueño de tu verdad, pero no te apartes de tu propia afirmación, pues la necesitas para vivir. Tu mundo de absoluta negación, oh paradoja, es una muerte en vida, es como si fueras conducido por tu cadáver. Vive afirmándote en el poder de tu propio pensamiento, como esa intrépida estrella interrogante, que a pesar de sus preguntas, está clavada en la energía de su fuego, y dardea las tinieblas desde el pulso de su ígneo corazón. ¿Aniquila, cuando menos, su eternidad de astro? Tal, oh paradoja, también, te afirmas tú mismo negándote con temerario coraje. El desafío es siempre una hermosa violencia de la salud. Tu nieve no impide tus llamas, y a veces la tragedia del misterio sangra flores. Es como una soberanía y un desplante del orgullo, un puñado de sombras arrojado sobre una felicidad demasiado fácil. Tócate, púlsate tus arterias. ¿No son una verdad en su ardor y en su latido? De la vida, de la sangre de la vida humana, crecen no sé que potencias de afirmación en las que puedes apoyarte en cada instante de su tiempo. No está, sino en tu torturada conciencia, la idea que roe y pulveriza tu realidad creadora. La vida misma, terrible, profunda, implacable en su imposición es un pensamiento tallado en sangre y fuego, algo asombroso y tremendo, que hace palidecer la frente cercada por la sombra y por la duda. Eres actividad y vacilación, firmeza y angustia. Eres luz y sombra, afirmación y negación. Eres tal vez el enamorado, el apasionado de las tinieblas, el amante del misterio. Pero eres antes que nada, la vida misma. Hasta cuando piensas la nada, la piensas con la vida. Entra en ella como el rayo en la sombra, iluminando tu oscuridad. Verás que el rayo de tu afirmación no gasta su fecundidad en preguntas. ¡Crea!

Y mi amigo, el escéptico, me respondió:

—¡Crear...! ¿Y si es otro sueño?

Aún así no es poco esta extraña aventura del hombre sobre la Tierra. ¡Crear, sí, los grandes sueños que nos sostienen sobre el sueño infinito! Y deja que sea la vida la que resuelva el dilema, pues ella ha de inclinarse siempre hacia su propia defensa y cuando así te ocurra, salta de la negación a la afirmación. Tu escepticismo no será más que la ceniza de un fuego extinguido. Déjala hundir, y vierte la llama vital de la sangre en el hueco desde donde te helabas.

PARÁBOLA DEL SUEÑO Y LA REALIDAD

Ante aquella tan buscada fuente, los dos peregrinantes amigos se detuvieron. Ambos bebieron de ella con verdadera emoción, cuando se les dijo que era la fuente de la vida, y que allí discernirían sus propios caminos. Luego de beber, se despidieron, y cada uno marchó en sentido opuesto al otro. Uno se dirigió hacia Occidente, y el otro, hacia Oriente.

Medio siglo corrió desde entonces, y otra vez volvieron a encontrarse los dos peregrinantes amigos ante la fuente de la vida. Mas ahora, ¿a qué beber? Todo estaba hecho, y ni los años ni los hombres, son reversibles. ¡Todo, en verdad, estaba hecho! No quedaban más que el ocaso y el trance final.

De ambos camaradas, el que marchó hacia Occidente, dijo entonces:

—No he vivido mi satisfacción y mi plenitud, y menos mi permanencia en ellas. Me entregué, ambicioso y tenaz, a las tangibles realidades, ansioso de dominarlas y hacerlas mías. Me impuse, fuerte, vigoroso, desbordado de energías, y lo logré todo hasta donde el hombre es hombre. Oro, mando, honores, gloria, pero la lucha me gastó, y toda la verdad humana termina en la amargura.

Profundicé la realidad que me atraía, y me espantó el vacío. Ahora vuelvo a la soledad. ¿Fui engañado por la fuente de la vida? ¿Lo que yo mismo creía real, no sería, acaso, la más despiadada forma del sueño y la mentira? Y con estas palabras, terminó su confesión.

El peregrino que se encaminó hacia Oriente, le contestó al camarada de su juventud:

—Voy ha hablarte como si te relatara una leyenda o una fábula. Escúchame:

De niño sembré en una tierra que no existe, un árbol que no existe. No existían el limo, ni las raíces, ni el tronco, ni las ramas, ni flores ni hojas. Sólo existía mi alma, libre como el aire. Pájaros que no existían cantaban cantos que no existían. !Cuántas frutas que no eran frutas! ¡Qué brisas y qué vientos que no eran brisas ni vientos! Las auroras venían de mí mismo, y jamás estuvieron en ningún cielo. Las noches deliraban estrellas. y no quemaban ninguna noche, ni eran estrellas. Yo era el niño, sólo un niño. ¿Existía, acaso, yo mismo?

De niño sembré en una tierra que no existe, un árbol que no existe. Nunca fue esa tierra, jamás fue ese árbol. Ahora evoco al árbol y sólo a él, oh nostalgia...! Y lo traigo de nuevo a mis deseos y lo reensueño en otra ensoñación. Y todo mi ser grita entonces: —Ese es el único árbol verdadero que tú has visto? Porque yo afirmo: Lo único real del hombre es el sueño del hombre. Eso es lo único profundamente suyo. Ningún árbol existe fuera de mi propio sueño. Ser, es soñar y soñarnos. Lo que no es mi sueño, no es mío, no existe para mí.

De niño sembré en una tierra que no existe, un árbol que no existe. Entre su sombra, entre sus ramas, entre sus hojas y sus flores, mis ojos subían hasta un cielo que no existe. Eso era todo mi vivir, ascender desde un árbol que no existe a un cielo que no existe. Sólo mi sueño era la verdad, y yo era la soledad de mi sueño, la irrealidad de toda realidad. ¿Quién dijo que el Universo existe? O lo sueño, o no es. He ahí el poema de todos los hombres, la obra prodigiosa y oculta de todos los días. El árbol que existe porque no existe, el cielo que existe porque no existe. La paradoja del Ser: el sueño! El hombre es el creador de todo lo creado. Suprimidlo. ¿Y existe algo si él no existe?

Después bebí contigo en la fuente de la vida, y por obra de ella, pensé que el mundo era, sin mí, una realidad que yo no había visto. Yo era una isla verdadera en un mar verdadero. Y entonces fui tragado por la materia. El sueño fue robado, y morí en mi hombre. Mas yo seguía siendo un niño, sólo el niño. Y olvidé y borré el verbo de la fuente de la vida. Y el niño volvió de nuevo a incrustarse en mí. Y nunca fui más sabio y más profundo. Vivía en mi única verdad: en el sueño del ser. Mas de hora en hora, qué vacío inmenso, qué terrible oquedad del Universo...

Y el amigo contestó entonces al insaciable soñador:

—En lo profundo, no hay tanta diferencia entre ambos. Tal vez somos casi iguales. Yo hice, ingenuamente, de la realidad, mi arrebatado sueño, conquisté sus vanas imágenes, y no sus esencias.

Tú sólo soñaste tu aparente realidad, el maravilloso árbol y el sublime cielo que no existen. Todo fue a tu modo para ti. ¿Pero el sueño es algo más que sueño?

La fuente de la vida escuchó, entre tanto, a los dos peregrinantes amigos, y les dijo:

Tú anhelaste más de lo que la realidad concede, y tú viviste los sueños más de lo que realmente son. Daos la mano. Uniendo a los dos, está la verdad.

PARÁBOLA DEL CÓNDOR Y DEL SACERDOTE INCA

Aquel ensimismado sacerdote de los incas del antiguo Perú, cuando Inti, el Padre Sol, comenzaba a devolver la vida y sus radiantes colores a los montes andinos, oró profundamente ante el sagrado disco de fuego, que a su vez empurpuraba la cónica blancura de los neveros.

De pronto, cortando en dos la humana oración de aquel hombre sagrado, el cóndor de los Andes emergió desde una tajada y ahuecada peña en lo alto de las montañas. El ave era también una oración. Era la plegaria de la Madre Tierra a la viril potencia de Inti, el fecundo Padre Sol.

Y pensó el sacerdote inca contemplando al ave: es el cóndor, mi hermano en las alturas. El vuela, y yo vuelo con él, por la naciente luz de la mañana, y asciende con todo su amor, en cuerpo y alma, y como siguiendo a mi espíritu, sube hasta plegarse al disco de Inti.

Y hablando consigo mismo, dijo aún el indio santo:

Ese cóndor de los Andes es el esplendor de la vida en el centro de los cielos, y al llegar el mediodía se hará invisible en la energía de la luz solar. Todo lo que posee espíritu vital, es misteriosamente atraído por el gran astro.

El corvo pico del cóndor y su plumado cuello, son la sed y el hambre de los espacios infinitos.

Oscuras son sus alas, del color de la noche, mas el vuelo es el incendio de una voluntad creadora hacia el dios de las múltiples creaciones. Sus alas son oscuras en el plumaje, pero son de llamas en la voluntad.

Su pecho es proa en los océanos del aire, y entra en el viento como la luz penetra las sombras. Su crepitante graznido ante la curvada bóveda, es como un dardo del sonido, y lleva la pregunta en su extremo para lograr, como en una cacería, el secreto de la dicha.

Su plumaje se me representa como un eco sutil de las selvas ante la delicadeza de las nubes y las flores.

Su frente, curva de rayos, es el vivo espejo de Inti, la unidad de la luz cósmica en el fulgor del ave. Y bajo su frente, sus ojos son dos estrellas engarzadas hondamente por la noche, dos astros atreviéndose en el éxtasis del mediodía.

El cóndor andino, agregó el sacerdote para sí mismo, es mío y es de la Madre Tierra. Lleva la vida materna en sus alas, y levanta al mismo tiempo, junto a su espíritu, el espíritu de quien lo contempla y lo siente hasta el estremecimiento.

Por un instante, añadió aún, se me representa como el símbolo, la llama y el Verbo de mi propia fe. Sus círculos en la diafanidad del aire, se identifican con los de mi pensamiento. La pulsación de sus alas, es como mi propia afirmación. El arco de su cuello y de su pico, es como el arco de mi esperanza subiendo sus dardos en la plenitud del

Sol, y en la nocturnidad más profunda, cuando el alma aún no ha penetrado en el sueño.

Luego, el sacerdote de Inti, tras sus meditaciones, abandonó la montaña, mas volvió a ella al mediodía, porque era su templo preferido para su oración al Padre de la luz.

Y entonces buscó con sus pupilas al cóndor de la aurora, pero el ave, en su temeridad, iba desapareciendo ya en el fulgor de Inti, semejante a la plegaria más pura del sacerdote inca.

La montaña irradiaba como nunca el éxtasis del astro. La culminante nieve casi sufría bajo la intensa caricia de la luz. La Tierra y el Sol se amaban como nunca, y las simientes se abrían bajo el húmedo polvo, para que las selvas jamás dejasen de ser selvas.

De pronto el cóndor, en atrevida curva, atravesó los aires y entró, ebrio de sí mismo, en el resplandor solar, hasta hacerse totalmente invisible en él. El disco del Sol parecía abrirse, aguardándolo.

El ave era entonces como una viva oración de la Tierra Madre, como el instante en que el éxtasis es todo el éxtasis. Inti y el ave eran una prodigiosa unidad. Imposible ya otro paso a la más sedienta de las frentes.

El sacerdote irguió la mirada con la más sublime devoción, y la apoyó, como en una espiritual ofrenda, en la enorme pupila solar. Si el cóndor llegaba, él también se obligaba, heroicamente, a llegar.

Mas al traspasar sus límites de hombre, sus ojos enceguecieron y el mediodía se precipitó en él, hecho sombra. Entonces sus párpados permanecieron

unidos. Fue como un vértigo. Había anhelado traspasarse a sí mismo, y cayó, desde el éxtasis, a las tinieblas.

Ahora lloraban los ojos del sacerdote, pero sus lágrimas eran las estrellas del rapto y del éxtasis divinos. Y clamó en su angustia y en su júbilo:

Sí, lo sé, ese cóndor era yo mismo, y enceguecí. Y es que Inti es un misterio. El cóndor de las almas se pierde en la luz, y desaparece en el supremo resplandor. Regresamos a nuestra sombra, porque la sombra es el supremo estímulo. La luz más alta sólo se da a los que vencen al enigma. El cóndor y yo lo sabemos. Toda la revelación sube desde el abismo al éxtasis.

¡Sí, lo sé, ese cóndor era yo mismo!

PARÁBOLA DE LAS RESURRECCIONES

Aquel hombre, profundamente identificado con la Naturaleza y con el Universo, había presenciado el instante en el que sobre el centro del bosque, la tempestad nocturna, abriéndose paso trágicamente, desprendió su rayo más vibrante de luz y de incendio en la ancha plenitud del árbol que levantaba su copa sobre todos los otros en la vital potencia de la selva.

Ardió, repentinamente, todo el contorno del árbol elegido, mas la savia se resistió al fuego y lo contuvo cuando iba a penetrar en los ramajes más vigorosos.

No obstante, hasta el fondo de las raíces llegaron el dolor y el horror del follaje carbonizado, y el tronco sintió correr la muerte en la recóndita vibración de sus fibras.

La raíz dijo entonces:

Mi obra ha sido despojada de todo su esplendor y de toda su belleza. Tremendas son mi pérdida y mi herida.

Y por su parte, el tronco se decidió a no sostener como antes el peso de ennegrecidos y resecos ramajes. Ya no viven, decía, ¿a qué erguirlos en mi fuerza? Mejor la ruina total que aquel miserable despojo.

Todo lo que restó del árbol lloraba su angustioso, su inesperado destino. Ya no era el rey de la selva. Ya no sobresalía por encima de sus hermanos. Ya no era al mediodía el preferido de la luz, ni en la medianoche lo elegían más las miradas de las estrellas. Ya el pájaro de la aurora y el pájaro del crepúsculo no cantaban entre su frescura y su verdor. Ya la misma serpiente no se enroscaba a la maciza vertical de su tronco. Y hasta el mismo hombre no lo elegía para apoyar su cabeza y sus sueños en las salientes de sus raíces.

¿Vivía? El rayo sólo lo había herido. En lo profundo, en el tronco, por debajo del tronco, en el surgimiento de sus ramas, vivía aún. Pero el árbol ansiaba ahondar hasta la nada su propia agonía. Ya no era más el rey de la selva, y se sumergió en su renuncia, y clamó por la muerte. Y las raíces cerraron su sed. Antes era el héroe orgulloso entre los otros árboles. Ahora era la triste raíz y el tronco desierto de su humillada grandeza.

En su quietud y en su silencio, el árbol herido sintió a la vez un doble llamado. La selva entera lo ansiaba de nuevo, y el viento lo atraía para vibrar su rumor entre las hojas resplandecientes. Todos los hermanos árboles de la selva lo llamaban, y las aves del canto lo atraían con el deseo de poblarlo. Mas el árbol mutilado hacía más honda su agonía para desvanecer su propia raíz en la última sombra.

No obstante su propia negación, la raíz estaba sumergida en la madre Tierra, y de pronto sintió el rozamiento del imperativo vital. Y desde las entrañas de la madre irrumpía la savia de las resu-

rrecciones. Y los días se subieron sobre los días, y las noches se subieron sobre las noches, y entre tanto también subía por el tronco la verde reaparición de la primavera. Y las raíces fluyeron hacia las ramas, como si la madre Tierra volviese a crear a su hijo. Y surgieron los finos ramajes y las hojas verdes volvieron a beber la luz de los mediodías, y las miradas de las medias noches descendieron desde los ojos de las estrellas. Y a la vez atravesaba el viento por la selva y todos los hermanos árboles subían en el aire el himno de las resurrecciones. Y sintió el rey de la selva que comenzaba a sostenerse a sí mismo, e intensificó como nunca su propia afirmación y cada vez que recordaba al rayo que lo sumergió en la agonía, bendecía su fuego y el dolor de su incendio, el dolor ya vencido, el dolor que hizo más grande y sublime su propio ser. Y la raíz exclamó en el tacto de la madre Tierra: —Siento de nuevo el ascenso y el descenso. Revivo más alto que nunca. El rayo existe todavía, pues su más alta luz no se extinguirá nunca en mí misma. Luz de parto, luz de dolor. Esa luz suprema es la profundidad de la sombra, el abismo abierto y sólo traspasado por la más pura idea o el éxtasis más inefable.

Ya lo dijimos. Un hombre, desde su misterio de hombre, contempló la tempestad, el rayo inplacable, el incendio del rey de la selva, su drama, su agonía, su renuncia y su resurrección desle el ímpetu vital y maternal de la Tierra. Y pensó: —No debo blasfemar contra el dolor. Acepto el rayo en su terrible enigma. Yo también fui herido por la tempestad. Y yo también me levanté por el ínti-

mo impulso de mi propia savia lograda con el contacto del Ser universal. Ya no soy el mismo. Lo que gané en el dolor y en la angustia, y lo que gané en mi propia resurrección, me han levantado a un destino que jamás había sospechado. Y por eso bendigo a la tempestad y a sus rayos. Nunca más grandes los hombres que cuando nos levantamos de nuestras propias heridas. Y supe así que la vertida sangre puede ser un ala.

PARÁBOLA DE LA LIBERTAD

Entre todos los espíritus que presiden y determinan la actividad de la Tierra, reunidos en aquel amanecer, sobre una gigantesca roca de titánicas raíces sumergidas en un vigoroso flanco del planeta, uno, el más espontáneo, se me aproximó hasta hacerse casi sensible en un costado de mi frente como buscando intencionalmente mi oído.

Los otros espíritus de la infinita y jamás reposada actividad terrestre, hijos todos del Demiurgo astral, contemplaban, sorprendidos, a aquel indomable hermano, mientras éste me observaba con el éter vertiginoso de sus pupilas. Y uno de ellos dijo: Es, de todos nosotros, el que más ama al hombre, y sin duda alguna, el más parecido a él en el misterio del pensamiento y de la música verbal. ¿Acaso la Rosa de los Vientos no es simultáneamente, la esfera de un cráneo y el vuelo de una sinfonía? Un misterio los une, aunque tal vez ni ellos mismos lo sepan.

Entre tanto, me pareció ver, en verdadera visión, al Espíritu del Aire. Era entre azul y entre dorado. Era como hecho de sutilísimos velos y lo estremecía una nerviosidad de olas y de llamas, pero en una vibración que las trascendiese. Ninguno de los espíritus de la Tierra parecía más cerca de la voluntad creadora y trasmutadora del Demiurgo.

¿Quién eres? pregunté de pronto a aquella semiforma entre azul y dorada. Te siento a la vez como huracán y brisa. A la vez me atraes y me causas terror.

¡Soy tu libertad, tu propia libertad!, contestó el Espíritu semivisible. Puedes elegirme o rechazarme.

¿Te ofreces entonces a mi destino de hombre? ¿Y cuál es tu tesoro? ¿Qué me traes ocultamente para que ya me consagre, seguro de mí mismo, a ser el iniciado en tu credo sublime? ¿Me traes un dios nuevo, un pensamiento, una ley, una valoración superior?

Cuando aquel inquietante Espíritu me hubo escuchado, sin retardarse un segundo, me contestó:

Te traigo mi Rosa, la más multipétala Rosa de la Tierra, la Rosa de los Vientos. No crece y vive a la orilla de ningún río, ni jamás la lenta savia del bosque la sustentó, ni la detendría la más melodiosa estrella, ni podría ser vista en ningún jardín, ni la tuvo en la mano la princesa de ningún cuento ni el poeta de ningún poema. Y sin embargo, a todos pertenece en el esplendor invisible de su casi espectral corola.

¿Y puedes ofrecérmela, siendo casi irreal, y lograré yo apoderarme de todo su esplendor? Sé quien eres, y hasta podría decir tu nombre. Pero ofreces tanto... ¿Quién eres, pues?

Soy el Espíritu del Aire, el cósmico hermano del clásico Eolo y del romántico Ariel. Tú sabes que gravito en lo alto, y que soy como el aroma de la materia planetaria, que me apoyo, como sin peso, sobre el mar y la tierra, que me respiran todos los

seres vivos y gracias a mí subsisten, que movilizo y distribuyo las llovedoras nubes, que creo la más completa libertad en la casi locura de los vientos, en la Rosa multipétala que ellos mismos forman con el valiente dibujo de las ráfagas, y que podría ser, si tú lo deseas, la más digna y libertadora lección que hayas de recibir en tu vida.

¿Y cómo puedes tanto? ¡Ah, cuánto te agradezco el sólo hecho de que me hayas hablado!

No puedo tanto como mi padre, el Demiurgo, la gran alma de la Tierra, pero soy el más audaz y aventurero de sus hijos y el que más vive de sus momentáneas resoluciones. Sabe, amigo hombre, que los Espíritus del planeta, de acuerdo con nuestro paternal Demiurgo, que vela en el centro de la esfera cósmica, distribuimos los bienes que más pueden convenir a todas las vidas, y en especial, a las vuestras. Consideramos al hombre como un microcosmos. Todo lo universal confluye en su realización. Nada esencial hay fuera de los límites de su piel. La Tierra no tiene ni más ni menos que un ser humano. Y la Tierra tampoco tiene menos que ningún astro. Tú, y cada hermano tuyo, constituyen un universo en la dimensión de casi un sueño. Pero... es necesario sosteneros en el prodigio.

Y pregunté al Espíritu, sorprendido por sus revelaciones: ¿Es ese tu trabajo? ¿ Es ese el deseo del Demiurgo?

No es posible, me contestó, que nada viva sin recurrir a los Espíritus planetarios. ¿Cuántos segundos perduraría vivo tu corazón, si no me respirases y no fuese yo mismo quien purificara la

roja corriente de tu sangre? ¿Podrías subsistir sin el apoyo del limo transmutado en el tejido de tus huesos y tus músculos y en el sensible estremecimiento de tus nervios? Si el agua se evaporara de pronto de todo tu cuerpo, ¿no caerías inanimado sobre tu propia sombra? ¿Si mi oxígeno y el terrestre carbono no ardieran en continuada combustión, ¿no desaparecería de ti toda actividad, todo movimiento, todo lo que hace de tu vida una variada posibilidad de obrar y permanecer entre los oleajes de la luz y del tiempo? Cada realidad tiene un espíritu que la gobierna, y a mi me ha tocado reinar en el aire. Este imperio, que depende de mi genialidad, es materialmente el más pobre, pues es el menos denso de sustancia para el trabajo de cada hora. Me siento en un reino casi espiritual, es decir, en el aire, y es muy poca, como puedes ver, la materia de que dispongo. Pero en cambio, mi movilidad asume cambios incesantes. En mi puño se crean los vientos, en prodigiosa inspiración como en un poema o en una música en que volasen, en aparente desorden, todos los dioses. Sólo te puedo ofrecer el ejemplo de mi aventura incesante, y la respiración que vitaliza tu sangre.

También me dijiste, contesté maravillado, que eras la libertad, y que yo mismo podía optar entre elegirte o rechazarte.

Soy generoso, y ese es mi destino, no esclavizarme, alcanzarlo todo y todo abandonarlo sin yacer en las logradas victorias. ¿Soy algo más que el movimiento de mis propios actos? La Tierra y el Mar son los dueños. Yo no poseo más que mi

propia libertad. Puedes optar entre elegirme o rechazarme.

Explícame, respondí, antes que nada, esa libertad que me ofreces. Si has observado a la estirpe de los hombres, a poco que reflexiones puedes dividirla en hombres libres y en hombres esclavos. En el complejo sistema de la naturaleza, podría comprobar algo muy semejante. ¡Cuánto sometimiento cósmico! La órbita de la Tierra jamás viola el rigor de su elipse, ni desvía del eje cada rotación, atenta a la exactitud de sus números. Las rocas, inconmovibles en su rigor geológico, permanecen atadas y sometidas a una inmóvil gravitación. Las montañas están anudadas a su propio peso y adheridas por garfios de piedra al conjunto de las cordilleras. Ya más libre es el agua. Es fuente, es arroyo, es río, es catarata, es mar de incesantes oleajes, pero siempre apresado por las enérgicas orillas y entregadas sus olas al castigo de mis hálitos. Sólo cuando el líquido se evapora y penetra en mi adquiere otras alas y otro júbilo de acción y gracia...

¿Imaginas un nuevo salto?, me preguntó entonces el Espíritu del Aire, y como inspirado por él, le contesté: ¡La Vida!

¡La vida!, lo has dicho, pero no olvides la llama, la hermana llama, el alma del fuego, casi tan libre como yo, pero atada su danza y fijo su pie a la brasa inmóvil. ¡Nada llega a la libertad de la libertad! La vida misma, salvo en la posibilidad del hombre, se estrecha aún demasiado a las decisiones del instinto, pese a su movilidad, a su desenvolvimiento en armónico devenir, a la prodigalidad de

las formas en permanente transmutación, a la riqueza de los deseos, de las aptitudes, a las dramáticas luchas de la selva y del mar, a la adaptación constante del medio en que actúa, al paso multisecular de las especies a través de las nuevas esculturas de los siglos. Existe una genialidad innominable en el conjunto, una multitud de expresiones que hace infinitas sus imágenes, un volver de la fertilidad de cada hora que asegura la perduración del proteiforme paisaje vital de la selva, del mar y de mi propio reino aéreo.

E interrumpiendo al Espíritu que me hablaba, le dije: Siento lo mismo que tu sientes. La creación y la perduración de la vida, pese a la muerte misma, es el mayor gozo de la naturaleza. La misma muerte no es más que una transfiguración del Ser infinito. Pero observo que de todo me has hablado, y en cambio, casi no lo has hecho de ti mismo. ¿Tu silencio es, acaso, para estimular mi deseo y mi curiosidad?

En verdad, te contesto, no sé si realmente soy algo más o algo menos que los demás Espíritus del planeta, los insomnes motores de la Naturaleza. Pero eso sí, me siento feliz de rodearla por entero, por cubrir los otros Espíritus y elementos, y poderme mover libremente sobre ellos, de acuerdo con las dispares y saludables resoluciones de mi ley. Creo en la Rosa de los Vientos, en la propia Rosa de toda mi voluntad. La siento brotar desde las horas serenas y calmas, la percibo creciendo en senderos y en ímpetus, la contemplo abriéndose en la enorme esfera que va desde Polo a Polo y en la perfecta cinrcunferencia ecuatoriana. Con mi sutilísima

sustancia y mi innumerable flexibilidad, con la proliferación insaciable de mis deseos, con mi transparencia, hasta con mis tempestades y mis rayos y la musicalidad de mis cítaras y mis flautas, represento así, en el plano de la Creación, la máxima proximidad al Supremo Espíritu, y por esa misma razón, al espíritu del hombre, especialmente cuando éste opta por la libertad y dinamiza a su frente en todas las direcciones posibles a su frente, no menos que las mías.

¿Buscas, entonces, interrumpí, tus semejanzas con los poderes que atribuyes al hombre?

En efecto, existe una similitud entre cráneo y atmósfera, existe una simpatía de profunda significación y rica simbología entre la diversidad del pensamiento y la riqueza innúmera de mis azules corrientes. Mi Rosa de los Vientos, libre en su movilidad, es semejante a la rosa pensante del cráneo tuyo. Así como toda mi atmósfera, mi ascendente imperio, cubre de dinámicas y libres energías la rigidez de la Tierra, tu espíritu hace lo mismo con la Creación. Salto sobre los obstáculos. ¿Mas no hace lo mismo tu alma? ¿Quién la detuvo? ¿Adonde no llega? Me lleno de voces y grito y clamo enardecido donde pretenden encadenarme. Tus concepciones más sublimes, ¿no son transparentes como el diluvio infinito de mis átomos? Tus ideas y tus sentimientos, ¿no tienen acaso todas las tonalidades de mis nubes y el graduado matiz de mis horas? Cuando dudas, y niegas y sufres ¿no se hace en ti la noche como se hace en mí cuando el sol me abandona? Tu despertar con el alba ¿no es idéntico a mi despertar?

Terminadas estas interrogaciones del Espíritu del Aire, se prolongó un sabio silencio. Lo interrumpí yo mismo, diciendo:

Ahora te sé más que nunca, como jamás podría sospecharte. Tus palabras me permiten verte y verme como nunca. Y te contestaré con otra interrogación: ¿Si soy igual a ti mismo, por qué me ofreces la libertad? Si la tienes, ¿podrá no ser mía al mismo tiempo? ¿A qué opción, pues, me obligas, al decirme que te elija o te rechace?

Te acorralo porque los hombres son ascendentes o descendentes. Adquieren la virtud del águila en la pluralidad de sus viajes y de sus empresas por todos mis caminos, o, mineralizados, se encadenan como rocas en su autoprisión, complacidos en ser espontáneamente esclavos de las fuerzas que los apresan. El ascendente es realizado en su totalidad de hombre. El descendente, subyace por debajo de la medianía de su propia especie, y es la materia útil de todas las tiranías, se originen éstas en cualquier sector de la vida planetaria del hombre. Mi ejemplo redime, sublimiza, es mi nube de oro en el cenit del mediodía. Crea hasta en los más sencillos, la jerarquía de la mayor dignidad.

Sólo se edifica en valores de afirmación y de energía. Tiene mi estatura, en el linde, por donde entra la luz del sol o de la estrella.

Ante aquel entusiasmo del Espíritu del Aire, contesté:

Ya no puede haber opción en mí, pues fui emocionado y ganado por la Rosa de tus Vientos, por la sublime Rosa de tu libertad. Mil veces, a orillas del océano ha vivido la rotación infinita de tu alma,

la plural definición de tu voluntad, tus genialidades y tus contradicciones, tu lógica, tus paradojas o tus caprichos, tu ley inteligente y tu anarquía temeraria. Libre siempre te contemplé, desdeñando los ofrecimientos del mar y de la Tierra y hasta creando los colores del cielo. No hay riqueza como tu riqueza. Ninguna dignidad llega a equipararse a la tuya, ni la del sol, preso en sus fatales geometrías. Tienes todas las cuerdas de la cítara, desde la brisa emocionada de su propia delicadeza, al huracán que se desenfrena en el rayo y en el trueno. Eres el ámbito azul por donde atraviesan, sin obstáculos, todos los pensamientos que suben desde la Tierra y todos los que bajan desde el doble cielo del día y de la noche. El oro es nada más que oro. El mando puede ser gloria y nada más que efímera gloria. El arte nos derrama en todas las almas. La filosofía, la ciencia, la teología, crean rígidos caminos a las distintas e inabarcables maneras y estilos de la verdad. En cambio tu libre Rosa es ilimitada, y no hay ruta imaginable que sea tuya. Así me quise y me quiero a mí mismo. ¿Puedo ser digno de uno sólo o de todos los goces? Si aún no fuera como tú, hazme como eres tú mismo en el más profundo centro de tu Rosa.

Y contestó el Espíritu del Aire:

Puedes ser todo si eres la libertad, y eres por ello mismo el Creador de todo tu ser. Piensa que el esclavo, ni siquiera es dueño de su esclavitud...

RETRATOS DEL FUEGO:

JOSÉ LUIS ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

(1978)

Para la querida amiga y exalumna
de Literatura, Dora Isella Russell,
como testimonio de afecto y admiración.

C. Sabat Ercasty.

Debo confesar que esta disertación sobre el escultor José Luis Zorrilla de San Martín, que me encomendara el "Servicio de Arte y Cultura" del Ministerio de Instrucción Pública, fue para mí algo inesperado y sorpresivo. Es cierto que he vivido dentro de la órbita del arte y que el mayor esfuerzo de mi vida, para él ha sido. Pero el arte abarca una materia tan amplia, tan difícil y tan diversificada, y su fecundidad en los siglos y edades ha sido tan rica y numerosa, que considero imposible dominarla toda en el conjunto de sus ramas. Yo, por temperamento, me refugié en el estudio de la Literatura. A pesar de mi paciente insistencia no creo haberla agotado. ¿Cómo pretender más, y realizar audaces incursiones en las otras artes? Las he frecuentado, no obstante, porque el conocimiento de la poesía requiere el complemento de la música y de las artes plásticas. Pero, sin espíritu de especialización. También las siento como formas de la belleza y como noble ocupación del hombre. Todo adquiere en la unidad del arte y en la idea una y perfecta de la belleza, la significación de un poema, es decir, de una creación. Cambiará la materia expresiva, los artistas utilizarán todos los elementos que ofrece la naturaleza para darle forma al mundo del espíritu, pero en el fondo el hecho artístico es único, es una realización del hombre mismo, es

el hallazgo de los signos que dan permanencia a una idea, a un ensueño, a una emoción, a un hecho humano, es detener en el tiempo del alma el instante mismo en que el alma se sentía más bella y más honda, para arrebatárselo a la muerte. ¿Qué importa que la obra sea templo, escultura, cuadro, sinfonía, oda o ditirambo? Como las caras de una pirámide acaban por unirse en el vértice, así todas las artes acaban también por unirse en el hecho divino de la creación, en la expresión de la belleza eterna y única. Y en ese sentido todas las creaciones estéticas se hermanan, se unifican y se equivalen y el artista que ha cultivado un modo de la belleza, participa de las otras artes y se connaturaliza con ellas aunque jamás haya trabajado con sus correspondientes medios de expresión.

Debo decir también, que en el caso de José Luis Zorrilla, actúan respecto a mí otros elementos que en cierto modo son también un arte, y en primer lugar, la amistad. Recuerdo que en la primera década de este siglo, Zorrillita como le decíamos cariñosamente, con su inquieta y hermosa adolescencia, apareció por la vieja casa de la Universidad, en la primera manzana de la calle Cerrito. En un principio lo mirábamos algo indecisos, sin saber qué hacer frente a él, que venía tan natural y sencillo, con la carga de su glorioso apellido paterno. Pero nos agradó de inmediato su efusión, su bondad, un cierto aire de misterio y curiosidad insistente con que miraba las cosas haciéndole contraer las cejas que limitaban en límpida curva el borde de su frente, ya preocu-

pada y reflexiva. Era un adolescente como todos nosotros, sin duda, pero había en él un sello particular, un toque de extrañeza y originalidad que configuraba un carácter distintivo, un resalte de alma que rompía la monotonía de los iguales. Era un estudiante y no era un estudiante. Estaba siempre un tanto afuera de la casa de estudios. En la otra cosa. Tal vez su mente no se acomodaba a toda aquella canalización programada y rígida de la cultura oficial. Tal vez traía de su propia casa una superioridad que José Luis sentía ya en sus efectos aunque no la sospechara en sus orígenes. Muchas etapas de la edad las había apurado ya entonces, sea por la presencia del padre, por el misterio y afirmación del ambiente familiar, por el toque diario de la entrevista belleza que promovía su vocación; sea por lo que el poeta en honda madurez, transmitía al ambiente hogareño, ya porque lo veía en estado de creación, o porque en voz alta dijese su obra con aquel su fervor apasionado, o porque en el hablar de cada día vertiera una parte de sus experiencias superiores y de los naturales tesoros de su intimidad. Todas estas singularidades imantaban nuestra atención y crearon una amistad un tanto quebrada y oscilante en su curso exterior por los dispares azares de la vida, pero invariable y bellamente sostenida en la intimidad profunda y en una mutua comprensión que no ha podido interrumpirse jamás.

Un día, cursado ya por José Luis su cuarto año, abandonó las aulas. No sería abogado, ni médico, ni arquitecto. Ni siquiera terminaría el consabido bachillerato. La crisis de la vocación se había

producido tras una contradictoria y valiente polémica interior, donde cada parte del espíritu establecería su imperiosa demanda. La última palabra no estaba pronunciada todavía, pero era evidente que el arte predominó, y su argumento fulminó como un rayo toda otra determinación del espíritu. El padre se hizo en el hijo como la luz se hace en la estrella. El Verbo se transmutó en bronce y mármol. Mientras el futuro escultor estudiaba sus rancios latines, sus números y sus físicas, el otro yo, el profundo, el fatal, el imperioso, crecía arcanamente en las zonas de secreto y magia de su personalidad. Agazapado y recóndito, oprimía sus ramajes en tanto las raíces de la verdad interior los alimentaba con la íntima savia de la belleza. Tal vez algún día de prodigiosa hermosura, bajo la potencia de un sol primaveral, el recóndito y prensado árbol quebrantó sus prisiones, y la conciencia quedó deslumbrada ante aquel ímpetu que provenía de las entrañas tiránicas del destino. No fue azaroso capricho, ni ecléctico diletantismo, sino purpúreo hachazo de la fatalidad. El camino se abrió solo, como se abre una grieta en la llama o se crispa una arruga en la montaña. No había más que lanzarse a él y emprender la marcha, la fe clavada en el corazón y la voluntad, y como fuego, en las manos.

José Luis se sintió en el centro de una esfera, de pie en la belleza universal, soñando senderos, imaginando itinerarios, calculando posibilidades, porque su vocación, dentro del arte era aún indefinida, y el medio expresivo no se había impuesto con su radical potencia. Diversos fervores lo ata-

ban. Lo conmovían el ritmo y la melodía de la palabra que dan la maestría del verso y de la prosa. Lo acariciaba el color, última piel que cubre de hermosura el cuerpo silencioso de las cosas. Lo estremecía la forma llena de densa plenitud, donde la vida arde en el activo proceso, y los volúmenes impulsados desde adentro denuncian el enigma de cada actitud humana. Y entonces, no ambicioso, sino en el tanteo de las indecisiones, nuestro joven amigo escribe, pinta y modela, tal vez con cierta desconfianza interior, pero firme en su anhelo de creación, y de belleza. El paso imperial de la vocación estaba dado, sólo faltaba el toque definitivo que ciñe la actividad al perfil maestro del espíritu.

Tenía que hacerse esa última revelación. Tal vez el azar, fiel compañero del hombre, suscitase la perfecta circunstancia, y desde lo hondo del espíritu saltara, cual una saeta, el grito certero que sustrae el signo escrito por los dioses en la final intimidad del ser. Una tarde, allá por el año 1908, Zorrilla visita la casa del pintor Milo Beretta. No nos es posible callar aquí el exquisito recuerdo de aquel hombre, tan vibrante, tan acendrado, tan comunicativo. Era un maestro de arte a la manera socrática, un fino y sabio conversador, una fuente de claridad y de experiencia, generosamente entregada a todo joven que sufriera las inquietudes e indecisiones de su vocación artística. Grande y noble en amistad, no medía la donación de su espíritu, y con rara habilidad de psicólogo, vertía, sutil e incisivo, la palabra clave, capaz de abrir un sendero de luz en las nieblas que a veces obnu-

bilan los primeros pasos. Su casa, aunque no fuese una escuela, estaba abierta a todos los artistas. Era taller y era museo. Telas y esculturas disputaban la atención del visitante. Estaban dispuestas con habilidad y gracia, ni en desorden romántico, ni por demás ordenadas, lo que contribuía a acentuarles lo sorpresivo y lo connatural a la vida misma: ritmo y azar.

Y una tarde, allá por el año 1908, Zorrilla visita la casa del pintor Milo Beretta. Éste había traído desde Europa muchas obras maestras dc artistas modernos. José Luis, maravillado, mira, contempla y se emociona, hasta llegar por momentos a un leve temblor emotivo imposible de disimularlo. ¡Qué dicha más pura y más honda para sus jóvenes y agudísimos ojos! Otras personas están allí, se habla con fervor. Las ideas y las impresiones surgen en el verbo, arden breves momentos, y caen en el inmenso silencio con que el fugaz minuto se va por el tiempo llevándose las voces de los hombres. Milo Beretta tiene ahora en sus manos, labrada en mármol, una cabeza fina y honda, deliciosamente esculpida por el célebre Medardo Rosso, uno de sus ídolos. Sabiamente la mueve en la luz para realzar, por grados de revelacióu sus afinados y misteriosos perfiles. Habla entre tanto con su raro poder de simpatía. José Luis contempla y escucha. Está como anudado a la escultura. Su alma se pliega como una tela húmeda y perfumada al mármol divino. Interiormente siente un goce de música esculpida, percibe los ecos psíquicos de aquella forma en su propia intimidad, y se ve a sí mismo, por adentro, en su ciudad oculta, en

su mundo estatuario, y contempla, como en un sueño, lo que aún en él no es nada más que un sueño: héroes, santos, poetas, músicos, pumas, águilas, atletas, gauchos, corceles, árboles, llamas, rocas, formas rígidas en su violencia mineral y a la vez dinámicas por su vital impulso... Y desde ese momento Zorrilla fue escultor.

De inmediato, este peregrino de sí mismo que acababa de encontrar el resalte poderoso de su vocación, se clava en su centro espiritual y comienza a crear su buena salud de artista, se afirma con ardentía viril en su propósito, siente ante la informe arcilla su honradez de obrero y de artífice, y golpea, martillo y escoplo en mano, el austero granito y el melodioso mármol. Y en los años, sin un momento de tregua, aquel primer sueño que hizo desfilar las formas interiores sólo concebidas en la sustancia irreal del alma, emana a la luz de la realidad, con su plasma radiante, firme y permanente en la ruda piedra y el quemado metal.

Cuarenta años han transcurrido desde entonces, y aquella amistad de la adolescencia, no ha podido quebrarse. Yo diría más bien que el tiempo la ha hecho más honda, más comprensiva y más necesaria. Es como una comprobación de uno mismo. El corazón requiere y exige esos testimonios, esos reactivos de su verdad, de su nobleza y de su temple. En medio del vértigo de la vida moderna, esas perduraciones lentas y tenaces, parecen burlarse de los aviones, de los ferrocarriles, de la irrupción casi salvaje del tráfico comercial, de la ingenua aceleración de las modas, del cam-

bio aparente que sólo pinta y despinta el juego exterior de las superficies. Y es que esas perduraciones lentas y tenaces se afirman en las raíces de los valores fundamentales de la vida, y se pone a prueba la capacidad humana de dirigir los hechos desde las entrañas del ser, sin que nos arrase lo esencial, en lo verdadero, en lo bello, en lo trascendente, la ilusión que se va de prisa, cuando ya ni sabemos a dónde vamos.

Y en un día entre los muchos días, y bastante próximo a éste de hoy, para sentir al amigo, me encamino hasta su taller de Punta Carreta, y anoto lo siguiente:

Crece junto al portal de la geométrica fachada, impetuoso y grave, un eucaliptus de recio tronco, cuya corteza, caprichosamente dibujada, cambia de año en año su labrada tela, en tanto el árbol que ciñe ensancha su viva columna. Alto y firme, está allí el eucaliptus con su gigastesca talla, visitado por la oscuridad y por la luz en la rueda de los días y las noches, soportando altivo, las rachas del viento del mar, y mezclando a las ebrias sinfonías del oleaje el cimbreado canto de las ramas. Pasamos junto a él. Nos complace abrazarlo. Nuestros dedos rozan sensibles, su vitalidad titánica. Su piel olorosa nos refresca las manos. De las hojas incontables caen sobre nuestra emoción una tierna sombra y una serena fragancia. En su majestad, en la potencia con que se ha plasmado a sí mismo, en la laboriosa fecundidad de sus semillas, en el ahinco de sus raíces, en la corriente de savia que se eleva desde la sombría madre a la luz paternal, en su hondura terrestre

y en su salto vital hacia el cielo, vemos simbolizada el alma del artista que, inclinado hacia la arcilla del astro, imprime en ella las formas que emanan de su fuego interior, la encendida idea de los arquetipos, hasta convertir la materia en el Verbo de su propia espiritualidad.

Tras esta agradable sensación y bajo el sentido alegórico del árbol, penetramos en el amplio taller de José Luis Zorrilla de San Martín. De pronto, tras los primeros pasos, nos sentimos en su zona penumbrosa, entre estatuas, bustos, relieves y bronces, suavizados por el leve toque de las horas y por el polvo fino que dejan caer los años desde las moliendas de la lluvia, del sol, de la brisa y del viento sobre la roca del mundo. Los ojos se complacen en aquella ciudad silenciosa. Nada se mueve, pero en todo vibra un pensamiento oculto, pulso de la frente humana que los dedos del escultor eternizan en el plasma del volumen y en el nervio de cada perfil, donde la luz tiembla como en el plumaje de un ave. Todas las actitudes, todos los gestos, parecen detenidos en las formas invariables de la escultura. La muerte, pensamos, no podría ser más rígida. La quietud se hace inalterable en el bronce, en el mármol, en la arcilla misma. Pero sentimos a la vez que allí se mueve el tiempo. Esas cabezas, esas manos, esos torsos, emanan el pasado hasta incrustarlo con ansiedad en el latido del presente. Cada estatua es un manantial de la duración. El escultor que modela el barro y le comunica su propia sensibilidad, crea el vencimiento de la muerte, y sumerge en un vivir eterno las horas efímeras de la enso-

ñación. En el fondo, la materia real del arte no es la piedra ni el metal ni el color ni el sonido ni el verbo, pues éstos sólo constituyen el soporte de la expresión. La obra de arte es tiempo que no muere, tiempo resurrecto, tiempo robado por la emoción y la creación al sueño infinito de la muerte. Allí, en el taller de José Luis, la edad del escultor nos asalta desde distintas lejanías, nos rodea, se manifiesta impetuosa, emanando desde todas sus creaciones. Los días de su alma no han pasado. Nos esperan. Nos golpean suavemente los ojos, están inscriptos y vivos en la escala de la Belleza. Desde las hundidas horas regresan por una finísima reversibilidad de los instantes, pues en lugar de morir en la profundidad de la materia, vitalizaron a la materia misma, ansiosos de no naufragar en las tediosas cenizas de la Nada.

Ahora la luz viene de lo alto. El techo es transparente. La ola del sol, semifiltrada, penetra como un grito de júbilo en el silencio de una selva. Los reflejos se distribuyen, armoniosos y reveladores, cual una vestidura sutil del fuego cósmico, sobre los cuerpos esculpidos. Las formas arden, y la piedra y el metal cantan. Sobre la arcilla gris y húmeda, el fulgor florece de vitalidad. El polvo se crispa, y el perfil es llama. La ciudad de José Luis arde en un mediodía de trópico. El pulso del tiempo se intensifica. Las raíces de la duración beben el pasado y lo irradian en el hachazo del presente. Treinta años se mezclan en una paradójica resurrección. Miramos entonces las manos milagrosas, y las oprimimos luego... Cayeron las hojas de los árboles. Miles de veces las olas

del ancho río se aniquilaron en las rocas y en la arena. Los cabellos de sol o de ébano se inclinaron, delicados, hasta la desmayada luna. Nada volvió a ser su ser antiguo. El cambio, flujo del devenir, impuso su ley terrible, y la belleza misma se marchitó sobre el orgullo de los cuerpos irreprochables. Y entonces miramos de nuevo las manos del escultor, fina prolongación de su vida, flor de los nervios y pétalos del alma; las manos que vencieron a la muerte y al tiempo; las manos sabias y viriles, hondas y creadoras, que pugnaron sobre la impasibilidad de la arcilla para clavar en ella el anhelo de la inmortalidad, el angustioso destino del arte lanzado hacia la perpetuación del espíritu. ¡Las manos! Cambiaron ellas mismas. Perdieron la ceñida línea juvenil. Arrugaron sus dorsos, se cargaron con el dibujo fatal de los años. Llenas de historia, recias y dulces de experiencia, creadoras de aquella ciudad siempre joven, las veía emanando un pueblo de amor y de fervor que es la verdad viviente de un hombre, de un hombre que fue tomando una a una sus horas para que flotaran sobre los niveles del pasado, en el latido de cada instante nuevo, como los pájaros de una selva, al estallar la aurora —flechas prodigiosas de la vida— vuelan sobre la sombra donde los aprisionó la vencida noche.

Hacia la izquierda, matizado de verde, penetra en el taller un mágico chorro de luz. Voy hacia él. Una puerta se abre, y me ofrece la entrada a un pequeño jardín. El sol lo llena entero, cual si lo amase y se complaciera en derramarle su energía y su júbilo. Una enredadera de flores celestes trepa

hasta lo alto del muro, y femeninamente, se inclina en él, besándolo con la levedad de sus labios florales. Sus guías entretejiéndose, ondulan en la brisa como los flancos de una doncella bajo el amoroso deslizamiento de la primavera. En un rústico zarzo de torneados travesaños, divaga, voluptuosa y ebria de luz, una parra de extendidos pámpanos, bajo la cual podría haber labrado sus cuartetos de vino, de fuego, de ebriedad y de melancolía, el persa Omar Khayhán, soñando en el verso, en la mujer, en los sabores de la vida, frente al pozo de la Nada. A la izquierda abre su corola elástica una fuente donde los picaflores bañan su vuelo repentino, y beben la minúscula gota en la copa radiante del aire. El líquido espolvorea sus gemas vivientes. Vuelan sin cesar, inmóviles por momentos en la lluvia suspendidos como astros, vibrantes como llamas. Luchan en dardeantes batallas de amor y hurtan a las hondas flores el zumo erótico que empapa el nacimiento de las semillas. El ligero gotear picotea y riza el agua verdinosa del musgoso tazón. En el afinado silencio zumba el ala de las abejas, y el agua que cae vibra en el agua yacente como el arco del violín en el rendido encordado.

En aquel breve trozo de tierra, apenas diseñado por el encanto ingenuo de una jardinería que es casi lo espontáneo, la vida se estrecha a la vida, la dalia toca a la dalia, en el ciprés se esconde medrosa la liana florecida, el camalote fluye su corola casi suspirada, la sagitaria afina su dardo arrojado hacia el cielo, la salvia rústica alterna con la aristocrática rosa, el árbol de combado ra-

maje sombrea a las más humildes florecillas, cada vida tiene su puñado de tierra para beber la vida, el pájaro medra y prospera en alegría y canto, la mañana es gracia, el mediodía es himno, el ocaso es suspiro, la noche es penetración y silencio.

El escultor ha querido que la variedad burle la pequeñez de su predio. De ningún modo se ha limitado la multiplicidad y la lujuria de la Naturaleza. Hay orden y desorden, estilo y locura, forma y caos, sombra justa y no impedida luz, geometría y capricho, quietud y danza, anchos y largos tonos y abigarrados tapices. Pero, además, hay algo mágico, algo que no parecería posible en aquella dimensión; hay, junto a la gracia de la miniatura, la altitud que crea una impresionante grandeza. Este jardín es un jardín estático. Falto de anchura como para transmitir la equilibrada armonía de lo clásico, ha irrumpido, mediante el afinamiento de los cipreses y sus arriesgadas siluetas, en una estilización que asocia el atrevimiento del gótico, el vuelo de las finas columnas, el perfil ceñido de las ojivas, la agudeza de los torreones que flechan el azul levantando el espíritu en el vuelo del arrobamiento.

Hacia la hora del ocaso, al desmayarse la divina luz del sol, los cipreses se doran levemente, con un oro pálido y espiritualísimo, en aquella parte de su verdor que se enfrenta hacia occidente. Del lado oriental, cenicientas franjas de tristeza descienden desde lo alto hasta la tierra. ¡Fuego y ceniza, doble ilusión del crepúsculo, último trance de la tarde, degradación de la luz que la sombra uniforma al toque de la noche, cuando el pájaro

ha escondido su canto en el sueño, y el élitro del grillo mueve en el silencio el fluir indefinible de los instantes! Y entonces, los finos y tenebrosos cipreses, altos y mudos, nos levantan los deseos del alma —elevación y elevación— para desprenderlos y extraviarlos en el laberinto de las estrellas.

El escultor me ha dicho que es esa la hora en que contempla interiormente sus propias esculturas, y en que las proyecta a modo de sueños y siente que lo rodean y hacen regresar los tiempos de cada creación. La noche le va cerrando la luz exterior, y el espíritu la sustituye por la luz interior. Y siente entonces el goce de la compensación, el premio de una voluntad intensamente exigida y el anhelo de superarse sin un día de tregua. La noche, agrega, es siempre la que más nos une a nosotros mismos.

Quien entra desde la calle hacia el jardín de José Luis, se siente inclinado, repentinamente, a prolongar la mirada que se alejará de los ojos rozando los troncos y los delgados cuerpos de los cipreses. Descenderá, tres escalones, y será halagado por el frescor de la sombra que se apoyará, perfumada y suave, en las manos y en el rostro. Acaso necesite detenerse un instante para armonizar el espíritu con el ámbito del vital silencio, con la fineza de la humedad desprendida en olas sutiles desde la savia interminable. Sus ojos, por leves trances saldrán de la unidad del conjunto al breve número de cada detalle. Recorrerá el juego espontáneo de las líneas, el ondular de las mezcladas curvas, el crecer decidido de las potentes rectas. Sondeará la profundidad de los ramajes, los tajos de

luz que se adentran en la copa de los árboles. Estrechará el dibujo azul o gualda, de cada flor o de cada pétalo. Verá la raíz tenaz sumergiendo sus porosos hilos en el pingüe espesor del barro. Deteniéndose otra vez, le parecerá oír la entrañable sinfonía de las formas, la emanación de tremendo misterio que sube del limo amorfo y crea con él todos los estilos de la vida, cual si estuviesen escritos en el espacio donde los seres pasan de la idea al volumen, o en una plástica inteligencia recóndita en el espíritu de su savia. Vivirá entonces el apasionado poema del ser uno y múltiple, el poema de la marea vital para el que no existe tregua posible en su elevarse y en su desvanecerse. Y configurada toda la imagen, tocará con su esencia en el misterio del arte, cuando de la sustancia uniforme del alma, como de un planeta, comienzan a desprenderse las formas del poema, de la estatua, de la sinfonía, de la danza, y la mente del artista desarrolla en la materia de la expresión, el mismo oleaje de vida que irrumpe de la esfinge infinita de la Naturaleza. Tal vez en ese mismo minuto su emoción se detenga en el angosto pilar que soporta la cabeza en bronce del poeta de Tabaré. El artista del metal lo ha levantado allí en homenaje a su propio padre, el artista del verbo.

Mirando aquella frente y aquellos ojos que se espacían en el sacro ámbito, entre los delgados cipreses, se diría que el jardín del hijo es el jardín del padre, y que las formas musicales de la palabra son las mismas formas musicales de la escultura, y que éstas y aquéllas, a la vez, son las mismas formas de la Naturaleza.

La emoción y la reflexión se cortan de pronto. Dos avecillas, de las más pequeñas, se han ocultado por detrás de la escultura. Las buscamos curiosos, y no podemos hallarlas. He aquí un acontecimiento extraño. Pero el misterio se aclara muy pronto. El cuello del busto nos muestra la abertura por donde el mismo busto fue vaciado. Los pajarillos entraron por allí, viven dentro del cráneo del poeta, apoyan su lecho de briznas en la cavidad bucal, en el pasaje delicioso de la palabra lírica, en donde cada letra del verso creó las alas de la música, y hecha himno, elegía, salmo, se abrió paso por los infinitos caminos del aire y de la luz. Todo es mito, símbolo, alegoría. La naturaleza es lenguaje.

Detrás de cada hecho trasciende el oculto sentido del Universo. El azar mismo es siempre una creación cuyo misterio nos ofrece una clave. Lo sorprendente nos aguarda en todo lugar. El ave no sabe esta leyenda prodigiosa, que es una verdad ante nuestros ojos. Todos los poemas parecen hechos de antemano. Aquí, en los altos y finos cipreses, el prodigio nos esperaba. En la broncínea cabeza del poeta muerto, las aves del canto viven aún. Dos pajarillos anidan en un busto, y nos han revelado el enigma de la inmortalidad. Imaginad ahora la noche, el altísimo silencio, la callada migración de las estrellas, el paso tembloroso de las horas oscuras, y pensad en el busto de Zorrilla, en el breve nido, en las dos avecillas sobre los gérmenes del amor que las une, en la creación de la vida próxima ya a brotar de los huevecillos albos, e imaginad el nacimiento de las alas y del

canto, allí mismo, en el pasaje de la voz, en la vertiente de la poesía, y advertiréis el sabio signo de los escondidos ecos...

Hacia la izquierda rodeada de follajes y de flores, en prudente dimensión que no desentona con la estrechez del jardín, el escultor ha colocado desnuda, ceñida por el tierno racimo de sus hijos, una madre, reclinada, de formas frutales, de noble perfil, una Eva plena y firme, fecunda perpetuadora de la especie. Desde su altura, preside el coro vegetal de la vida. Las hojas dibujan su sombra sobre sus lácteos pechos, o se apoyan en el perfil de sus muslos, y algunas semillas han rodado sobre su vientre como si escuchasen el llamamiento de la fecundación. El tiempo fluye de su profundidad como el trigo emana de los surcos... Próxima a un arco de abrazadas lianas, una Erato de bronce, apasionada y patética, alta la cabeza que busca el cielo, expresa, en intensa mezcla de dolor y deleite, el canto universal del Eros infinito. Sus manos vehementes tañen la lira heptacorde. Del pecho quemante emerge el canto que se desprende del doble incendio del alma y de la sangre. Pienso en Delmira. La misma conmoción, la misma llama, el mismo goce, la misma agonía. Pudiera ser el signo que quemó aquella carne sublime... Y en el fondo, hacia la izquierda, donde más se oscurece la maraña de las ramas y el laberinto de los follajes, hay un peregrino que ha truncado su paso ante el misterio de aquel jardín contradictorio. ¿Cómo atravesarlo sin detenerse en él? ¿Cómo burlar los lazos sensibles de su dulzura y de su voluptuosidad? Es la tierra fértil,

y no el árido desierto. Mas el peregrino busca como guía los finos extremos de los cipreses, místicos, agudos, apuntando al cielo, levantados en éxtasis, y sin apartar de ellos sus ojos sobrehumanos, al llegar la noche, cuando el grito solar de la vida se calle, proseguirá su marcha, recto de soledad. Y detrás de él caerá la luna, y con ella revivirá el suspiro de la fuente y la canción de Erato flechará los deseos, y la rosa abrirá sus labios bajo la herida de la estrella, y descenderá del racimo la gota mágica de la ebria locura, y la madre se estrechará a sus hijos, y la liana beberá el zumo fragante de los cipreses, y la plateada luz se plegará a las formas para recibir en su tela finísima el mismo amor que sostiene el vuelo del Universo.

Tal el jardín de José Luis Zorrilla. ¿Qué quiso encerrar el escultor en aquel breve trecho de la madre tierra donde las estaciones del año acuden invariables, sin invertir jamás el ritmo de su paso y el orden de sus rostros? Reposo del invierno, juvenil despertar de la primavera, madura plenitud del estío, pálida agonía del otoño, y otra vez, tras el invierno caduco, la vital explosión de la primavera. Allí el artista asiste a las maravillas de la creación. Ve, al avivarse los poderes del Sol, cómo suben las hojas y las flores desde la sed de las raíces, y cómo todo lo que vive, por forzoso destino, penetra en la forma. En lo vital, y aún por debajo de lo vital, cada elemento crea su estilo, y en sus profundidades lo mismo que en sus superficies hay una geometría en acción. La ondulada del mar, las pirámides de la llama, y la

circunferencia de los troncos, las espirales de las lianas, las sinuosidades de las nubes, las paralelas del viento, las moles redondas o quebradas de los roquedos, la flecha del ave, la cuchilla del pez, la horizontal de los toros y de los corceles, la vertical del hombre. Tal el más entrañable enigma de la Naturaleza. Crear, es un orden, una jerarquía, una escala, una superación. Cada ser entra en un molde pensado por el astro en su recóndita sabiduría, y lo que no puede llegar a una forma, lo que no penetra en el infinito misterio de la geometría, lo que no se limita en líneas y contornos, según los estilos maravillosos del cosmos, eso no puede llegar a ser, no logra asomarse como una evidencia y como una realidad a la luz de los altos espacios. Por eso mismo cada ser busca su estilo, y cuaja su plasma en una forma definida, y toma su color, y acepta su voz, y aguarda su hora, y penetra como un rayo de la vida a la ininterrumpida palpitación del Universo.

Hablo en su jardín con José Luis Zorrilla. De pronto, el escultor ha pasado ante mis ojos, en casi repentino tránsito, desde sus primeros años juveniles, a este alto y maduro año de su vida. Lo contemplo después fijo en su ahora. Como en una tela perfectamente encuadrada, está de pie en la puerta entre su taller y su jardín. Cae lenta una tarde divinamente melodiosa y suave. Se experimenta goce profundo y delicado de sentir y de meditar. Entre tanto su voz afirma con una satisfacción que sólo los elegidos pueden comprender hasta el fondo heroico de su sentido: se puede tener mucho menos que otros hombres, se puede

haber trabajado y luchado inútilmente y mucho más que otros hombres. Pero la creación es un goce único, y el más completo, el más lleno de verdad, el más semejante al propio misterio con que la Naturaleza se sostiene y se renueva a sí misma, perpetuando el calor y la potencia de la juventud. Y afirma: el arte, es cierto, representa muchas veces un sacrificio; nos quema día a día, nos exige cada vez un paso más; nos burla, nos punza, no nos concede treguas, es una verdadera fatalidad. Pero no lo abandonamos nunca, añade. Nos da algo tremendo, algo como la generación misma, algo noble y hondo, cual esas formas que están viviendo en el jardín, hijas del genio de la tierra, verdaderas, concretas, entradas y estremecidas en su propio dibujo y en la trama vital de su sustancia.

Es ya como un instinto en José Luis pasar de su jardín a su taller, y desde éste a aquél. Yo veo la tierra, capaz de todas las formas, lo mismo en el uno que en el otro. Veo el esfuerzo y el esplendor de la Naturaleza levantando sus creaciones desde la profundidad del limo, y sometiéndolas al ritmo y a la melodía de las líneas, y veo la arcilla informe bajo las manos del escultor amigo, organizándose, jerarquizando su ciego destino, convirtiéndose por grados de inteligencia y espiritualidad, ahora en héroe, ahora en diosa, ahora en efebo, ahora en santo. Entonces pienso que el escultor es una prolongación de la Naturaleza misma, que el pensamiento que está en ella, está en él. Concibo que para el artista todo sea símbolo, y que haga un lenguaje de sus formas, como la propia tierra

hace el suyo en el instante de sus creaciones. Pienso ante el escultor Zorrilla, y en todo lo que modelan sus manos, y lo veo añadir el esfuerzo de su inspiración a la forma aún increada en la arcilla, pero sí en su espíritu. Sensibilidad e idea se atraen. El artista indaga el signo interior que anhela inscribir en la realidad objetiva y plástica. El momento inspirado en que se rinde la plenitud de la obra, ha de llegar, como para el grano de trigo que parece dormir en el surco, llega el instante en que comienza a elevar, arquitecto de su propia sustancia, la fina, la delicada columnita de su tallo.

Zorrilla, que tenía mucho de poeta y recitaba los poemas magistralmente, me decía que el naturalista, habituado a captar los seres desde su profundo origen, captaba el proceso biológico, como el escultor hace conciencia de su trabajo. Al contemplar un árbol en su esplendor, no se conformaba con ser sólo el testigo de su armoniosa presencia, sino que lo veía en su crecimiento, lo sorprendía cuidadosamente replegado en la semilla, y desde ese punto mismo se complacía en seguirlo en su sencilla y natural historia. El presente incluye al pasado. Los instantes se van, decía José Luis, no sabemos a dónde, pero dejan su obra en cada ser, tejen o destejen la trama de los hechos, añaden o quitan, según el trance que atraviesa cada realidad, algo que entonces no era, y que ahora es.

El escultor sabe, ante la presencia de un hombre, agregaba aún Zorrilla, sentir cada tiempo. Sus años lo envuelven y lo penetran. Está acribillado de inscripciones. El pasado está esculpido en su

forma, en su expresión, en su palabra. Lo invade, lo llena de signos, lo trasciende. El escultor lo lee de afuera hacia adentro, y luego, al modelarlo en la arcilla sabe imponerle la síntesis y la totalidad.

Las palabras del escultor se detienen. Lo miro fijamente, y en cierto modo, como por una prolongación de su presencia, lo voy leyendo en el tiempo de su duración. Conozco aproximadamente su historia de hombre y su trayectoria de artista. Lo sé nacido en Madrid, en la legación de nuestro país, unos meses antes de cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento de América, unos meses antes de que su padre hablase en el convento de La Rábida, encarnando el Verbo de nuestro nuevo mundo. Lo sé luego floreciendo su niñez en París, familiarizándose con el matizado idioma de Racine y de Hugo. Lo contemplo luego en nuestra ciudad, lo veo entrar en ella a su indefinible adolescencia, cuando la vocación va a inscribir el signo de fuego de su permanencia en lo íntimo de la personalidad. Lo sorprendo en las aulas universitarias viviendo una aventura más de su inquietud y de su esperanza. Ya en el ámbito del arte, rememoro su primera exposición en la sala de Cateli y Moretti. Tiene recién 17 años. Poco después, deleita su espíritu curioso leyendo los *Motivos de Proteo*, de Rodó, e ilustra, con frescas y finas viñetas, tres de las magistrales parábolas del gran maestro de la prosa, bien compenetrado de sus movimientos plásticos y de su mental simbolismo. Al ser publicadas con un breve prólogo del autor de *Ariel*, éste anota: "Acaso hubiera

opuesto yo algún reparo en cuanto al interés o la oportunidad que la gente pudiera hallar en la idea, pero fue suficiente para vencer todas mis dudas la consideración de que el texto mío dará oportunidad para que luzca la precoz maestría de su lápiz el joven artista que han llamado ustedes a colaborar en la obra y parece destinado a mantener los prestigios de su apellido ilustre con la madurez de sus lisonjeras promesas".

Algunos días penetra el joven Zorrilla, lento e introvertido, hacia los fondos del Prado, tenso el espíritu, en polémica su esperanza y su anhelo, a la vieja casa quinta de Agustín de Castro. Varios jóvenes se disputan allí, en bella y honda lucha, becas de estudio artístico para la magistral Europa. Se ha medido a sí mismo, y alimenta esa confianza de quien se ve obligado al azar de los jurados. Triunfa y retorna a la dulce Francia de su niñez, mas ahora con una conciencia sobreavisada, con la grave emoción de su responsabilidad, con fiebre y sed de hacerse a sí mismo, y abrir así el camino seguro por donde desfilarán sus creaciones. Llega a París cuando la guerra del año 14 madura su gestación, tras una larga paz, que como todas las paces humanas, no son otra cosa que una tregua de las rudas batallas. Tras una breve estada en Lutecia, se encamina a Italia, y al llegar a Florencia se siente detenido por el prestigio de su tradición y su belleza. A todo esto, la guerra había estallado, ciega, brutal, impetuosa. No fue posible permanecer en aquella Europa agitada y estremecida, y a fines de diciembre de 1914, Zorrilla reaparece en nuestro Montevideo, con sus estudios

interrumpidos. No obstante, algo grande lo ha emocionado. Era la hora Rodin. Vio, se compenetró y amó las producciones del profundo maestro. Captó, con los finos tentáculos de sus nervios, la humana sensibilidad, la hondura psíquica, el vital anhelo, la pasión dinamizadora, el calor y el elán de su obra. Admiró también la terrible tensión de su voluntad y la sagrada belleza de su sacerdocio y de su artística unción. Alto ejemplo, pensó, lección activa y fecunda, para quien está sostenido por el entusiasmo y la esperanza en la hora grande y silenciosa en que se hace la verdad en uno mismo.

De Florencia trajo José Luis dos mundos humanos y sobrehumanos: Donatello y Miguel Ángel.

Los dos le mellaron sus entrañas de artista. Pasaba del uno al otro, para medirlos en la desnudez de la sinceridad. La intimidad quemante, el dramatismo interior, la pasión ansiosamente espiritualizada, la forma ceñida y densa de expresión de Donatello, le parecían insuperables. La majestad de lo grandioso, la titánica potencia, el desborde universal y sobresecular de Miguel Ángel, con la esencialidad y el impulso de sus arquetipos, le creaban a Zorrilla esos estados casi divinos de adoración en los que se pone, con anchura de océano, todo lo mejor que somos capaces de darle a los supremos creadores, en razón de esos amores que nos hacen como partícipes de la majestad de los dioses.

Aleccionado por los artistas del viejo mundo, rico de experiencias, enaltecida y tenaz la voluntad, trabaja de sol a sol, con esa secuencia que

lo ha caracterizado siempre, firme, sencillo, limpio el corazón de toda maldad y seguro en su bondadosa hombría. Depura y vivifica el modelado. Busca la expresión briosa, profunda y brillante a la vez. Estudia actitudes y posibilidades simbólicas de la realidad plasmada. Amplía y acendra su cultura artística y literaria, para poner a contribución en su obra, todo lo que implique jerarquía y excelencia idealizadoras. Afirma su seguridad y su maestría, y por inquisitiva necesidad, se sondea para saberse mejor, y para darle a su trabajo impulsivo y un tanto arrebatado, la necesaria vigilancia de su conciencia, conciliando así su pasión romántica con la gravedad de la disciplina clásica. Entre las obras de esa etapa merece destacarse su monumento a la Batalla de Sarandí, en donde vemos a la india como originaria virtud de la independencia y como raíz autóctona de la nacionalidad, y al puma celoso, arisco, replegado en la crispación de su coraje y siempre resuelto a su arrojo avasallador.

Hacia el año 1922, José Luis Zorrilla, ya casado y padre de dos hijas, vuelve a Europa. Un alto batallar le encrespa el entusismo.Pondrá a prueba toda su capacidad y todo su ahinco. Alquila un viejo taller en una antigua y condenada callejuela, que se enfrenta al muro almenado de la cárcel de la Santé, en donde evoca en su rigor y en su frialdad primitiva, la etapa de los Luises. Allí concibe y realiza su monumento al gaucho. Muchas veces, desde las ventanas, contempla la vetusta y sombría prisión, imagina las cadenas y los cepos y las conciencias oprimidas y esclavizadas. ¡Estupendo

contraste! En su arcilla, fresca, dócil, húmeda, se van esbozando el corcel y el jinete, y en ambos, la actitud andante ante los abiertos campos de América, las vastas distancias casi desiertas, vencidas por el tropero y el domador, por los soldados aguerridos y los caudillos visionarios, bajo cuyas miradas libres y tenaces, habrían de plasmarse dos nuevas naciones.

Un día, pasado al yeso, el monumento al gaucho aparece expuesto en el más importante Salón de París, entre tres o cuatro mil obras. Atrae, impresiona, merece el serio y valorador comentario de la crítica, y obtiene, como justa retribución, la medalla de plata. El bronce llegó a nuestra ciudad, pero era difícil para el artista traer también el yeso, y nuestro primario héroe de las anchas praderas, bajo los martillos implacables, fue convertido en polvo. También trajo Zorrilla desde París su monumental Fuente de los Atletas.

No podré ahora sino enumerar, y en cierto modo clasificándolas, algunas de las obras de este fecundo artista, poniendo en alto el valor de su diversidad. Anotemos su Gaucho y su viejo Vizcacha, ambos de marcado localismo, pero concebidos con una esencialidad que afirma y configura un propósito de universalización, con lo que Zorrilla ha logrado la conjunción de dos elementos, que en arte, por lo general, se excluyen. La Fuente de los Atletas, semigriega, pero con una realización que encuadra dentro de la época alejandrina, con su torsión apasionada y barroca.

El Monumento a Mariano Soler, de gravedad religiosa, en donde el cuerpo yacente dice la ca-

ducidad de los seres efímeros, las vidas como los ríos de Manrique, que van a perderse y a diluirse en el gran océano de la muerte; y las cuatro figuras vivas que simbolizan la supervivencia de la fama viviente, aquella vida de la fertilidad espiritual, que allí se alegoriza por la piedad orante, la voluntad sabia, la virtud heroica y batalladora, la peregrinación oferente, humilde y sacrificada.

El obelisco a los Constituyentes del año treinta, donde predomina el elemento arquitectónico, con la aguja triangular, que rompe con la vieja tradición de las cuatro caras, y prefiere la suprema simplicidad geométrica, cerrando la materia firme y recia con sólo tres planos, lo que unido a la altura y a la terminación en vértice, logra una espiritualización extrema de la materia plástica, y da al conjunto la sensación de una idea limpia, audaz y dardeante. Tres figuras que corresponden a las tres caras de la pirámide, traducen el concepto y el sentido de la obra: la libertad, la ley, la fuerza, síntesis final del hombre como entidad social y civil. Igual sentimiento de monumentalidad, igual fusión de escultura y arquitectura, corroboraríamos en el monumento al general Roca, pero lo ya expresado es suficiente para nuestro propósito, en cuanto a las obras amplias y de aliento.

Dentro de las restricciones de nuestro medio, el ejemplo de José Luis ha sido aleccionador, y no sólo por lo que nos va dejando en su obra plástica, sino también por lo que trasunta, de firme experiencia y clara sabiduría, en sus clases y en sus charlas amistosas. Nada en él afectado, ni

artificioso. Habla como al azar, sin abrumar a nadie con todo lo que sabe, fluyendo naturalmente sus reflexiones y su aprendizaje directo sobre la materia expresiva, tocado por la edad de una serena maestría, y ordenando las palabras con un don de sencillez y espontaneidad, semejante al de su más grande y venerable maestra: la Naturaleza. En diálogo con el amigo, cuando el ocio bien ganado se adorna con la flor de la palabra, lo he oído, evocando en mi hora juvenil aquellas clases que dictaba su padre en la Facultad de Arquitectura, sobre teoría e historia del arte, a las que me complacía en concurrir como oyente, abandonando muchas veces tal o cual asignatura de bachillerato y haciendo peligrar más mis ya peligrosos exámenes, pero compensándome, en cambio, con la palabra vivísima, incisiva y venturosa del Poeta-Maestro, que respondía a la dinámica de su pasión romántica con yo no sé qué superabundancia de nervio y llama, que hacía de la expresión de Zorrilla una renovada conmoción y un caprichoso deleite. En la palabra, como en el dinamismo de su escultura que se corresponde con el brioso movimiento estilístico del verso y la prosa del poeta padre, vuelvo a encontrar en José Luis el eco de aquellas clases inolvidables. Escuchándolo, he logrado reconstruir sus conceptos fundamentales, las esencias a las cuales se llega, más que leyendo a los teorizadores, con el sondeo de las vivencias que se suscitan en el taller, frente a la arcilla, modelando, sintiendo el proceso y el advenimiento de las formas, reflexionando las etapas, anhelando

la síntesis vital que selle en fuego la seguridad de la obra.

Zorrilla ha observado que la forma humana es redondeada y como movida por la fuerza vital, de adentro y hacia afuera, y no obstante, sabe que el secreto del escultor radica en hallar en esos contornos y redondeces, los planos fundamentales en que parecen inscriptos los movibles perfiles de las curvas. Ante la presencia humana, el artista indaga y persigue en esas formas estremecidas que está creando desde su impulso interior, la real y potente sensación de la vida. Cada fragmento es sentido, sondeado, investigado, pero en función del conjunto, como parte de una síntesis, que habrá de ser la corona del esfuerzo. Sólo al final de esa búsqueda, encontrará los planos fundamentales que expresen la palpitación y el estremecimiento que anhelaba. Divide, separa, y luego junta, reúne, articula, hasta que la viva conjunción de todo lo realizado, premia con la densidad y la armonía de la síntesis.

Vista la realidad expresiva de una escultura, piensa Zorrilla, existen mil finos y sutiles detalles que, por su misma delicadeza, escapan al que la contempla como un todo. Apreciamos en unidad los resultados finales, pero se nos evaden los medios de mayor sensibilidad y de más menudo esfuerzo que el escultor utilizó en sus búsquedas, en sus intentos y en sus resoluciones. Cabe aquí recordar la famosa experiencia de Rodin, cuando perseguía frente a las esculturas griegas, el milagro de su maravillosa plasmación. ¿Cómo llegaron aquellos lejanos artistas hasta donde lograron llegar, cons-

tituyéndose en permanentes maestros para toda generación que aspire a un arte grande y poderoso de vida? Es ante esta inquisitiva pregunta que Rodin, dentro de su taller casi oscuro, toma una pequeña luz y la desliza, rasante, sobre los divinos mármoles. Los grandes planos comenzaron poco menos que a ondular; cada uno de ellos, como en una casi imperceptible orografía, denunciaba una infinita variedad de pequeños pasajes y perfiles, que en el conjunto se fundían enteramente, pero que en la vibración creadora de la luz, animaban la vitalidad de aquellas deliciosas epidermis de mármol. Guiado por estas revelaciones, Zorrilla se apoderó, a mayor conciencia, de los enigmas y las claves de la forma hasta madurar en profundas maestrías, y dentro de ellas propendió a las amplias síntesis, sin olvidar jamás el proceso sensible de los detalles, que constituyen la textura finísima de la realidad plástica.

Pero nuestro compatriota pertenece a la generación de escultores que, después de la nueva lección de Bourdelle, y tomando su revelación como una evidencia, intentó someter sus formas a las imposiciones de la abstracta y geometrizadora arquitectura, armonizando los grandes conjuntos dentro de un equilibrio grave, en un ritmo de números que presiden el movimiento de la inspiración, y dando su parte a las nobles estructuras lógicas y sabiamente meditadas. Él mismo ha dicho que esa lección de jubiloso sometimiento se lee con máxima elocuencia en el período romántico, prolongándose luego en la mejor lección del gótico, donde el escultor, seguro

de la función de su arte, plasma sus formas vitales, subordinándolas en profunda y radical fusión, a las directivas abstractas de la arquitectura, con lo que establece una compenetración, una comprensiva nupcialidad de las dos artes.

De ese concepto, donde razón arquitectónica y vitalidad escultórica se abrazan hasta fundirse en un todo, emana el sentido de monumentalidad que tipifica lo más personal y logrado de Zorrilla.

Recordemos que nuestro escultor, artista de raza, y por ello mismo, sincero con su propio yo y con todas sus potencias interiores, no desnaturaliza nunca su verdad profunda, el desnudo coraje de su temperamento. Su carácter es dinámico. Sabe que en su imperio y en su intrínseca virtud, el espíritu es el que mueve a las formas con su afán apasionado de que expresen los irreprimibles deseos y aspiraciones de los seres. Hay en esa vehemencia y en esa tensión, una cosa cálida, de purpúrea sangre romántica. Es una ley suya, porque es una irradiación espontánea y caliente de su temperamento. ¿Cómo y para qué reprimir aquello que es uno mismo? Por otra parte, Zorrilla hijo, lo ha heredado —ya lo dijimos antes— de Zorrilla padre. Su arte traduce así, dentro de la gravedad, del ritmo y del número arquitectónicos, la movilidad interior, la cambiante carga subjetiva, la agitación y el anhelante brío de lo heroico, la fuerza en acto, la hazaña en impulsión, el episodio en su dramática estructura. No olvidemos tampoco que todo ese sentido moviente de la forma íntima en su recóndita expresión de vida; toda esa ordenación de las actitudes y de los planos y

volúmenes donde se inscriben armónicamente para constituir y trasuntar un acorde de geométrica arquitectura, tienen además el valor revelado de una honda conmoción poética.

No es que un arte acústico invada un arte plástico y se superponga a su propia caracterización. Cada zona del arte tiene, sin duda, sus limitaciones, pero la complejidad del espíritu va más lejos, y admite esas misteriosas sinestesias donde las formas y el color tocan en la música y donde la música asocia, por oculta virtud, el colorido, el movimiento plástico, el juego de las superficies acariciadas por la luz. Lo poético, en su reveladora verdad subjetiva, asalta las manos del escultor que modela y de igual modo, lo musical fluye de los sabios dedos mientras éstos vibran sobre la arcilla. Y luego, la estatua, o el relieve, siendo fundamentalmente plásticos, son también canto recóndito y arcana melodía.

En algunas obras, más que en otras de Zorrilla, se dan estas delicadas y sutiles sinestesias. Bastaría, para comprobarlo en viva evidencia, contemplar, lenta y silenciosamente su Venus Genitrix, su Erato, su pequeña Niobe de bronce, en donde la vibración poética impregna al noble metal y le transmite una intimidad singularísima, de Verbo silencioso, de sonido ininteligible. El espíritu se complace en oír en ese silencio de interior plenitud, en extraer la palabra sofocada y la melodía náufraga, que gravitan en el misterio de la forma, como reconditez de lo poético, que no desvirtúan la forma plástica, sino que la convierten, por un

delicioso sombolismo, en la más pura revelación de todo lo que sentimos y callamos.

Y diré ahora, para terminar esta ya excesiva disertación, que esa virtud lírica que se acentúa tanto en José Luis Zorrilla de San Martín, la evoco como nunca cuando recuerdo e imagino, a la distancia, el retrato de su esposa, la admirable Bimba, como la llaman quienes más la conocen. Está labrado en mármol y en alma. Los hombros se redondean suavemente en la luz. La frente se inclina en una proporción justa y armoniosa. La boca sonríe sin sonreír, como por magia y milagro. Los ojos miran sin mirar, y no sabemos si lo hacen hacia adentro o hacia afuera. El cabello se ajusta a la línea pura del cráneo, con una sobriedad clásica, como para que no ganen demasiado con una fácil exageración, en desmedro de los otros temas del rostro. El conjunto siente, vibra subjetivamente con una insinuante ternura, canta en silencio, y sólo canta con su silencio. Hay una sinceridad vivida desde adentro, como en una transparencia del mármol, y una plena sensación de logrado destino, sobre la cual puede edificarse el sueño de un artista. El afinamiento de la sensibilidad en la plasmación de los contornos y perfiles, llega a lo impalpable de la música, a la curvatura del verso que se pliega a la ondulación del espíritu. Y no obstante, aquello es mármol, es línea, es plano, es volumen, es escultura, es vibración directa de la vida. Pero, esa cabeza labrada en amor, canta en la luz con una voz arcana!

ÍNDICE

II

PROSA

	Págs.
Los juegos de la frente	5
El demonio de Don Juan	23
Prólogo	25
Acto I	27
Acto III	50
Verbo de América. — *Discurso a los jóvenes*	77
Prometeo	91
El charrúa Veinte Toros	107
La Gabriela que yo vi	159
Retratos del fuego: *Carlos Vaz Ferreira*	165
Discurso pronunciado en el Ministerio de Educación y Cultura al haberse otorgado al poeta el Gran Premio Nacional de Literatura 1976.	183
Parábolas	191
Retratos del fuego: *José Luis Zorrilla de San Martín*	271

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellán: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Álvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo I).
22. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo II).
23. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo I).
24. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo II).
25. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo I).
26. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo II).
27. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo I).
28. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo II).
29. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo I).
30. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo II).

31. — Pedro Figari: Arte, Estética, Ideal. (Tomo I).
32. — Pedro Figari: Arte, Estética, Ideal. (Tomo II).
33. — Pedro Figari: Arte, Estética, Ideal. (Tomo III).
34. — Santiago Maciel: Nativos.
35. — Alejandro Magariños Cervantes: Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata. (Tomo I).
36. — Alejandro Magariños Cervantes: Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata. (Tomo II).
37. — Juan Zorrilla de San Martín: La epopeya de Artigas. (Tomo I).
38. — Juan Zorrilla de San Martín: La epopeya de Artigas. (Tomo II).
39. — Juan Zorrilla de San Martín: La epopeya de Artigas. (Tomo III).
40. — Juan Zorrilla de San Martín: La epopeya de Artigas. (Tomo IV).
41. — Juan Zorrilla de San Martín: La epopeya de Artigas. (Tomo V).
42. — Juana de Ibarbourou: Las lenguas de diamante.
43. — Eduardo Dieste: Teseo - Los problemas del arte.
44. — José Enrique Rodó: Ariel y Liberalismo y Jacobinismo.
45. — Mateo Magariños Solsona: Pasar.
46. — Héctor Miranda: Las instrucciones del año xiii. (Tomo I).
47. — Héctor Miranda: Las instrucciones del año xiii. (Tomo II).
48. — Martín C. Martínez: Ante la nueva constitución.
49. — José P. Varela: Obras pedagógicas. La educación del pueblo. (Tomo I).
50. — José P. Varela: Obras pedagógicas. La educación del pueblo. (Tomo II).
51. — José P. Varela: Obras pedagógicas. La legislación escolar. (Tomo I).
52. — José P. Varela: Obras pedagógicas. La legislación escolar. (Tomo II).
53. — Eduardo Acevedo Díaz: Nativa.
54. — Eduardo Acevedo Díaz: Grito de Gloria.
55. — Carlos Roxlo: Selección de poesías.
56. — Antonio D. Lussich: Los Tres Gauchos Orientales.
57. — Elías Regules: Versos Criollos.
58. — Osvaldo Crispo Acosta: Motivos de Crítica. (Tomo I).
59. — Osvaldo Crispo Acosta: Motivos de Crítica. (Tomo II).
60. — Osvaldo Crispo Acosta: Motivos de Crítica. (Tomo III).
61. — Osvaldo Crispo Acosta: Motivos de Crítica. (Tomo IV).
62. — Carlos Reyles: Beba.
63. — Eduardo Acevedo Díaz: Lanza y Sable.
64. — Juan Zorrilla de San Martín: Conferencias y Discursos. (Tomo I).
65. — Juan Zorrilla de San Martín: Conferencias y Discursos. (Tomo II).
66. — Juan Zorrilla de San Martín: Conferencias y Discursos. (Tomo III).
67. — José P. Varela - Carlos María Ramírez: El Destino Nacional y la Universidad - Polémica. (Tomo I).
68. — José P. Varela - Carlos María Ramírez: El Destino Nacional y la Universidad - Polémica. (Tomo II).
69. — Delmira Agustini: Antología.
70. — Javier de Viana: Selección de Cuentos. (Tomo I).
71. — Javier de Viana: Selección de Cuentos. (Tomo II).
72. — Juan Manuel de la Sota: Historia del Territorio Oriental del Uruguay. (Tomo I).
73. — Juan Manuel de la Sota: Historia del Territorio Oriental del Uruguay. (Tomo II).
74. — Benjamín Fernández y Medina: Cuentos.
75. — Joaquín Torres García: La Recuperación del Objeto. (Tomo I).
76. — Joaquín Torres García: La Recuperación del Objeto. (Tomo II).
77. — Agustín de Vedia: La Deportación a la Habana.
78. — Martín C. Martínez: Escritos Sociológicos (1881-1885).
79. — José E. Rodó: El Mirador de Próspero. (Tomo I).
80. — José E. Rodó: El Mirador de Próspero. (Tomo II).
81. — Pedro Figari: Educación y Arte.
82. — Francisco Acuña de Figueroa: Antología.
83. — Romildo Risso: Poesías.
84. — Carlos Reyles: Ensayos. (Tomo I).
85. — Carlos Reyles: Ensayos. (Tomo II).
86. — Carlos Reyles: Ensayos. (Tomo III).
87. — Ernesto Herrera: Teatro Completo. (Tomo I).
88. — Ernesto Herrera: Teatro Completo. (Tomo II).

89. — Víctor Pérez Petit: Los Modernistas. (Tomo I).
90. — Víctor Pérez Petit: Los Modernistas. (Tomo II).
91. — Luis Melián Lafinur: Las Mujeres de Shakespeare.
92. — Dámaso Larrañaga: Selección de Escritos.
93. — Prudencio Vázquez y Vega: Escritos Filosóficos.
94. — Carlos Reyles: La raza de Caín.
95. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo I - Primera Parte).
95. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo I - Segunda Parte).
96. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo II).
97. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo III).
98. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo IV).
99. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo V).
100. — Francisco Bauzá: Historia de la Dominación Española en el Uruguay. (Tomo VI).
101. — Horacio Quiroga: Selección de Cuentos. (Tomo I).
102. — Horacio Quiroga: Selección de Cuentos. (Tomo II).
103. — Carlos María Ramírez: Conferencias de Derecho Constitucional.
104. — Fernán Silva Valdés: Antología.
105. — Yamandú Rodríguez: Selección de Cuentos. (Tomo I).
106. — Yamandú Rodríguez: Selección de Cuentos. (Tomo II).
107. — Justino Zabala Muniz: Crónica de un crimen.
108. — Ramón Píriz Coelho: Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos.
109. — Otto Miguel Cione: Lauracha.
110. — Manuel Herrera y Obes - Bernardo Prudencio Berro: El Caudillismo y la Revolución Americana - Polémica.
111. — Bernardo Prudencio Berro: Escritos Selectos.
112. — Lorenzo Barbagelata: Estudios Históricos.
113. — Julio Herrera y Reissig: Obras Poéticas.
114. — Gregorio Pérez Gomar: Conferencias sobre el Derecho Natural como Introducción al Curso de Derecho de Gentes.
115. — Gregorio Pérez Gomar: Curso Elemental de Derecho de Gentes. (Tomo I).
116. — Gregorio Pérez Gomar: Curso Elemental de Derecho de Gentes. (Tomo II).
117. — Francisco Espínola: Raza Ciega y otros Cuentos.
118. — Juan Andrés Ramírez: Dos Ensayos Constitucionales.
119. — Rafael Barrett: Cartas Íntimas con notas de su viuda, Francisca López Maíz de Barrett.
120. — Andrés Héctor Lerena Acevedo: Praderas Soleadas y otros Poemas.
121. — Florencio Sánchez: Teatro. (Tomo I).
122. — Florencio Sánchez: Teatro. (Tomo II).
123. — Juana de Ibarbourou: Antología.
124. — Gustavo Gallinal: Crítica y Arte - Tierra Española.
125. — Gustavo Gallinal: Letras Uruguayas.
126. — Horacio Quiroga: Historia de un Amor Turbio.
127. — Pedro Leandro Ipuche: Selección de Prosas. (Tomo I).
128. — Pedro Leandro Ipuche: Selección de Prosas. (Tomo II).
129. — César Díaz: Memorias.
130. — José M. Pérez Castellano: Crónicas Históricas.
131. — José M. Pérez Castellano: Observaciones sobre Agricultura. (Tomo I).
132. — José M. Pérez Castellano: Observaciones sobre Agricultura. (Tomo II).
133. — Roberto Sienra: Paráfrasis.
134. — Emilio Oribe: Poética y Plástica. (Tomo I).
135. — Emilio Oribe: Poética y Plástica. (Tomo II).
136. — José G. Antuña: Un Panorama del Espíritu. El "Ariel" de Rodó. (Tomo I).
137. — José G. Antuña: Un Panorama del Espíritu. El "Ariel" de Rodó. (Tomo II).
138. — Adolfo Montiel Ballesteros: Selección de Cuentos.
139. — Antología de los Poetas Modernistas Menores.
140. — Francisco Bauzá: Estudios Sociales y Económicos. (Tomo I).
141. — Francisco Bauzá: Estudios Sociales y Económicos. (Tomo II).
142. — Francisco Soca: Selección de Discursos. (Tomo I).
143. — Francisco Soca: Selección de Discursos. (Tomo II).
144. — Francisco Soca: Selección de Discursos. (Tomo III).
145. — Francisco Bauzá, José Pedro Ramírez, Agustín de Vedia, José Espalter, Gustavo Gallinal, Juan Zorrilla de San Martín, Felipe Ferreiro: La Independencia Nacional. (Tomo I).

146. — Pablo Blanco Acevedo: La Independencia Nacional. (Tomo II).
147. — Carlos Ferrés: Época Colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo.
148. — Mariano B. Berro: La Agricultura Colonial.
149. — Pablo Blanco Acevedo: El Gobierno Colonial en el Uruguay y los Orígenes de la Nacionalidad. (Tomo I).
150. — Pablo Blanco Acevedo: El Gobierno Colonial en el Uruguay y los Orígenes de la Nacionalidad. (Tomo II).
151. — Luis Arcos Ferrand: La Cruzada de los Treinta y Tres.
152. — Carlos María Ramírez: Páginas de Historia.
153. — Valentín García Sáiz: El Narrador Gaucho. Selección de Cuentos.
154. — Juan Zorrilla de San Martín: Ensayos. El Sermón de la Paz. (Tomo I).
155. — Juan Zorrilla de San Martín: Ensayos. El Libro de Ruth. (Tomo II).
156. — Juan Zorrilla de San Martín: Ensayos. Huerto Cerrado. (Tomo III).
157. — Francisco Acuña de Figueroa: Diario Histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14. (Tomo I).
158. — Francisco Acuña de Figueroa: Diario Histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14. (Tomo II).
159. — Luciano Lira: El Parnaso Oriental o guirnalda poética de la República uruguaya. (Tomo I).
160. — Luciano Lira: El Parnaso Oriental o guirnalda poética de la República uruguaya. (Tomo II).
161. — Luciano Lira: El Parnaso Oriental o guirnalda poética de la República uruguaya. (Tomo III).
162.*— Mario Falcao Espalter: Entre dos siglos.
163. — Juan Antonio Rebella: Purificación. Sede del protectorado de "los pueblos libres" (1815-1818).
164. — Juan Zorrilla de San Martín: La Leyenda Patria.
165. — Carlos Sabat Ercasty: Antología. (Tomo I).
166. — Carlos Sabat Ercasty: Antología. (Tomo II).

---

* En vías de impresión.

ESTE CÉNTIMO SEXAGÉSIMO SEXTO VOLUMEN DE LA COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS FUE IMPRESO PARA LA BIBLIOTECA ARTIGAS DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA POR CARLOS CASARES IMPRESORES. SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MONTEVIDEO A LOS 6 DÍAS DEL MES DE MAYO DE 1983.

Comisión del Papel - Edición amparada por el Artículo 79 de la ley número 13.349.

Depósito Legal Nº 177.827/83